

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXX

Nº2

ABRIL - JUNIO 2017



Consultar este Boletín en formato digital (PDF).  
Código QR.



**NUESTRA PORTADA:**

*Ordenación sacerdotal de D. Hildebrando Gaviria Rincón y D. José María Romero Rodríguez, y del diácono D. Miguel Salas Pérez, de manos de Mons. Lemos Montanet el 11 de junio de 2017 en el Seminario Mayor.*

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Diseño, infografía y maquetación: Felipe Iglesias Mira.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVIX

Abril - Junio 2017

Nº 2

## SUMARIO

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco

Discursos.....	211
Homilías .....	253
Viajes .....	273

### OBISPO

Homilías

Santa Misa Crismal .....	279
Exequias del Rvdo. D. Luis-Odón Álvarez Tejada.....	283
Fiesta de San Juan de Ávila .....	288
Ofrenda a San Martín presentada por el Coronel Jefe de la Guardia Real en su visita a Ourense... 292	
Eucaristía con motivo del Bicentenario Marista (1817-1917) .....	295
Ordenación Presbiteral del Hno. Alfonso Lora, Superior del Monasterio de Oseira .....	299
Eucaristía con los Voluntarios de Cáritas de Galicia.....	303
XXXIX Jornadas de Pastoral de la Salud "Pastoral de la salud y ecología integral" .....	306
Ordenación de dos presbíteros y un diácono en la Solemnidad de la Santísima Trinidad .....	310

Cartas

Con motivo de las Primeras Comuniones "Limpia pobreza" .....	314
Carta pastoral con motivo de los daños sufridos en las cosechas "¡Mirar a Dios!" .....	316
A los Misioneros Ourenseños en la Solemnidad de Pentecostes.....	318
Con motivo de la Solemnidad del Corpus Christi 2017 .....	320

Otros escritos

Comunicación a los participantes en la Reunión de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales .....	321
Na presentación dun Selo sobre a figura de Carlos Casares na Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfílica Miño .....	325

En Comunidade

Abril.....	326
Mayo.....	327

### IGLESIA DIOCESANA

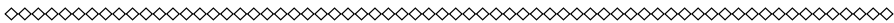
Vicaría General

Estatutos del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.....	331
--	-----

Secretaría General	
Nombramientos .....	338
Defunciones .....	340
Sínodo Diocesano	
Crónica del Sínodo Diocesano. Abril a junio de 2017 .....	342
<b>CRÓNICA DIOCESANA</b>	
Abril, mayo y junio .....	345



# IGLESIA UNIVERSAL





---

# IGLESIA UNIVERSAL

## SANTO PADRE FRANCISCO

### DISCURSOS

#### Discurso del Papa Francisco al Pontificio Colegio Español de San José en Roma

*Sala Clementina. Sábado 1 de abril de 2017*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Quiero hacer llegar mi saludo a toda la comunidad del Pontificio Colegio Español de San José y agradecer al Señor Cardenal Ricardo Blázquez Pérez las amables palabras que, como co-patrono del Colegio, me ha dirigido en nombre de todos, en esta conmemoración. Doy gracias a Dios por la hermosa obra que instituyó el beato Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, y por la labor de los mismos durante todos estos años.

Esta Institución nació con la vocación de ser un referente para la formación del clero. Formarse supone ser capaces de acercarse con humildad al Señor y preguntarle: ¿Cuál es tu voluntad? ¿Qué quieres de mí? Sabemos la respuesta, pero tal vez nos haga bien recordarla, y para ello les propongo las tres palabras del *Shemá* con las que Jesús respondió al Levita: «amarás al Señor con todo tu *corazón*, con toda tu *alma*, con todas tus *fuerzas*» (Mc 12,30).

*Amar de todo corazón*, significa hacerlo sin reservas, sin dobleces, sin intereses espurios, sin buscarse a sí mismo en el éxito personal o en la carrera. La caridad pastoral supone salir al encuentro del otro, comprendiéndolo, aceptándolo y perdonándolo de todo corazón. Eso es caridad pastoral. Pero solos no es posible crecer en esa caridad. Por eso el Señor nos llamó para ser una comunidad, de modo que esa caridad congregue a todos los sacerdotes con un especial vínculo en el ministerio y la fraternidad. Para ello se necesita la ayuda del Espíritu Santo pero también el combate espiritual personal (cf. *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 87). Esto no pasó de moda, sigue siendo tan actual como en los primeros tiempos de la Iglesia. Se trata de un desafío permanente para superar el individualismo, vivir la diversidad como un don, buscando la unidad del presbiterio, que es signo de la presencia de Dios en la vida de la comunidad. Pres-

biterio que no mantiene la unidad, de hecho, echa a Dios de su testimonio. No es testimonio de la presencia de Dios. Lo manda afuera. De ese modo, reunidos en nombre del Señor, especialmente cuando celebran la Eucaristía, manifiestan incluso sacramentalmente que él es el amor de su corazón.

Segundo: *amar con toda el alma*. Es estar dispuestos a ofrecer la vida. Esta actitud debe persistir en el tiempo, y abarcar todo nuestro ser. Así lo proponía el Fundador del Colegio: «[Señor] te ofrezco y pongo a tu disposición mi cuerpo, mi alma, mi memoria, entendimiento, voluntad, mi salud y hasta mi vida» (*Escritos* III, vol. 6, doc. 111, p. 1). Por lo tanto, la formación de un sacerdote no puede ser únicamente académica, aunque esta sea muy importante y necesaria, sino que ha de ser un proceso integral, que abarque todas las facetas de la vida. La formación ha de servirles para crecer y, al mismo tiempo, para acercarse a Dios y a los hermanos. Por favor, no se conformen con conseguir un título, sino sean discípulos a tiempo completo para «anunciar el mensaje evangélico de modo creíble y comprensible al hombre de hoy» (*Ratio*, 116). A este punto, es importante crecer en el hábito del discernimiento, que les permita valorar cada instante y moción, incluso lo que parece opuesto y contradictorio, y cribar lo que viene del Espíritu; una gracia que debemos pedir de rodillas. Sólo desde esta base, a través de las múltiples tareas en el ejercicio del ministerio, podrán formar a los demás en ese discernimiento que lleva a la Resurrección y la Vida, y les permite dar una respuesta consciente y generosa a Dios y a los hermanos (cf. *Encuentro con los sacerdotes y consagrados* - Milán, 25 marzo 2017). Yo decía que la formación de un sacerdote no puede ser únicamente académica y conformarse con esto solo. De ahí nacen todas las ideologías que apestan a la Iglesia, de un signo o de otro, del academicismo clerical. Son cuatro columnas que tienen que tener la formación: formación académica, formación espiritual, formación comunitaria y formación apostólica. Y las cuatro se tienen que interactuar. Si falta una de ellas, ya empieza a renquear la formación y termina parálítico el cura. Así que, por favor, las cuatro juntas e interactuándose.

Finalmente, la tercera respuesta de Jesús, *amar con todas las fuerzas*, nos recuerda que allí donde está nuestro tesoro está nuestro corazón (cf. *Mt* 6,21), y que es en nuestras pequeñas cosas, seguridades y afectos, donde nos jugamos el ser capaces de decir que sí al Señor o darle la espalda como el joven rico. No se pueden contentar con tener una vida ordenada y cómoda, que les permita vivir sin preocupaciones, sin sentir la exigencia de cultivar un espíritu de pobreza radicado en el Corazón de Cristo que, siendo rico, se ha hecho pobre por nuestro amor (cf. *2 Co* 8,9) o, como dice el texto, para enriquecernos a nosotros. Se nos pide adquirir la auténtica libertad de hijos de Dios, en una adecuada relación con el mundo y con los bienes terrenos, según el ejemplo de los Apóstoles, a los que Jesús invita a confiar en la Providencia y a seguirlo sin lastres ni ataduras (cf. *Lc* 9,57-62; *Mc*

---

10,17-22). No se olviden de esto: el diablo siempre entra por el bolsillo, siempre. Además, es bueno aprender a dar gracias por lo que tenemos, renunciando generosa y voluntariamente a lo superfluo, para estar más cerca de los pobres y de los débiles. El beato Domingo y Sol decía que para socorrer la necesidad se debía estar dispuestos a «vender la camisa». Yo no les pediré tanto: curas descamisados no, simplemente que sean testigos de Jesús, a través de la sencillez y la austeridad de vida, para llegar a ser promotores creíbles de una verdadera justicia social (cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 30). Y, por favor -y esto como hermano, como padre, como amigo- por favor, huyan del carrerismo eclesiástico: es una peste. Huyan de eso.

Queridos superiores, colegas y exalumnos de este Colegio Español de San José: confiemos al santo Patriarca, Protector de la Iglesia, sus preocupaciones y proyectos, que él los acompañe, junto a María Santísima, invocada por la tradición del Colegio como Madre Clementísima, para que puedan crecer en sabiduría y gracia, y ser discípulos amados del Buen Pastor. Que Dios los bendiga.

## Discurso del Papa Francisco durante la Vigilia de Oración como preparación para la Jornada Mundial de la Juventud

*Santa María la Mayor, Roma. Sábado, 8 de abril de 2017.*

*Queridos jóvenes:*

Gracias por estar aquí. Esta tarde se da un doble inicio: el inicio del *camino hacia el Sínodo*, que tiene un nombre largo: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional», pero llamémoslo «el Sínodo de los jóvenes», así se entiende mejor. Y también el segundo inicio, el del *camino hacia Panamá*: «Aquí está el Arzobispo de Panamá [señalándolo se dirige a él]. Te saludo.

Hemos escuchado el Evangelio, hemos rezado, hemos cantado, hemos traído flores a la Virgen, a la Madre; y hemos traído la cruz, que llega de Cracovia y mañana será entregada a los jóvenes de Panamá. Desde Cracovia a Panamá; y, en medio, el Sínodo. Un Sínodo del que ningún joven debe sentirse excluido. «Pero... hacemos un Sínodo para los jóvenes católicos... para los jóvenes que pertenecen a las asociaciones católicas, así es más fuerte...». No. El Sínodo es el Sínodo *de y para* todos los jóvenes; los jóvenes son los protagonistas. «¿Pero también los jóvenes que se declaran agnósticos? Sí. «¿También los jóvenes que tienen una fe tibia?» Sí. ¿También para los jóvenes que se han alejado de la Iglesia?» Sí. «¿También para los jóvenes -no sé si habrá alguno, a lo mejor hay alguno-, los jóvenes que se dicen ateos?» Sí. Este es el Sínodo de los jóvenes, y todos nosotros queremos *escucharlos*. Cada joven tiene algo que decir a los otros, tiene algo que decir a los adultos, tiene algo que decir a los sacerdotes, a las religiosas, a los obispos y al Papa. Todos tenemos necesidad de escucharlos.

Recordemos un poco a Cracovia, la Cruz nos lo recuerda. Allí dije dos cosas, a lo mejor alguno lo recuerda: es desagradable ver a un joven que se jubila a los veinte años; y también es desagradable ver a un joven que vive en el sofá. ¿No es verdad? *Ni jóvenes «jubilados», ni jóvenes «de sofá»*. Jóvenes que caminen, jóvenes de calle, jóvenes que vayan adelante, uno junto al otro, pero mirando al futuro.

Hemos escuchado el Evangelio (cf. *Lc 1,39-45*). Cuando María recibe aquel don, aquella *vocación* tan grande de traernos el don de Dios, dice el Evangelio que, habiendo recibido la noticia de que su prima de edad avanzada esperaba un niño y tendría necesidad de ayuda, se fue «*deprisa*». Deprisa: el mundo de hoy tiene necesidad de jóvenes que vayan «deprisa», que no se cansen de caminar deprisa; de jóvenes que tengan la vocación de sentir que la vida les ofrece *una misión*. Y, como dijo tantas veces María Lisa [joven religiosa] en su testimonio, *jóvenes en camino*. Ella ha relatado su experiencia: ha sido una experiencia en camino. Tenemos necesidad de jóvenes en camino. El mundo puede cambiar so-

lamente si los jóvenes están en camino. Pero este es el drama de este mundo: que los jóvenes -y este es el drama de la juventud de hoy- que *los jóvenes son a menudo descartados*. No tienen trabajo, no tienen un ideal que seguir, falta la instrucción, falta la integración... Tantos jóvenes deben huir, emigrar a otras tierras... Los jóvenes hoy, es duro decirlo, a menudo son material de descarte. Y esto no podemos tolerarlo. Tenemos que hacer este Sínodo para decir: «Nosotros jóvenes estamos aquí». Y nosotros vamos a Panamá para decir: «Nosotros jóvenes estamos aquí, en camino. No queremos ser material de descarte. Nosotros tenemos algo valioso que dar».

He pensado, mientras Pompeo hablaba [el segundo testimonio]: por dos veces, él estuvo casi al límite de ser material de descarte, a los ocho y a los dieciocho años. Y lo venció. Lo superó. Ha sido capaz de levantarse. Y la vida, cuando miramos al horizonte -lo ha dicho también María Lisa-, nos sorprende siempre. Ambos lo han dicho.

Nosotros estamos en camino, hacia el Sínodo y hacia Panamá. Y este camino es arriesgado; pero si un joven no arriesga, ha envejecido. Y nosotros tenemos que arriesgar.

María Lisa ha dicho que después del sacramento de la confirmación se alejó de la Iglesia. Vosotros sabéis bien que, aquí en Italia, el sacramento de la confirmación se llama «el sacramento del adiós». Después de la confirmación no se vuelve más a la Iglesia. Y, ¿por qué? Porque muchos jóvenes no saben qué hacer... Y ella [María Lisa] nunca se ha detenido, siempre ha permanecido en camino: a veces por caminos oscuros, por caminos sin luz, sin ideales o con ideales que no entendía bien; pero, al final, también ella lo consiguió. Vosotros jóvenes tenéis que arriesgar en la vida, arriesgar. Hoy debéis preparar el futuro. El futuro está en vuestras manos. El futuro está en vuestras manos.

En el Sínodo, la Iglesia entera quiere escuchar a los jóvenes: qué piensan, qué sienten, qué quieren, qué critican o de qué cosas se arrepienten. La Iglesia tiene necesidad de aún más primavera, y la primavera es la estación de los jóvenes.

Y además, quisiera invitaros a hacer este camino, este camino hacia el Sínodo y hacia Panamá, con alegría; a recorrerlo con vuestras aspiraciones, sin miedo, sin vergüenza, con valentía. Se necesita mucho ánimo. E intentar percibir la belleza de las pequeñas cosas, como ha dicho Pompeo, esa belleza de cada día: percibirla, no perdáis esto. Y dar gracias por lo que eres: «Yo soy así, gracias». Muchas veces, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: «Pero, ¿quién soy yo?». Y tú puedes preguntarte quién eres y pasar toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: «¿*Para quién soy yo?*». Como la Virgen, que fue capaz de preguntarse: «¿*Para quién, para qué persona soy yo, en este momento?* Para mi prima», y fue. *Para quién soy yo, no quién soy yo*: esto viene después, sí, es una pregunta que se tiene que hacer, pero antes de nada *por qué* hacer un trabajo, un trabajo de toda

una vida, un trabajo que te haga *pensar*, que te haga *sentir*, que te haga *trabajar*. Los tres lenguajes: el lenguaje de la *mente*, el lenguaje del *corazón* y el lenguaje de las *manos*. E ir siempre adelante.

Y otra cosa quisiera deciros: el Sínodo no es solamente «*un parlatorio*». La JMJ no será un «*lugar para hablar*» o un circo o una cosa bonita, una fiesta y después «adiós», ya no me acuerdo. No, *cosas concretas*, la vida nos pide cosas concretas. En esta cultura líquida, se necesita concretar, esto es vuestra vocación.

Y quisiera terminar... -había un discurso escrito, pero después de haberos visto, de haber oído los testimonios, he querido deciros esto-: habrá momentos en los que no entenderéis nada, momentos oscuros, feos, momentos bonitos, momentos oscuros, momentos luminosos... pero hay una cosa que yo quisiera subrayar. Nosotros estamos en el presente. A mi edad, estamos para irnos... ¿no? [ríe] ¿Quién garantiza la vida? Nadie. Vuestra edad tiene el futuro por delante. A los jóvenes, hoy, a los jóvenes, la vida les pide una misión, la Iglesia les pide una misión, y yo quisiera encargaros esta misión: volved y hablad con los abuelos. Hoy más que nunca tenemos necesidad, *tenemos necesidad de este puente, del dialogo entre los abuelos y los jóvenes*, entre los viejos y los jóvenes. El profeta Joel, en el capítulo tres, versículo dos, nos dice esto, como una profecía: «Los ancianos tendrán sueños, soñarán, y los jóvenes profetizarán», esto es, realizarán las profecías con las cosas concretas. Esta es la tarea que yo os doy en nombre de la Iglesia: *hablar con los ancianos*. «Pero es aburrido..., dicen siempre las mismas cosas...». No. Escucha al anciano. Habla, pregúntale cosas. Haz que ellos sueñen y sírvete de esos sueños para ir adelante, para profetizar y para hacer concreta aquella profecía. Esta es vuestra misión hoy, esta es la misión que hoy os pide la Iglesia.

Queridos jóvenes, sed valientes. «Pero, Padre, yo he pecado, caigo muchas veces...». Me viene a la mente una canción alpina, muy bonita, que cantan los alpinos: «En el arte de subir, lo importante no es no caer, sino no quedarse caído». Adelante, ¿caes?, levántate y sigue caminando. Pero piensa en aquello que ha soñado el abuelo, que ha soñado el anciano o la anciana. Hazles hablar, toma esas cosas y haz el puente hacia el futuro. Esta es la tarea y la misión que hoy os da la Iglesia.

Muchas gracias por vuestra valentía, y... hasta Panamá. No sé si seré yo, pero estará el Papa. Y el Papa, en Panamá, os hará la pregunta: «¿Habéis hablado con los viejos? ¿Habéis hablado con los ancianos? ¿Habéis tomado los sueños del anciano y los habéis transformado en profecía concreta?» Esta es vuestra tarea. Que el Señor os bendiga. Rezad por mí, y preparémonos todos juntos para el Sínodo y para Panamá.

Gracias.

**Oración del Papa Francisco  
por los jóvenes en vista del Sínodo de los Obispos de 2018 sobre el tema:  
«Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional»**

Señor Jesús,  
tu Iglesia en camino hacia el Sínodo  
dirige su mirada a todos los jóvenes del mundo.  
Te pedimos para que con audacia se hagan cargo de la propia vida,  
vean las cosas más hermosas y profundas  
y conserven siempre el corazón libre.  
Acompañados por guías sapientes y generosos,  
ayúdalos a responder a la llamada que Tú diriges a cada uno de ellos,  
para realizar el propio proyecto de vida y alcanzar la felicidad.  
Mantén abiertos sus corazones a los grandes sueños  
y haz que estén atentos al bien de los hermanos.  
Como el Discípulo amado,  
estén también ellos al pie de la Cruz para acoger a tu Madre,  
recibiéndola de Ti como un don.  
Sean testigos de la Resurrección  
y sepan reconocerte vivo junto a ellos  
anunciando con alegría que tú eres el Señor. Amén.

**Franciscus**

**Discurso del Papa Francisco  
durante el encuentro de oración con el clero, los religiosos, las religiosas y  
los seminaristas en el Viaje Apostólico a Egipto (28-29 de abril de 2017)**

*Seminario Patriarcal de Maadi, El Cairo. Sábado, 29 de abril de 2017.*

*Beatitudes, queridos hermanos y hermanas:*

*Al Salamò Alaikum!* (La paz esté con vosotros).

«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Cristo ha vencido para siempre la muerte. Gocemos y alegrémonos en él».

Me siento muy feliz de estar con vosotros en este lugar donde se forman los sacerdotes, y que simboliza el corazón de la Iglesia Católica en Egipto. Con alegría saludo en vosotros, sacerdotes, consagrados y consagradas de la pequeña grey católica de Egipto, a la «levadura» que Dios prepara para esta bendita Tierra, para que, junto con nuestros hermanos ortodoxos, crezca en ella su Reino (cf. *Mt 13,13*).

Deseo, en primer lugar, daros las gracias por vuestro testimonio y por todo el bien que hacéis cada día, trabajando en medio de numerosos retos y, a menudo, con pocos consuelos. Deseo también animaros. No tengáis miedo al peso de cada día, al peso de las circunstancias difíciles por las que algunos de vosotros tenéis que atravesar. Nosotros veneramos la Santa Cruz, que es signo e instrumento de nuestra salvación. Quien huye de la Cruz, escapa de la resurrección. «*No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino*» (*Lc 12,32*).

Se trata, por tanto, de creer, de dar testimonio de la verdad, de sembrar y cultivar sin esperar ver la cosecha. De hecho, nosotros cosechamos los frutos que han sembrado muchos otros hermanos, consagrados y no consagrados, que han trabajado generosamente en la viña del Señor. Vuestra historia está llena de ellos.

En medio de tantos motivos para desanimarse, de numerosos profetas de destrucción y de condena, de tantas voces negativas y desesperadas, sed una fuerza positiva, sed la luz y la sal de esta sociedad, la locomotora que empuja el tren hacia adelante, llevándolo hacia la meta, sed sembradores de esperanza, constructores de puentes y artífices de diálogo y de concordia.

Todo esto será posible si la persona consagrada no cede a las tentaciones que encuentra cada día en su camino. Me gustaría destacar algunas significativas. Vosotros conocéis estas tentaciones, porque ya los primeros monjes de Egipto las describieron muy bien.

**1- La tentación de dejarse arrastrar y no guiar.** El Buen Pastor tiene el deber de guiar a su grey (cf. *Jn 10,3-4*), de conducirla hacia verdes prados y a las fuentes de agua (cf. *Sal 23*). No puede dejarse arrastrar por la desilusión y el pesimismo: «Pero, ¿qué puedo hacer yo?». Está siempre lleno de iniciativas y creatividad,

como una fuente que sigue brotando incluso cuando está seca. Sabe dar siempre una caricia de consuelo, aun cuando su corazón está roto. Saber ser padre cuando los hijos lo tratan con gratitud, pero sobre todo cuando no son agradecidos (cf. *Lc 15,11-32*). Nuestra fidelidad al Señor no puede depender nunca de la gratitud humana: «Tú Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (*Mt 6,4.6.18*).

**2- La tentación de quejarse continuamente.** Es fácil culpar siempre a los demás: por las carencias de los superiores, las condiciones eclesíásticas o sociales, por las pocas posibilidades. Sin embargo, el consagrado es aquel que con la unción del Espíritu Santo transforma cada obstáculo en una oportunidad, y no cada dificultad en una excusa. Quien anda siempre quejándose en realidad no quiere trabajar. Por eso el Señor, dirigiéndose a los pastores, dice: «*fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes*» (*Hb 12,12*; cf. *Is 35,3*).

**3- La tentación de la murmuración y de la envidia.** Y esta es fea. El peligro es grave cuando el consagrado, en lugar de ayudar a los pequeños a crecer y de regocijarse con el éxito de sus hermanos y hermanas, se deja dominar por la envidia y se convierte en uno que hiere a los demás con la murmuración. Cuando, en lugar de esforzarse en crecer, se pone a destruir a los que están creciendo, y cuando en lugar de seguir los buenos ejemplos, los juzga y les quita su valor. La envidia es un cáncer que destruye en poco tiempo cualquier organismo: «*Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir*» (*Mc 3,24-25*). De hecho -no lo olvidéis-, «*por envidia del diablo entró la muerte en el mundo*» (*Sb 2,24*). Y la murmuración es el instrumento y el arma.

**4- La tentación de compararse con los demás.** La riqueza se encuentra en la diversidad y en la unicidad de cada uno de nosotros. Compararnos con los que están mejor nos lleva con frecuencia a caer en el resentimiento, compararnos con los que están peor, nos lleva, a menudo, a caer en la soberbia y en la pereza. Quien tiende siempre a compararse con los demás termina paralizado. Aprendamos de los santos Pedro y Pablo a vivir la diversidad de caracteres, carismas y opiniones en la escucha y docilidad al Espíritu Santo.

**5- La tentación del «faraonismo»** -¡estamos en Egipto!-, es decir, de endurecer el corazón y cerrarlo al Señor y a los demás. Es la tentación de sentirse por encima de los demás y de someterlos por vanagloria, de tener la presunción de dejarse servir en lugar de servir. Es una tentación común que aparece desde el comienzo entre los discípulos, los cuales -dice el Evangelio- «por el camino habían discutido quién era el más importante» (*Mc 9,34*). El antídoto a este veneno es: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (*Mc 9,35*).

**6- La tentación del individualismo.** Como dice el conocido dicho egipcio: «Después de mí, el diluvio». Es la tentación de los egoístas que por el camino pierden la meta y, en vez de pensar en los demás, piensan sólo en sí mismos, sin

experimentar ningún tipo de vergüenza, más bien al contrario, se justifican. La Iglesia es la comunidad de los fieles, el cuerpo de Cristo, donde la salvación de un miembro está vinculada a la santidad de todos (cf. *1Co* 12,12-27; *Lumen gentium*, 7). El individualista es, en cambio, motivo de escándalo y de conflicto.

**7- La tentación del caminar sin rumbo y sin meta.** El consagrado pierde su identidad y acaba por no ser «ni carne ni pescado». Vive con el corazón dividido entre Dios y la mundanidad. Olvida su primer amor (cf. *Ap* 2,4). En realidad, el consagrado, si no tiene una clara y sólida identidad, camina sin rumbo y, en lugar de guiar a los demás, los dispersa. Vuestra identidad como hijos de la Iglesia es la de ser coptos -es decir, arraigados en vuestras nobles y antiguas raíces- y ser católicos -es decir, parte de la Iglesia una y universal-: como un árbol que cuanto más enraizado está en la tierra, más alto crece hacia el cielo.

Queridos consagrados, hacer frente a estas tentaciones no es fácil, pero es posible si estamos injertados en Jesús: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (*Jn* 15,4). Cuanto más enraizados estemos en Cristo, más vivos y fecundos seremos. Así el consagrado conservará la maravilla, la pasión del primer encuentro, la atracción y la gratitud en su vida con Dios y en su misión. La calidad de nuestra consagración depende de cómo sea nuestra vida espiritual.

Egipto ha contribuido a enriquecer a la Iglesia con el inestimable tesoro de la vida monástica. Os exhorto, por tanto, a sacar provecho del ejemplo de san Pablo el eremita, de san Antonio Abad, de los santos Padres del desierto y de los numerosos monjes que con su vida y ejemplo han abierto las puertas del cielo a muchos hermanos y hermanas; de este modo, también vosotros seréis sal y luz, es decir, motivo de salvación para vosotros mismos y para todos los demás, creyentes y no creyentes y, especialmente, para los últimos, los necesitados, los abandonados y los descartados.

Que la Sagrada Familia os proteja y os bendiga a todos, a vuestro País y a todos sus habitantes. Desde el fondo de mi corazón deseo a cada uno de vosotros lo mejor, y a través de vosotros saludo a los fieles que Dios ha confiado a vuestro cuidado. Que el Señor os conceda los frutos de su Espíritu Santo: «Amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (*Ga* 5,22-23).

Os tendré siempre presentes en mi corazón y en mis oraciones. Ánimo y adelante, guiados por el Espíritu Santo. «Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría». Y por favor, no olvidéis de rezar por mí.

## Discurso del Papa Francisco a los participantes en la Plenaria de la Secretaría para la Comunicación

*Sala del Consistorio. Jueves, 4 de mayo de 2017.*

*Señores cardenales, queridos hermanos y hermanas:*

Me agrada recibirlos con ocasión de la Primera Asamblea Plenaria de la Secretaría para la Comunicación, que os ve comprometidos en profundizar el conocimiento recíproco y en examinar los pasos hasta ahora cumplidos por el dicasterio, que he querido para un nuevo sistema comunicativo de la Santa Sede, además de reflexionar sobre un tema más actual que nunca y sugestivo como es el de la cultura digital.

Doy las gracias al prefecto monseñor Viganò por su presentación y deseo expresar mi reconocimiento a él y a vosotros aquí presentes y también a cuantos han contribuido de varias maneras para preparar el trabajo de estos días.

El argumento tratado en la Plenaria es uno de los más importantes para mí; ya lo he afrontado en diversas ocasiones. Se trata de estudiar criterios y modalidades nuevas para comunicar el Evangelio de la misericordia a todas las gentes, en el corazón de las diversas culturas, a través de los medios de comunicación que el nuevo contexto cultural digital pone a disposición de nuestros contemporáneos.

Este dicasterio, que cumplirá dos años el próximo 27 de junio -dos velas- se presenta en plena reforma. Y no debemos tener miedo de esta palabra. Reforma no es “pintar” un poco las cosas: reforma es dar otra forma a las cosas, organizarlas de otra manera. Y se debe hacer con inteligencia, con suavidad, pero también -permitidme la palabra- con un poco de “violencia”, pero buena, la buena violencia, para reformar las cosas. Está en plena reforma desde el momento en que es una realidad nueva que está dando pasos irreversibles. En este caso, efectivamente, no se trata de una coordinación o de una fusión de precedentes dicasterios, sino de construir una auténtica y verdadera institución *ex novo*, como escribía en el *Motu proprio* institutivo: «El contexto actual de la comunicación, caracterizado por la presencia y el desarrollo de los medios digitales y por los factores de convergencia e interactividad, requiere un replanteamiento del sistema de información de la Santa Sede y una reorganización que, valorando lo realizado en la historia del ámbito de la comunicación de la Sede apostólica, proceda con firmeza hacia una integración y gestión unitaria. Por tales motivos, he considerado que todas las realidades, que de diversas formas hasta hoy se han ocupado de la comunicación, se agrupen en un nuevo dicasterio de la Curia romana, que se denominará Secretaría para la comunicación. De este modo, el sistema de comunicación de la Santa Sede responderá cada vez mejor a las exigencias de la misión de la Iglesia».

Este nuevo sistema comunicativo nace de la exigencia de la llamada “conver-

gencia digital”. Efectivamente, en pasado toda modalidad comunicativa tenía los propios canales. Cada forma expresiva tenía un propio *medium*: las palabras escritas, el periódico o los libros, las imágenes, las fotografías y el movimiento, el cine y la televisión, las palabras habladas y la música, la radio y los cd. Todas estas formas de comunicación son transmitidas con un único código que aprovecha el sistema binario. En este cuadro, por consiguiente, “L’Osservatore Romano”, que desde el próximo año entrará a formar parte del nuevo dicasterio, deberá encontrar una modalidad nueva y diversa, para poder alcanzar un número nuevo de lectores superior al que consigue realizar en papel. También la Radio Vaticana, desde hace años convertida en un conjunto de portales, debe ser repensada según nuevos modelos y adecuada a las tecnologías modernas y a las exigencias de nuestros contemporáneos. Respecto al servicio radiofónico, debo subrayar el esfuerzo que el dicasterio está realizando en relación con los países con poca disponibilidad tecnológica (pienso por ejemplo en África) para la racionalización de la Onda Corta que nunca ha sido abandonada. Y esto quiero subrayarlo: nunca ha sido abandonada. Dentro de algunos meses también la Librería Editora Vaticana, la antigua Tipografía Políglota Vaticana y, como decía, “L’Osservatore Romano” entrarán a formar parte de la gran comunidad de trabajo del nuevo dicasterio, y esto requerirá la disponibilidad para armonizarse con un nuevo diseño productivo y distributivo. El trabajo es grande; el desafío es grande, pero se puede hacer, se debe hacer.

La historia es, sin duda, un patrimonio de experiencias preciosas para conservar y usar como impulso hacia el futuro. De lo contrario se reduciría a un museo, interesante y bonito para visitar, pero incapaz de dar fuerza y valentía para el proseguir del camino.

En este horizonte de construcción de un nuevo sistema comunicativo, va también el intenso esfuerzo de formación y de actualización del personal.

Queridos hermanos y hermanas, el trabajo que os espera es amplio y articulado. Con la contribución de cada uno, se va a realizar esta reforma que, «teniendo en cuenta la historia de lo que se ha realizado en el marco de la comunicación de la Sede Apostólica», está dirigida hacia «una integración y gestión unitaria» (*Estatuto de la Secretaría para la Comunicación*, 6 septiembre de 2015).

Os animo, por lo tanto, a trabajar en las comisiones de estudio, con análisis detallados y, una vez identificados los recorridos, decidir y proceder con valentía según los criterios elegidos.

Os pido además que el criterio-guía sea el apostólico, misionero, con una atención especial a las situaciones de malestar, de pobreza, de dificultad, en la conciencia que también estos hoy deben ser afrontados con soluciones adecuadas. Así se hace posible llevar el Evangelio a todos, valorar los recursos humanos, sin sustituirse a la comunicación de las Iglesias locales y, al mismo tiempo, sostenien-

do las comunidades eclesiales que más lo necesitan.

No nos dejemos vencer por la tentación del apego a un pasado glorioso; hagamos, en cambio, un gran juego de equipo para responder mejor a los nuevos desafíos comunicativos que la cultura hoy nos pregunta, sin miedo y sin imaginar escenarios apocalípticos.

Mientras os renuevo mi gratitud por haber aceptado trabajar en este ámbito tan importante y delicado de la misión de la Iglesia, quiero hacer llegar mi saludo y mi gratitud también a los consultores nombrados recientemente. Os exhorto a dar testimonio de colaboración y del compartir fraterno, mientras invoco sobre todos vosotros la bendición del Señor, por intercesión de María Santísima Madre de la Iglesia, que, con su ternura, vela siempre por nosotros.

**Discurso del Papa Francisco  
a la Conferencia Episcopal Italiana  
durante la apertura de la 70 Asamblea General**

*Aula del Sínodo. Lunes 22 de mayo de 2017.*

*Queridos hermanos:*

En estos días, mientras preparaba mi encuentro con vosotros, me encontré varias veces invocando la «visita» del Espíritu Santo, de Aquel que es “el suave persuasor del hombre interior”. Realmente, sin su fuerza “nada está en el hombre, nada sin culpa” y vano es todo nuestro esfuerzo: si su “*luz beatísima*” no nos invade en el interior, permanecemos prisioneros de nuestros miedos, incapaces de reconocer que somos salvados solamente por el amor: lo que en nosotros no es amor, nos aleja del Dios viviente y de su Pueblo santo.

*«Ven, Espíritu Santo, manda a nosotros del cielo un rayo de tu luz. Dona a tus fieles, que solo confían en ti, tus santos dones».*

El primero de estos dones está ya en el *convenire in unum*, disponible para compartir tiempo, escucha, creatividad y consuelo. Os deseo que estos días sean vividos con un debate abierto, humilde y franco. No temáis los momentos de contraste: encomendaos al Espíritu, que abre a la diversidad y reconcilia lo distinto en la caridad fraterna.

Vivid la colegialidad episcopal, enriquecida por la experiencia de la que cada uno es portador y que alcanza las lágrimas y las alegrías de vuestras Iglesias particulares. Caminar juntos es *el camino constitutivo* de la Iglesia; la *cifra* que nos permite interpretar la realidad con los ojos y el corazón de Dios; *la condición* para seguir al Señor Jesús y ser siervos de la vida en este tiempo herido.

Respiración y paso sinodal revelan lo que somos y el dinamismo de comunión que anima nuestras decisiones. Solo en este horizonte podemos renovar realmente nuestra pastoral y adecuarla a la misión de la Iglesia en el mundo de hoy; solo así podemos afrontar la complejidad de este tiempo, agradecidos por el recorrido realizado y decididos a continuarlo con *parresía*.

En realidad, este camino está marcado también por cierres y resistencias: nuestras infidelidades son una hipoteca pesada puesta en la credibilidad del testimonio del *depositum fidei*, una amenaza peor que la que proviene del mundo con sus persecuciones. Esta conciencia nos ayuda a reconocernos destinatarios de las *Cartas a las Iglesias* con las que se abre el Apocalipsis (1, 4 - 3, 22), el gran libro de la esperanza cristiana. Pidamos la gracia de saber escuchar lo que el Espíritu hoy dice a las Iglesias; acojamos el mensaje profético para comprender qué quiere curar en nosotros: *«Ven, padre de los pobres; ven, dador de dones; ven, luz de los corazones».*

Como la *Iglesia de Éfeso*, quizá a veces también nosotros hemos abandonado el amor, la frescura y el entusiasmo de un tiempo... Volvamos a los orígenes, a la gracia fundadora de los inicios; dejémonos mirar por Jesucristo, el «Sí» del Dios fiel, el *unum necessarium*: «Que no se cierna sobre esta reunión otra luz si no es Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestros ánimos fuera de las palabras del Señor, único Maestro; que ninguna otra aspiración nos anime si no es el deseo de serle absolutamente fieles; que ninguna otra esperanza nos sostenga sino aquella que conforta, mediante su palabra, nuestra angustiosa debilidad: “Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos” (*Mateo 28, 20*)» (Pablo VI, *Discurso por el inicio de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II*, 29 de septiembre de 1963).

Como la *Iglesia de Esmirna*, quizá también nosotros en los momentos de prueba somos víctimas del cansancio, de la soledad, de la perturbación por el futuro; permanecemos sacudidos al darnos cuenta de lo que el Dios de Jesucristo puede no corresponder a la imagen y a las pretensiones del hombre “religioso”: decepciona, molesta, escandaliza. Custodiamos la confianza en la iniciativa sorprendente de Dios, la fuerza de la paciencia y la fidelidad de los confesores: no debemos temer a la segunda muerte.

Como la *Iglesia de Pérgamo*, quizá también nosotros a veces buscamos hacer convivir la fe con la mundanidad espiritual, la vida del Evangelio con lógicas de poder y de éxito, forzosamente presentadas como funcionales a la imagen social de la Iglesia. El intento de servir dos padrones es, más bien, índice de la falta de convicciones interiores. Aprendamos a renunciar a ambiciones inútiles y a la obsesión de nosotros mismos para vivir constantemente bajo la mirada del Señor, presente en tantos hermanos humillados: encontraremos la Verdad que realmente hace libres.

Como la *Iglesia de Tiatira*, quizá estamos expuestos a la tentación de reducir el cristianismo a una serie de principios privados de algo concreto. Se cae, entonces, en un espiritualismo desencarnado, que descuida la realidad y hace perder la ternura de la carne del hermano. Volvamos a las cosas que realmente cuentan: la fe, el amor al Señor, el servicio hecho con alegría y gratuidad. Hagamos nuestros los sentimientos y los gestos de Jesús y entraremos realmente en comunión con Él, estrella de la mañana que no conoce ocaso.

Como la *Iglesia de Sardes*, podemos quizá ser seducidos por la apariencias, la exterioridad y del oportunismo, condicionados por las modas y los juicios de otros. La diferencia cristiana, sin embargo, hace hablar a la acogida del Evangelio con las obras, la obediencia concreta, la fidelidad vivida; con la resistencia al prepotente, al soberbio y al prevaricador; con la amistad a los pequeños y el compartir con los necesitados. Dejémonos cuestionar por la caridad, valoremos la sabiduría de los pobres, favorezcamos la inclusión; y, por misericordia, nos encontraremos

como partícipes del libro de la vida.

Como la *Iglesia de Filadelfia*, estamos llamados a la perseverancia, a lanzarnos a la realidad sin timidez: el Reino es la piedra preciosa por la que vender sin vacilación todo lo demás y abrirnos plenamente al don y a la misión. Atrevesemos con valentía toda puerta que el Señor nos abre delante. Aprovechemos cada ocasión para hacernos prójimos. También la mejor levadura sola resulta incomedible, mientras en su humildad hace fermentar una gran cantidad de harina: mezclémonos en la ciudad de los hombres, colaboremos de forma efectiva para el encuentro con las diferentes riquezas culturales, comprometámonos juntos por el bien común de cada uno y de todos. Nos encontraremos como ciudadanos de la nueva Jerusalén.

Como la *Iglesia de Laodicea*, conocemos quizá la tibieza del compromiso, la indecisión calculada, la insidia de la ambigüedad. Sabemos que precisamente sobre estas actitudes se abate la condena más severa. Por otro lado, nos recuerda un testimonio del siglo xx, la gracia a buen mercado es la enemiga mortal de la Iglesia: no reconoce la viviente Palabra de Dios y nos imposibilita el camino a Cristo. La verdadera gracia -constata la vida del Hijo- solo puede ser a alto precio: porque llama a la secuela de Jesucristo, porque cuesta al hombre el precio de la vida, porque condena el pecado y justifica al pecador, porque no dispensa de la obra... Es a alto precio, pero es gracia que dona la vida y lleva a vivir en el mundo sin perderse en él (cf. D. Bonhoeffer, *Sequela*). Abramos el corazón a la llamada del eterno Peregrino: hagámosle entrar, cenemos con Él. Partiremos de nuevo para llegar a cualquier lugar con un anuncio de justicia, fraternidad y paz.

*Queridos hermanos*, el Señor nunca tiene el objetivo de deprimirnos, por lo que no nos detengamos en los reproches, que nacen del amor (cf. *Apocalipsis* 3, 19) y al amor conducen. Dejémonos sacudir, purificar y consolar: «*Lava lo que está manchado, riega lo que está árido, sana lo que está herido. Dobra lo que está rígido, calienta lo que está frío, endereza lo que está extraviado*».

Se nos pide audacia para evitar acostumbrarnos a situaciones que tan enraizadas están que parecen normales o insuperables. La profecía no requiere llantos, sino elecciones valientes, que son propias de una verdadera comunidad eclesial: llevan a dejarse «molestar» por los eventos y las personas y a descender en las situaciones humanas, animadas por el espíritu resanador de las Bienaventuranzas. En este camino sabremos remodelar las formas de nuestro anuncio, que se refleja sobre todo con la caridad. Movámonos con la confianza de quien sabe que también este tiempo es un *kairós*, un tiempo de gracia habitado por el Espíritu del Resucitado: a nosotros nos corresponde la responsabilidad de reconocerlo, acogerlo y secundar con docilidad.

«*Ven, Santo Espíritu. Consolador magnífico, dulce huésped del alma, su dulce refrigerio*».

Queridos hermanos, “como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios” (*He-*

---

*chos de los Apóstoles 20, 28*), participes de la misión del Buen Pastor: a vuestros ojos nadie permanezca invisible o marginado. Id al encuentro de cada persona con la premura y la compasión del Padre misericordioso, con ánimo fuerte y generoso. Estad atentos para percibir como vuestro el bien y el mal del otro, capaces de ofrecer con gratuidad y ternura la misma vida. Sea esta vuestra vocación; porque, como escribe Santa Teresa del Niño Jesús, “sólo el amor hacía actuar a los miembros de la Iglesia: que si el amor se apagara, los apóstoles no anunciarían el Evangelio, los mártires no querrían derramar su sangre...”.

En esta luz, doy las gracias también en vuestro nombre al cardenal Angelo Bagnasco por los diez años de presidencia de la Conferencia episcopal italiana. Gracias por su servicio humilde y compartido, no privado de sacrificio personal, en un momento de no fácil transición de la Iglesia y del país. También la elección y, por tanto, el nombramiento de su sucesor, no sea otra cosa que un signo de amor a la Santa Madre Iglesia, amor vivido con discernimiento espiritual y pastoral, según una síntesis que es también ella don del Espíritu.

Y rezad por mí, llamado a ser custodio, testigo y garante de la fe y de la unidad de toda la Iglesia: *con* vosotros y *por* vosotros pueda cumplir esta misión con alegría hasta el fondo.

*«Ven, Espíritu Santo. Dales el mérito de la virtud, dales el puerto de la salvación, dales la felicidad eterna». Amén.*

**Discurso del Papa Francisco  
en el encuentro con sacerdotes y consagrados,  
durante la Visita Pastoral a Génova**

*Catedral de San Lorenzo. Sábado, 27 de mayo 2017.*

**Papa Francisco:**

Hermanos y hermanas, os invito a rezar juntos por nuestros hermanos coptos egipcios que fueron asesinados porque no querían renegar de la fe. Junto a ellos, a sus obispos, a mi hermano Teodoro, os invito a rezar juntos en silencio y después un avemaría. [Silencio - “avemaría”] Y no olvidemos que hoy los mártires cristianos son más que en tiempos antiguos, que los primeros tiempos de la Iglesia. Son más.

**Don Andrea Carcasole:**

*Soy vicepárroco de la parroquia de San Bartolomé de la Certosa aquí en Génova, que es una parroquia de 12 mil habitantes. Le pedimos hoy los criterios para vivir una intensa vida espiritual en nuestro ministerio que, en la complejidad de la vida moderna y de las tareas también administrativas, tiende a hacernos vivir dispersos y fragmentados.*

**Papa Francisco:**

Gracias Don Andrea por la pregunta. Yo diré que cuanto más imitemos el estilo de Jesús, mejor haremos nuestro trabajo de pastores. Este es el criterio fundamental: el *estilo* de Jesús. ¿Cómo era el estilo de Jesús como pastor? Siempre en camino. Los Evangelios, con los matices propios de cada uno, pero siempre nos hacen ver a Jesús en camino, en medio de la gente, la “multitud” dice el Evangelio. Distingue bien el Evangelio los discípulos, la multitud, los doctores de la ley, los saduceos, los fariseos... Distingue el Evangelio: es interesante. Y Jesús estaba en medio de la multitud. Si nosotros imaginamos cómo era el horario de la jornada de Jesús, leyendo los Evangelios podemos decir que la mayor parte del tiempo lo pasaba en la calle. Esto quiere decir cercanía a la gente, cercanía a los problemas. No se escondía. Después, por la noche, muchas veces se escondía para rezar, para estar con el Padre. Y estas dos cosas, esta forma de ver a Jesús, en la calle y en oración, ayuda mucho a nuestra vida cotidiana, que no está en camino, está *con prisas*. Son cosas diferentes. De Jesús se dice que quizá iba un poco con prisas cuando iba hacia la Pasión: “con decisión” fue a Jerusalén. Pero esta costumbre, esta forma “enloquecida” de vivir siempre mirando el reloj -“tengo que hacer esto, esto, esto...”- no es una forma pastoral, Jesús no hacía esto. Jesús nunca estaba parado. Y, como todos los que caminan, Jesús estaba expuesto a la dispersión, a ser “fragmentado”. Por eso me gusta la pregunta, porque se ve que nace de un hombre que *camina* y no es estático. No debemos tener miedo del

movimiento y de la dispersión de nuestro tiempo. Pero el miedo más grande en el que tenemos que pensar, que podemos imaginar, es una vida *estática*: una vida del sacerdote que tiene todo bien resuelto, todo en orden, estructurado, todo está en su sitio, los horarios -a qué hora se abre la secretaría, la iglesia se cierra a tal hora...-. Yo tengo miedo del sacerdote estático. Tengo miedo. También cuando es estático en la oración: yo rezo de tal a tal hora. ¿Pero no te entran ganas de ir a pasar con el Señor una hora más para mirarlo y dejarte mirar por Él? Esta es la pregunta que yo haría al sacerdote *estático*, que tiene todo perfecto, organizado... Yo diría que una vida así, tan estructurada, no es una vida cristiana. Quizá ese párroco es un buen empresario, pero yo me pregunto: ¿es cristiano? O al menos ¿vive como cristiano? Sí, celebra la misa, ¿pero el estilo es un estilo cristiano? O quizá es un creyente, un buen hombre, vive en gracia de Dios, pero con un estilo de empresario. Jesús siempre ha sido un hombre de calle, un hombre de camino, un hombre abierto a las sorpresas de Dios. Sin embargo, el sacerdote que tiene todo planificado, todo estructurado, generalmente está cerrado a las sorpresas de Dios y se pierde esta alegría de la sorpresa del encuentro. El Señor te toma cuando no te lo esperas, pero estás abierto. Un primer criterio *es no tener miedo de esta tensión* que nos toca vivir: nosotros estamos en camino, el mundo es así. Es un signo de vida, de vitalidad: un padre, una madre, un educador está siempre expuesto a esto y vive la tensión. Un corazón que ama, que se da, siempre vivirá así: expuesto a esta tensión. Y alguno puede también tener la fantasía de decir: “Ah, yo me haré sacerdote de clausura, monja de clausura, y así no tendré esta tensión”. Pero también los padres del desierto iban al desierto para *luchar* más. Esa lucha, esa tensión.

Y yo creo que tenemos que pensar sobre esto en algunos aspectos. Si miramos a Jesús, los Evangelios nos hacen ver dos momentos, que son fuertes, que son el fundamento. Dije esto al inicio y lo repito ahora: *el encuentro con el Padre y el encuentro con las personas*. La mayoría de las personas con las que se encontraba Jesús eran gente que tenía necesidad, gente necesitada -enfermos, endemoniados, pecadores-, también gente marginada, leprosos. Y el encuentro con el Padre. En el encuentro con el Padre y con los hermanos, allí se da esta tensión: todo se debe vivir en esta clave del *encuentro*. Tú, sacerdote, tú te encuentras con Dios, con el Padre, con Jesús en la eucaristía, con los fieles: te *encuentras*. No hay un muro que impida el encuentro; no hay una formalidad demasiado rígida que impida el encuentro. Por ejemplo, *la oración*: tú puedes estar una hora delante del Tabernáculo, pero sin encontrar al Señor, rezando como un loro. ¡Pero tú así pierdes el tiempo! La oración: si tú rezas, reza y encuentra al Señor, permanece en silencio, déjate mirar por el Señor; di una palabra al Señor, pide algo. Quédate en silencio, escucha qué dice, qué te hace sentir... *Encuentro*. Y con la gente lo mismo. Nosotros sacerdotes sabemos cuánto sufre la gente cuando viene a

pedirnos un consejo o cualquier cosa. “¿Qué pasa?... Sí, sí, pero ahora no tengo tiempo, no...”. Deprisa, no en camino, deprisa, esta es la diferencia. Eso que está parado y eso que va deprisa nunca se encuentran. Conocí un buen sacerdote que tenía una gran genialidad: fue un profesor de literatura de alto, altísimo nivel, porque él era un poeta y conocía bien las letras. Y cuando se jubiló -es un religioso- pidió a su provincial que lo mandara a un parroquia de las villas miserias, con los pobres pobres. Para tener esta servicio, un hombre de esa cultura, fue allí realmente con ganas de encontrar -era un hombre de oración-; de continuar encontrando a Jesús y encontrar un pueblo que no conocía: el pueblo de los pobres; fue con mucha generosidad. Este hombre pertenecía a la comunidad donde yo estaba, la comunidad religiosa. Y el provincial le dijo: “un día a la semana ve a la comunidad”. Y él venía a menudo, hablaba con todos nosotros, se confesaba, aprovechaba y volvía. Un día me dijo: “Pero estos teólogos... les falta algo”. Yo le dije: “¿Qué les falta?”. “Por ejemplo, el profesor de eclesiología, debe hacer dos tesis nuevas”. “¿Ah sí, cuáles?”. Y él decía así: “El pueblo de Dios, la gente en la parroquia, es ontológicamente *pesada*, es decir que cansa, y metafísicamente, esencialmente *olímpico*”. ¿Qué quiere decir “olímpico”? ¿Qué hace lo que quiere; tú puedes darle un consejo, pero luego se verá... Y cuando tú trabajas con la gente, la gente te cansa, y a veces también te harta un poco. ¡Pero es el Pueblo de Dios! Piensa en Jesús, que lo tiraban de una parte y de la otra. Piensa en Jesús, en esa vez en la que estaba en la calle y decía: “¿Pero quién me ha tocado?” - “Pero Maestro, ¿qué dices? Mira cuánta gente hay a tu alrededor”. “Alguien me ha tocado” - “Pero mira...”. Siempre la gente cansa. Dejarse cansar por la gente; no defender demasiado la propia tranquilidad. Voy al confesionario: hay fila, y después yo tenía idea de salir... No la misa, sino una cosa que se podía hacer o no hacer, eso es, entonces yo tenía en mente esto, miro el reloj y ¿qué hago? Es una opción: permanezco en el confesionario y sigo confesando hasta que termine, o digo a la gente: “Tengo otro compromiso, lo siento, hasta pronto”. Siempre encontrando a la gente. Pero este encuentro con la gente es muy morficante, ¡es una cruz! Encontrar a la gente es una cruz, quizá estarán en la parroquia una, dos, diez personas -ancianas- que te preparan un postre y te lo llevan, buenas... ¡Pero cuántos dramas tienes que ver! Y esto cansa el alma y te lleva a la oración de intercesión.

Yo diría estas dos cosas, en esta tensión. Es muy importante. Y uno de los signos de que no se está yendo por el buen camino es cuando el sacerdote habla demasiado de sí mismo, demasiado: de las cosas que hace, que le gusta hacer... es autorreferencial. Es un signo que ese hombre no es un hombre de encuentro, como mucho es un hombre del espejo, le gusta reflejarse a sí mismo; necesita llenar el vacío del corazón hablando de sí mismo. Sin embargo el sacerdote que lleva una vida de encuentro, con el Señor en la oración y con la gente hasta el

final del día, está “destrozado”, san Luigi Orione decía “como un trapo”. Y uno puede decir: “Pero, Señor, necesito otras cosas...”. ¿Estás cansando? Ve adelante. Ese cansancio es santidad, siempre que haya oración. De otra forma, podría ser también un cansancio de autorreferencialidad. Debéis, vosotros sacerdotes, examinaros sobre esto: ¿soy hombre de encuentro? ¿Soy hombre de tabernáculo? ¿Soy hombre de calle? ¿Soy hombre “de oído”, que sabe escuchar? O cuando empiezan a decirme las cosas, respondo enseguida: “Sí, sí, las cosas son así y así...”. ¿Me dejo cansar por la gente? Este era Jesús. No hay fórmulas. Jesús tenía una clara conciencia de que su vida era para los otros: para el Padre y para los otros, no para sí mismo. Se daba, se daba: se daba a la gente, se daba al Padre en la oración. Y su vida la ha vivido en clave de misión: “Yo soy enviado por el Padre para decir estas cosas...”.

Una cosa que no nos ayuda es la debilidad en la diocesanidad. Pero de esto hablaré respondiendo a otra pregunta.

Nos hará bien, hará bien a todos los sacerdotes recordar que solamente Jesús es el Salvador, no hay otros salvadores. Y quizá pensar que Jesús nunca, nunca, se ha unido a las estructuras, sino que siempre se unía a las relaciones. Si un sacerdote ve que en su vida su conducta está demasiado unida a las estructuras, algo no va bien. Y Jesús esto no lo hacía, Jesús se unía a las relaciones. Una vez escuché a un hombre de Dios -creo que introducirán la causa de beatificación de este hombre- que decía: “En la Iglesia se debe vivir ese dicho: “mínimo de estructuras por el máximo de vida, y nunca el máximo de estructuras por el mínimo de vida”. Sin relaciones con Dios y con el prójimo, nada tiene sentido en la vida de un sacerdote. Harás carrera, irás a ese lugar, a ese otro; a esa parroquia que te gusta o a una terna para ser obispo. Harás carrera. Pero, ¿el corazón? Permanecerá vacío, porque tu corazón está unido a las estructuras y no a las relaciones, las relaciones esenciales: con el Padre, con Dios, con Jesús y con las personas. Esta es un poco la respuesta sobre los criterios que quiero daros. “Pero, Padre, usted no es moderno... Estos criterios son antiguos...”. ¡Así es la vida, hijo! ¡Son los viejos criterios de la Iglesia que son modernos, ultramodernos!

**Don Pasquale Revello:**

*Soy un párroco. Trabajo en Recco, una bonita ciudad en el mar, en la parroquia de San Juan Bautista: 7.000 habitantes. Quisiéramos vivir mejor la fraternidad sacerdotal tan aconsejada por nuestro cardenal arzobispo y promovida con encuentros diocesanos, vicariales, peregrinaciones, retiros y ejercicios espirituales, semanas de comunidad. ¿Nos puede dar alguna indicación?*

**Papa Francisco:**

Gracias, don Pasquale. ¿Cuántos años tiene usted?

**Don Pasquale:**

*81 cumplidos.*

¡Somos de la misma edad! Pero le confieso algo: escuchándole hablar así, ¡hubiera pensado que tiene 20 años menos! Fraternidad: es una bonita palabra, pero no se cotiza en la bolsa de valores. Es una palabra que no se cotiza en la bolsa de valores. Es muy difícil, la fraternidad, entre nosotros. Es un trabajo de todos los días, la fraternidad presbiteral. Quizá sin darnos cuenta, pero corremos el riesgo de crear esa imagen del sacerdote que sabe todo, no necesita que le digan nada más: “Yo sé todo, sé todo”. Hoy los niños dirían: “¡Este es un sacerdote *google* o *wikipedia!*”. Sabe todo. Y esta es una realidad que hace mal a la vida presbiteral: la autosuficiencia. Este tipo de sacerdote dice: “¿Por qué perder tiempo en reuniones?... Y cuántas veces estoy en reuniones y está hablando el hermano sacerdote, y yo estoy en órbita en mis pensamientos, pienso en las cosas que tengo que hacer mañana...”. Yo hago la pregunta: “¿Sabéis que desde el próximo año crecerá la aportación del 8 por mil para los sacerdotes?” entonces, “la órbita” baja enseguida, porque ¡hay algo que ha tocado el corazón! ¿Esto te interesa? ¿Y eso que dice ese sacerdote joven o ese sacerdote viejo o ese sacerdote de mediana edad, no te interesa? Una bonita pregunta para hacerse: en las reuniones, cuando me siento un poco lejos de lo que está diciendo el otro, o no me interesa, preguntarme: “Pero ¿por qué no me interesa esto? ¿Qué es lo que me interesa? ¿Dónde está la puerta para llegar al corazón de ese hermano sacerdote que está hablando y diciendo de su vida, que es riqueza para mí?”. ¡Es una verdadera ascesis la de la fraternidad sacerdotal! La fraternidad. Escucharse, rezar juntos...; y después una buena comida juntos, hacer fiesta juntos... para los sacerdotes jóvenes, un partido de fútbol juntos... ¡Esto hace bien! Hace bien. Hermano. La fraternidad, tan humana. Hacer con los sacerdotes del presbiterio lo que hacía con mis hermanos: este es el secreto. Pero está el egoísmo; debemos recuperar el sentido de la fraternidad que... sí, se habla pero no ha entrado todavía en el corazón de los presbíteros, no ha entrado profundamente. En algunos un poco, en algunos menos, pero debe entrar más. Lo que sucede al otro, me afecta; lo que dice el hermano, puede decirlo también para ayudarme a resolver un problema que yo tengo. “Pero ese piensa de forma diferente a mí...”. ¡Escúchalo! Y toma lo que te sirve. Los hermanos son riqueza los unos para los otros. Y esto es lo que abre el corazón: recuperar el sentido de la fraternidad. Es una cosa muy seria. Nosotros sacerdotes, nosotros obispos, no somos el Señor. No. El Señor es Él. Nosotros somos los discípulos del Señor, y debemos ayudarnos los unos a los otros. También pelear, como peleaban los discípulos cuando se preguntaban quién era el más grande de ellos. También pelear. Es bonito también escuchar discusiones en las reuniones sacerdotales, porque si hay discusión hay libertad, hay amor, hay confianza, ¡hay fraternidad! No tener miedo. Más bien, es necesario tener miedo de lo contrario: no decir las cosas, para después, detrás: “¿Has escuchado qué ha dicho este tonto? ¿Has escuchado que idea extravagante?”. La murmuración, el “despellearse” el uno al otro,

la rivalidad... Os diré una cosa... He pensado tres veces si puedo decirla o no. Sí, la puedo decir. No sé si *debo* decirla, pero la *puedo* decir. Vosotros sabéis que para hacer el nombramiento de un obispo se pide información a los sacerdotes y también a los fieles, a las consagradas sobre este sacerdote, y allí, en el cuestionario que manda el nuncio, se dice: “esto es secreto”. No se puede decir a nadie, pero este sacerdote es un posible candidato a convertirse en obispo. Y se piden informaciones. Algunas veces se encuentran verdaderas calumnias y opiniones que, sin ser calumnias graves, devalúan al sacerdote; y se entiende enseguida que detrás hay rivalidad, celos, envidia... Cuando no hay fraternidad sacerdotal, hay -es dura la palabra- hay traición: se traiciona al hermano. Se vende al hermano. Para ir arriba yo. Se “despelleja” al hermano. Pensad, haced un examen de conciencia sobre esto. Os pregunto: ¿cuántas veces he hablado bien, he escuchado bien, en una reunión, hermanos sacerdotes que piensan distinto o que no me gustan? ¿Cuántas veces, apenas han empezado a hablar, he cerrado los oídos? ¿Y cuántas veces les he criticado, “desplumado”, “despellejado” a escondidas? El enemigo grande contra la fraternidad sacerdotal es este: la murmuración por envidia, por celos o porque no me va bien, o porque piensa de otra manera. Y por tanto es más importante la ideología de la fraternidad; es más importante la ideología de la doctrina... ¿Pero a dónde hemos llegado? Pensad. La murmuración o el juzgar mal a los hermanos es un “mal de clausura”: cuanto más encerrados estamos en nuestros intereses, más criticamos a los demás. Y nunca tener ganas de tener la última palabra: la última palabra será la que sale sola, o la dirá el obispo; pero yo digo la mía y escucho la de los demás.

Después cuando hay sacerdotes enfermos, físicamente enfermos, vamos a visitarles, les ayudamos... Pero peor, cuando están enfermos psíquicamente; y cuando están enfermos moralmente. ¿Hago penitencia por ellos? ¿Rezo por ellos? ¿Trato de acercarme para ayudar, para hacerles ver la mirada misericordiosa del Padre? ¿O voy enseguida donde otro amigo mío para decirle: “¿sabes? He sabido que aquel esto, aquel lo otro...?”. Y lo “ensucio” todavía más. Pero si ese pobrecito ha caído víctima de satanás, ¿también tú quieres aplastarlo? Estas cosas no son fábulas: esto sucede, esto pasa. Y además otra cosa que puede ayudar es saber que ninguno de nosotros es el todo. Todos somos parte de un cuerpo, del cuerpo de Cristo, de la Iglesia, de esta Iglesia particular. Y quien pretende ser el todo, tener siempre razón o tener ese lugar o ese otro, se equivoca. Pero esto se aprende desde el seminario. Sé que aquí hay superiores de los seminarios, formadores, padres espirituales. Esto es muy importante. Un buen arzobispo vuestro, el cardenal Canestri, decía que la Iglesia es como un río: lo importante es estar *dentro* del río. Si estás en el centro o más a la derecha o más a la izquierda, pero dentro del río, esto es una variedad lícita. Lo importante es estar *dentro* del río. Muchas veces nosotros queremos que el río se estreche solo por nuestra parte y condenamos a

los otros... esto no es fraternidad. Todos dentro del río. Todos. Esto se aprende en el seminario. Y yo aconsejo a los formadores: si vosotros veis un seminarista bueno, inteligente, que parece bueno, es bueno pero es un hablador [cotilla], expulsadle. Porque después esta será una hipoteca para la fraternidad presbiteral. Si no se corrige, expulsadle. Desde el inicio. Hay un refrán, no sé como se dice en italiano: “Cría cuervos y te comerán los ojos”. Si en el seminario tu crías “cuervos” que “chismorrear”, destruirán cualquier presbiterio, cualquier fraternidad en el presbiterio. Y después hay muchas pruebas: el párroco y el vice-párroco, por ejemplo. A veces están de acuerdo de forma natural, son del mismo temperamento; pero muchas veces son diferentes, muy diferentes, porque en el río uno está en esta parte y el otro en la otra parte: pero todos dentro del río. Haced un esfuerzo para entenderos, para amaros, para hablaros... Lo importante es estar dentro del río. Y lo importante es no chismorrear del otro, y buscar la unidad. Y debemos encender las luces, las riquezas, los dones, los carismas de cada uno. Esto es importante. Los Padres del desierto nos enseñaron mucho sobre esto: sobre la fraternidad, el perdón, la ayuda. Una vez fueron a ver a Abba Pafnuzio algunos monjes: estaban preocupados por un pecado que había cometido uno de sus hermanos, y se dirigieron a él para pedir ayuda. Pero, antes de ir, habían cotilleado entre ellos, bastante. Y Abba Pafnuzio, después de haberles escuchado, dijo: “Sí, yo he visto en la orilla del río un hombre que estaba en el barro hasta las rodillas. Y algunos hermanos querían ayudarlo, y le han hecho ir hacia abajo hasta el cuello”. Hay algunas “ayudas” que lo que buscan es destruir y no ayudar: están solo disfrazadas de ayuda. En la murmuración, siempre sucede esto. Algo que nos ayudará mucho, cuando nos encontremos ante los pecados o cosas feas de nuestros hermanos, cosas que buscan romper la fraternidad, es hacernos la pregunta: “¿Cuántas veces yo he sido perdonado?”. Esto ayuda. Gracias Don Pasquale. Y gracias por su juventud.

**Madre Rosangela Sala, presidente USMI Ligure:**

*Soy del Instituto de las hermanas de la Inmaculada y represento la parte femenina de la vida consagrada de Liguria. Sabemos que usted ha vivido una larga experiencia de consagración vivida en situaciones diferentes y con diferentes roles. ¿Qué puede decirnos para que podamos vivir nuestra vida con creciente intensidad respecto al carisma, al apostolado y en nuestra diócesis, que es la Iglesia?*

Gracias, Madre. Yo a la Madre Rosangela la conozco desde hace años... Es una buena mujer, pero tiene un defecto. ¿Puedo decirlo? ¿Conduce a 140! [ríe, ríen]. Le gusta ir rápido, pero es buena. Usted ha dicho una palabra que me gusta mucho, me gusta mucho: la *diocesanidad*. Más que una palabra, es una dimensión que me gustaría unir con las preguntas precedentes. Una dimensión de nuestra vida de Iglesia, porque la diocesanidad es lo que nos salva de la abstracción, del nominalismo, de una fe un poco gnóstica o solamente que “vuela por el aire”.

La diócesis es esa porción del Pueblo de Dios que tiene un rostro. En la diócesis está el rostro del Pueblo de Dios. La diócesis ha hecho, hace y hará historia. Todos estamos incluidos en la diócesis. Y esto nos ayuda para que nuestra fe no sea teórica, sino práctica. Y vosotras consagradas y consagrados, sois un regalo para la Iglesia, porque cada carisma, cada uno de los carismas es un regalo para la Iglesia, para la Iglesia universal. Pero siempre es interesantes ver cómo cada uno de los carismas nacen en un lugar concreto y muy unido a la vida de esa diócesis concreta. Los carismas no nacen en el aire, sino en un lugar concreto. Después el carisma crece, crece, crece y tiene un carácter muy universal; pero al principio, siempre tiene una concreción. Es bonito recordar cómo no haya un carisma sin una experiencia fundadora concreta. Y que normalmente no está unida a una misión universal, sino a una diócesis, a un lugar concreto. Después se hace universal, pero al principio, en las raíces... Pensemos en los franciscanos. Si uno dice: "Soy franciscano", ¿cuál es el lugar que viene a la mente? ¡Asís! ¡Enseguida! "¡Pero somos universales!". Sí, estáis por todos lados, es verdad, pero está el origen concreto. Y vivir intensamente el carisma es querer encarnarlo en un lugar concreto.

El carisma debe ser encarnado: nace en un lugar concreto y después crece y continúa encarnándose en lugares concretos. Pero siempre es necesario buscar dónde ha nacido, cómo ha nacido el carisma, en qué ciudad, en qué barrio, con qué fundador, qué fundadora, cómo se ha formado... Y esto nos enseña a amar a la gente de los lugares concretos, amar gente concreta, tener ideales concretos: la concreción la da la diocesanidad. La concreción de la Iglesia la da la diocesanidad. Y esto no quiere decir matar el carisma, no. Esto ayuda al carisma a hacerse más real, más visible, más cercano. Y después, de vez en cuando -cada seis años normalmente- los consagrados se reúnen en capítulo, y provienen de las diferentes "concreciones", y esto hace crecer al instituto. Pero siempre con la raíz en la diocesanidad: en las diferentes diócesis, donde este carisma ha nacido y donde ha ido. Esta es la concreción. Cuando la universalidad de un instituto religioso, que crece y va y va, se olvida de incluirse en los lugares concretos, en las diócesis concretas, esta orden religiosa al final se olvida de dónde ha nacido, del carisma fundador. Se universaliza a modo de de las Naciones Unidas, por ejemplo. "Sí, hacemos una reunión universal, todos juntos...". Pero no está esa *concreción* de la diocesanidad: dónde ha nacido el carisma y dónde ha ido después y si se ha incluido en esas Iglesias particulares. ¡No existen institutos religiosos voladores! Y si alguno tiene esta pretensión, terminará mal. Siempre las raíces en la diócesis. Y aquí está la no fácil relación entre los religiosos consagrados y los obispos. Ahora se está trabajando en un nuevo proyecto para hacer de nuevo el documento *Mutuae relationes*, que tiene 40 años, y es el momento de revisarlo. Porque siempre hay conflictos, también conflictos de crecimiento, conflictos buenos, y también algunos no tan buenos. Pero esto es importante: un carisma que tenga la inten-

ción de no tomar en serio el aspecto de la diocesanidad y se refugia solamente en los aspectos *ad intra*, esto le llevará a una espiritualidad autorreferencial y no universal como la Iglesia de Jesucristo.

Esta palabra me ha gustado mucho, Madre: diocesanidad. Donde el carisma ha nacido y donde se inserta su crecimiento.

Un segundo aspecto que me gustaría subrayar es la *disponibilidad*. Una disponibilidad a ir donde hay más riesgo, donde hay más necesidad, donde se necesita más. No para cuidar de sí mismos: para ir a donar el carisma e insertarse donde hay más necesidad. La palabra que uso a menudo es *periferias*, pero yo digo *todas* las periferias, no solo las de la pobreza, todas. También esas del pensamiento, todas. Insertarse en ellas. Y estas periferias son el reflejo de los lugares donde ha nacido el carisma primordial. Y cuando digo *disponibilidad*, digo también revisión de las obras. Es verdad, a veces se hacen revisiones porque no hay personal y se debe hacer. Pero también cuando hay personal, cuando hay gente, preguntarse: ¿nuestro carisma es necesario en esta diócesis? ¿O será más necesario en otra parte y a este lugar podrá venir otro carisma a ayudar? Estar disponibles a ir *más allá*, siempre más allá: el “*Deus semper maior*”. Siempre ir más allá, más allá... Estar disponibles y no tener miedo de los riesgos; con la prudencia del gobierno, pero... Esto es importarte, estas dos cosas, diría: *diocesanidad* y *disponibilidad*. Diocesanidad como referencia al nacimiento, y también disponibilidad para crecer e insertarse en la diócesis. Diría esto, retomando su palabra, *diocesanidad*. Gracias.

**Padre Andrea Caruso, O.F.M. Cap.:**

*Soy sacerdote de la orden de los hermanos menores capuchinos de Liguria. Esta es la pregunta: ¿cómo vivir y afrontar el descenso general de vocaciones a la vida sacerdotal y a la vida consagrada?*

Se dice de los franciscanos que se reúnen siempre, y se dice: “Cuando no están en capítulo, están en versículo”. Siempre están en alguna reunión, están reunidos.

Por tanto el descenso [de las vocaciones]. Hay un problema demográfico: el descenso demográfico en Italia. Nosotros estamos bajo cero, y si no hay chicos y chicas jóvenes, no habrá vocaciones. Era más fácil en tiempo de familias más numerosas tener vocaciones. Hay un descenso que es también consecuencia del descenso demográfico. No es la única razón, pero esta tenemos que tenerla presente. Es más fácil convivir con un gato o con un perro que con los hijos. Porque yo me aseguro el amor programado, porque no son libres, yo les crío hasta un cierto punto, hay una relación, me siento acompañado o acompañada con el gato, con el perro, y no con los hijos. Uno de mis asistentes, que tiene tres [hijos] me dice esto [ríe]. Sí, es verdad. En cada época, debemos ver las cosas que suceden como un paso del Señor: hoy el Señor pasa entre nosotros y nos plantea esta pregunta: “¿Qué sucede?” ¿Qué sucede? El descenso es verdad. Pero yo me hago otra pre-

gunta: ¿qué nos dice o nos está pidiendo el Señor, ahora? La crisis vocacional es una crisis que afecta a toda la Iglesia, todas las vocaciones: sacerdotales, religiosas, laicales, matrimoniales... Piensa en la vocación al matrimonio, que es tan bonita. No se casan, los jóvenes; viven juntos, prefieren eso. Es una crisis transversal, y debemos pensar las cosas así. Es una crisis que toca a todos, también la vocación matrimonial. Una crisis transversal. Y como tal es un tiempo para preguntarse, para preguntar al Señor y preguntarnos a nosotros: ¿qué debemos hacer? ¿qué debemos cambiar? Afrontar los problemas es algo necesario; y aprender de los problemas es algo obligatorio. Y nosotros tenemos que aprender también de los problemas. Buscar una respuesta que no sea una respuesta reductiva, que no sea una respuesta “de conquista”.

Algo feo que ha sucedido en la Iglesia aquí en Italia -estoy hablando de los años noventa, más o menos-: algunas congregaciones que no tenían casas en Filipinas, iban y traían aquí a las chicas, las han “mimado” y las jóvenes venían. Buenas chicas, buenas... Después, la mayoría lo dejaba. Yo recuerdo, en el Sínodo de 1994, una carta pastoral de los obispos de Filipinas que prohibían hacer esto, y las congregaciones que no tienen casas en Filipinas no pueden hacer esto. Primero. Segundo: la formación inicial se debe hacer en el país [de origen], después se puede ir a otro país, pero la formación inicial, en el propio país. Y recuerdo como si fuera hoy, creo que era en el “Corriere della Sera”, el gran titular: “La trata de novicias”. Fue un escándalo. También en algunos países latinoamericanos. Estoy pensando en una congregación... Tomaban el autobús e iban a ciertos lugares pobres, y convencían a las chicas para venir a Buenos Aires y hacerse novicias, y venían. Y después las cosas no iban bien. Y aquí, en Italia -en Roma- este es un dato de hace 15 años, he sabido de algunas congregaciones que iban a los países ex-comunistas de Europa central en busca de vocaciones, chicas, países pobres... Venían, pero no tenían vocación, pero no querían volver; algunas encontraban un trabajo y otras, pobrecillas, terminaban en la calle.

Es difícil el trabajo vocacional, pero se debe hacer. Es un desafío. Debemos ser creativos, en el trabajo vocacional. El otro día estuvieron en una reunión -antes de vuestro capítulo en la provincia de las Marcas, vinieron a verme. Casi todos. A hacer una especie de pre-capítulo con el Papa. ¡Muchos jóvenes! “¿Cómo tenéis tantas vocaciones?” - “No lo sé, tratamos de vivir la vida como la quería san Francisco”. La fidelidad al carisma fundador. Y cuando hay congregaciones que son fieles al carisma fundador, pero con ese amor que hace ver la actualidad que tiene ese carisma, la belleza, eso atrae. Y después el testimonio. Si nosotros queremos consagrados, consagradas, sacerdotes, debemos dar testimonio de que somos felices, que estamos felices. Y que terminamos nuestra vida felices por la elección que Jesús ha hecho de nosotros. El testimonio de alegría, también en la forma de vivir. Hay consagrados, consagradas, sacerdotes, obispos cristianos, pero viven

como paganos. Un joven, una joven de hoy mira y dice: “¡No, así yo no quiero!”. Y esto empuja fuera a la gente. Después, es importante la conversión pastoral y misionera. Una de las cosas que los jóvenes de hoy buscan mucho es la misionariedad. El celo apostólico: ver en el testimonio también un gran celo apostólico, que uno no vive para sí mismo, que vive para los otros, que da la vida, da la vida. Una vez -lo supe apenas ordenado obispo, en el año ‘92- supe que una congregación de monjas del lugar de donde era, en el barrio, en la zona de Buenos Aires donde yo era obispo auxiliar, estaban reformando la casa de las hermanas. Tenían un colegio muy rico, muy rico. Tenían dinero. Y tenían razón: la casa de las hermanas debía ser un poco reformada. La habían hecho bien: también con el baño privado. Está bien -pensé yo- si es una cosa austera, hoy también una comodidad moderna es importante, no hay problema... Pero al final hicieron un edificio de lujo, para las monjas. Y también -estoy hablando de 1992, hoy sería más comprensible, no lo sé, no estaría bien, pero no escandalizaría tanto- en cada una de las habitaciones de las hermanas, una televisión. ¿Cuál fue el resultado? Desde las dos hasta las cuatro de la tarde no encontrabas una monja en el colegio: cada una estaba en su habitación viendo la telenovela. La mundanidad. La mundanidad espiritual. Y la gente, los jóvenes piden testimonio de autenticidad, de celo apostólico, de armonía con el carisma. Y también nosotros darnos cuenta de que con estos comportamientos somos nosotros mismos los que provocamos ciertas crisis vocacionales. Hemos sido nosotros mismos. Es necesaria una conversión pastoral, una conversión misionera. Os invito a tomar esa parte de la *Evangelii gaudium* que habla de esto, sobre la necesaria conversión misionera, y este es un testimonio que atrae vocaciones.

Después, las vocaciones están, Dios las da. Pero si tú -sacerdote o consagrado o monja- estás siempre ocupado, no tienes tiempo de escuchar a los jóvenes que viene, que no vienen... “Sí, sí, mañana...”. ¿Por qué? Los jóvenes son “aburridos”, vienen siempre con las mismas preguntas... Si tú no tienes tiempo, ve a buscar a otra persona que pueda escuchar. Escucharles. Y después, los jóvenes están siempre en movimiento: es necesario ponerles en el camino misionero. Cuatro días de vacaciones: os invito, vamos a hacer una pequeña misión a ese lugar, a ese pueblo, o vamos a limpiar una escuela de ese pueblo que está sucia.. Y los jóvenes van enseguida. Y haciendo estas cosas, el Señor les habla. El testimonio. Esta es la clave. Esta es la clave.

¿Qué piensa un joven cuando ve un sacerdote, un consagrado o una consagrada? Lo primero que piensa, si tiene algún movimiento del Espíritu: “Yo quisiera ser como esa, como ese”. Allí está la semilla. Nace del testimonio. “¡Yo nunca quisiera ser como ese!”. Es el antitestimonio. El testimonio se hace sin palabras.

Y termino con una anécdota. En la zona de Buenos Aires, donde era obispo auxiliar, hay muchos hospitales, pero en todos hay monjas. Y en uno, que estaba

---

cerca de la vicaría, había tres monjas alemanas, muy ancianas, enfermas, de una congregación que no tenían gente para enviar. Y la madre general, con un buen sentido, las llamó de nuevo: fue una decisión prudente, tomada con la oración, hablando con el obispo... una cosa bien hecha. Y un sacerdote dijo: “Yo conozco a la madre general de un instituto coreano de Seúl, de la Sagrada Familia de Seúl. Puedo escribirla”. Escribió. “Vale, vale”. Al final, después de cuatro meses, llegaron tres hermanas coreanas. Llegaron un lunes -por decir- el martes arreglaron un poco sus cosas, y el miércoles fueron a las plantas del hospital. Coreanas, sin una palabra de español. Algunos días después, los enfermos estaban todos felices: “¡Pero que hermanas más buenas! ¡Pero que bonito, lo que dicen!” - “¡Pero cómo -digo- lo que dicen, si no hablan una palabra de español?” - “No, no, pero es la sonrisa, te toman de la mano, te dan una caricia...”. ¡El lenguaje de los gestos! ¡Pero sobre todo el lenguaje del testimonio del amor! Mira, también sin palabras, tú puedes atraer a la gente. El testimonio es decisivo en las vocaciones: es decisivo.

¡Gracias por lo que hacéis! ¡Muchas gracias! Os pido rezar por mí. Os doy las gracias por vuestra vida consagrada, por vuestra vida presbiterial. Y adelante, adelante, que ¡el Señor es grande y nos dará hijos y nietos en nuestras congregaciones y en nuestras diócesis!

Gracias.

Y ahora os doy la bendición, ¡e id adelante con valentía! Y me gustaría saludar a los cuatro que han tenido la valentía de hacer las preguntas.

## **Discurso del Papa Francisco durante el encuentro con los jóvenes de la Misión Diocesana en la Visita Pastoral a Génova**

*Santuario de Nuestra Señora de la Guardia. Sábado, 27 de mayo de 2017.*

### **Papa Francisco:**

Os invito a rezar a la Virgen: cada uno le diga lo que lleva en el corazón. Es nuestra mamá, la Madre de Jesús, nuestra Madre. En silencio, cada uno le diga lo que siente en el corazón.

*Después de la oración cuatro jóvenes dirigieron al Pontífice algunas preguntas.*

### **Chiara Parodi**

*Santidad, ¡qué bonito es tenerle aquí! En Su exhortación apostólica, Evangelii gaudium, Usted ha invitado a toda la Iglesia a salir. Con la sugerencia de nuestro cardenal, hemos comenzado la misión “alegría plena”, para retomar las palabras que Jesús dijo en el Evangelio de Juan: «os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (15, 11). Le pedimos una bendición sobre nosotros, sobre los chicos que hemos encontrado y que encontraremos e incluso un consejo sobre cómo ser misioneros hacia nuestros coetáneos que viven situaciones difíciles de dolor y que son víctimas de la droga, del alcohol, de la violencia y del engaño del Maligno. ¡Gracias! Le queremos.*

### **Luca Cianelli**

*Santo Padre, Usted ha querido que en el próximo año se desarrollase el Sínodo de los Obispos dedicado a los jóvenes; tendrá efectivamente como título “Jóvenes, Fe y discernimiento vocacional”. Nosotros pensamos que a Dios lo encontramos en la vida de todos los días, en la cotidianidad, en el colegio, con los amigos, en la vida de oración, en el silencio de la oración. Y por ello le pedimos a Usted algún consejo para vivir nuestra vida espiritual y de oración. ¡Gracias!*

### **Emanuele Santolini**

*Hola, Papa Francisco. Hoy nuestras vidas tienen ritmos altísimos, frenéticos y esto hace difícil el encuentro, la escucha y sobre todo la construcción de relaciones verdaderas, del compartir verdadero. De manera que muchos de nosotros jóvenes quizás no tenemos tiempo o las ocasiones para encontrar a la persona de su vida, la persona que Jesús ha pensado para nosotros, para construir ese gran proyecto de amor que es el matrimonio. ¿Puede darnos algún consejo sobre cómo conseguir una vida de plenitud y cómo conseguir hacerlo construyendo relaciones verdaderas, plenas, sinceras? Gracias.*

### **Francesca Marrollo**

*Santo Padre, cada día los medios de comunicación nos ofrecen realidades de violencia y de guerra, narraciones lejanas y cercanas de grandes sufrimientos. Muchos de nuestros coetáneos, migrantes provenientes de países lejanos, ensangrentados por egoís-*

*mos, viven hoy en nuestras ciudades en condiciones muy difíciles. Nosotros estamos convencidos de que a través de estos hermanos nuestros y estas hermanas nuestras, Dios nos está hablando. ¿Qué nos dice? ¿Qué gestos, también junto a la comunidad cristiana adulta, podemos realizar para responder a estos desafíos que la historia, habitada por el Espíritu Santo, hoy nos está proponiendo? ¡Gracias!*

### **Papa Francisco:**

¡Buenos días! Yo estoy un poco asustado porque Emanuel ha dicho que “somos todos frenéticos”... [ríe, ríen]. No sé cómo responder. El cardenal ha hablado de vuestro amor y ha dicho que vuestro amor es un amor *turbulento* y *alegre*. Y esto es bonito. Entre “frenéticos”, “turbulentos” y “alegres”, hagamos una bonita *macondonia* y ¡el resultado será bonito!

Es para mí una alegría encontrarme con vosotros. Es un encuentro que siempre deseo: encontrar a los jóvenes. Qué piensan, qué buscan, qué desean, qué desafíos tienen y muchas cosas. Y vosotros, que no queréis respuestas pre-hechas, vosotros queréis respuestas concretas pero personales, no como estos trajes que se compran *prêt-à-porter*, no. Respuestas *prêt-à-porter*, vosotros no las queréis. Queréis el diálogo, cosas que toquen el corazón.

Chiara, gracias por compartir esta experiencia que habéis vivido durante este año. Sentir la invitación de Jesús es siempre una alegría plena. Y el Señor dice también: “Y esta alegría plena -en el mismo pasaje del Evangelio- nadie os la podrá quitar” (cf. *Juan 16, 22*). Nadie os la quitará. Alegría. Que no es lo mismo que divertirse. Sí, te hace feliz, la alegría, pero no es superficial. La alegría que va dentro y nace del corazón; y esta alegría es la que vosotros habéis vivido durante este año. Te doy las gracias.

Ahora, yo quería preguntar -me gustaría, pero no hay tiempo y no se puede, pero...-: cómo habéis sentido que esta experiencia que habéis vivido os ha transformado: ¿es verdad, esto, o son solo palabras? Porque -esta es la pregunta- ¿Ir a hacer misión, significa dejarse transformar por el Señor? Nosotros, normalmente, cuando vivimos estas cosas, estas actividades, como Chiara ha subrayado bien, nos alegramos cuando las cosas van bien. Y esto es bueno. Pero hay otra transformación, que muchas veces no se ve, está escondida y nace en la vida de cada uno de nosotros. La misión, el ser misioneros lleva a aprender a mirar. Escuchad bien esto: aprender a mirar. *Aprender a mirar con ojos nuevos*, porque con la misión los ojos se renuevan. Aprender a mirar la ciudad, nuestra vida, nuestra familia, todo lo que está a nuestro alrededor. La experiencia misionera nos abre los ojos y el corazón: aprender a mirar incluso con el corazón. Y así, nosotros dejamos de ser -permitidme la palabra- *turistas de la vida*, para convertirnos en hombres y mujeres, jóvenes que aman con el compromiso de la vida. “Turistas de la vida”: vosotros habéis visto a estos que hacen fotografías de todo, cuando vienen de turismo, y no miran nada. No saben mirar... ¡y luego miran las fotografías en casa!

Pero una cosa es mirar la realidad y otra es mirar la fotografía. Y si nuestra vida es de turista, nosotros miraremos solo las fotografías o las cosas que pensamos de la realidad. Es una tentación, para los jóvenes, ser turistas. No digo dar un paseo por aquí y por allá, no, ¡esto es bonito! Me refiero a mirar la vida con ojos de turista, es decir, superficialmente, y hacer fotografías para mirarlas más adelante. Esto quiere decir que yo no toco la realidad, no miro las cosas que suceden. No miro las cosas como son. La primera cosa que yo respondería, a propósito de vuestra transformación, es dejar esta actitud de turistas para convertirnos en jóvenes con un compromiso serio con la vida, en serio. El tiempo de la misión nos prepara y nos ayuda a ser más sensibles, más atentos y a mirar con atención. Y a tanta gente que vive con nosotros, en la vida cotidiana, en los lugares donde nosotros vivimos y que, por no saber mirar, terminamos por ignorar. Cuánta gente de la cual podemos decir: “sí, sí, es eso, es aquello”, pero no sabemos mirar a su corazón, no sabemos qué piensan, qué sienten, porque mi corazón nunca se ha acercado. Quizás he hablado con ellos muchas veces, pero con superficialidad. La misión puede enseñarnos a mirar con ojos nuevos, nos acerca al corazón de muchas personas, y esta ¡es una cosa bellísima, es una cosa bellísima!

*Y destruir la hipocresía.* Encontrar gente grande, adultos hipócritas es feo, pero es gente grande, que hace de su propia vida lo que quiere, sabe lo que hace... Pero encontrar un joven, una joven que comienza la vida con una actitud de hipocresía, esto es suicida. ¿Habéis entendido? Es suicida.

Es no dejar el camino del turista de la vida, es pasar fingiendo, y no mirar al corazón de la gente para hablar con autenticidad, con transparencia. Y luego, hay otra cosa: tú has dicho que la misión es bonita y habéis aprendido. Pero cuando yo voy de misión, no es solamente decisión *mía*, la que me hace ir. Hay *otro que me manda*, que me invita a ir de misión. Y no se puede ir de misión sin ser mandado por Jesús. Es el mismo Jesús que te envía, es Jesús que te impulsa a la misión y está ahí a tu lado: es precisamente Jesús que trabaja en tu corazón, cambia tu mirada y te hace mirar la vida con ojos nuevos; no con ojos de turista. ¿Habéis entendido?

Así se aprende que vivir cerrados, también cerrados en el “turismo”, no sirve, no ayuda. Debemos vivir en misión, lo que supone que yo escuche a Aquel que me envía, que siempre es Jesús, y voy a la gente, voy a los demás a hablar de mi vida, de Jesús y de muchas cosas pero con una transformación de mi personalidad que me hace mirar de otra manera. Y sentir las cosas de otra manera. Pensemos -para entender bien esto- cuando Jesús iba por la calle, siempre entre la gente; una vez (cf. *Marcos 5, 25-34*) Jesús se detuvo y dijo: “alguien me ha tocado”. Y los discípulos: “pero, Maestro, ¿no ves que toda la gente está a tu alrededor? ¡Todos te tocan!” - “Alguien me ha tocado”. Jesús no se había acostumbrado al hecho de que le tocasen. No, no era un “turista”: Él entendía las intenciones de la gente y

había entendido que era una persona que le había tocado para ser sanada. Y esa mujer se decía a sí misma: “Si le toco, seré curada”. Así nosotros.

Debemos conocer a la gente como es, porque tenemos el corazón abierto y no somos turistas entre la gente: somos enviados y misioneros.

La misión ayuda también a mirarnos entre nosotros, a los ojos, y reconocer que *somos hermanos entre nosotros*, que no es una ciudad y ni siquiera una Iglesia de los buenos y una ciudad y una Iglesia de los malos. La misión nos ayuda a no ser “cátaros”. La misión nos purifica del pensar que hay una Iglesia de los puros y una de los impuros: todos somos pecadores y todos necesitamos el anuncio de Cristo, y si yo cuando anuncio en la misión a Jesucristo no pienso, no siento que lo que digo a mí mismo, me separo de la persona y me creo -puedo crearme- puro y al otro como impuro que tiene necesidad. La misión nos afecta a todos como pueblo de Dios, nos transforma: nos cambia el modo de ir por la vida, de “turista” a comprometido, y nos quita de la cabeza esa idea de que hay grupos, que en la Iglesia hay puros e impuros: todos somos hijos de Dios. Todos pecadores y todos con el Espíritu Santo dentro que tiene la capacidad de hacernos santos. Tú me decías -también Emanuele ha preguntado lo mismo- cómo ser misioneros hacia nuestros coetáneos, especialmente hacia los que viven en situaciones difíciles que son víctimas de la droga, del alcohol, de la violencia del engaño del maligno? Creo que la primera cosa es *amarles*. No podemos hacer nada sin amor. Un gesto de amor una mirada de amor... Tú podrás hacer programas para ayudarles, pero sin amor... Y amor es dar la vida” (cf. *Juan 15, 13*). Él ha dado el ejemplo, ha dado la vida. Amar. Si tú no eres capaz, o al menos tú no has -y digo “tú” pero lo digo a todos, porque ella ha hecho la pregunta, pero lo digo a todos- si tú no tienes el corazón dispuesto a amar -el Señor nos enseña a amar- no podrás realizar una buena misión. La misión pasará como una aventura, un turismo. Prepararse e ir con un corazón dispuesto a amar. Ayudarles a amar. Una de las cosas que yo pregunto, no a cada persona sino cuando hay oportunidad, en el confesionario, es: “¿pero usted ayuda a la gente? ¿Usted da limosna? - “Sí”, dicen muchos. Sí, porque la gente es buena, la gente quiere ayudar. “Y dígame: ¿cuando usted da limosna, toca la mano de la persona a la cual da limosna, o la retira enseguida? Y ahí, algunos no saben qué decir. Y aún más: “¿Cuando usted da limosna, mira a los ojos del sintecho que le pide limosna? ¿O va deprisa? Amar. Amar es tener la capacidad de estrechar la mano sucia y la capacidad de mirar a los ojos de aquellos que están en una situación de degrado y decir: “Para mí, tú eres Jesús”. Y esto es el inicio de toda misión, con este amor yo debo ir a hablar. Si yo hablo a la gente pensando: “Ah, estos estúpidos que no saben de religión, yo daré, les enseñaré cómo hacer...”. ¿Por favor! Mejor quédate en casa y reza un Rosario, te hará mejor que ir de misión. No sé si habéis entendido la cosa.

Y ¿por qué debo amar a esta gente? ¿Esas víctimas de la droga, del alcohol, de

la violencia, del engaño del Maligno? Detrás de todas estas situaciones que tú has nombrado, hay una certeza que nosotros no podemos olvidar, una certeza que nos debe hacer “*testarudos*” de la esperanza: para hacer misión es necesario ser testarudos de la esperanza. No sólo el amor, sino también la esperanza, y testarudos. En cada una de estas personas que son víctimas de situaciones difíciles, hay una imagen de Dios que por diversos motivos ha sido maltratada, pisoteada. Hay una historia de dolor, de heridas que nosotros no podemos ignorar. Y esta es la locura de la fe. Cuando Jesús dice: “has ido a la cárcel y me has visitado” - “¡Pero tú eres un loco!”: es la locura de la fe. La locura de la cruz, de la cual habla san Pablo; la locura del anuncio del Evangelio. Allí está Jesús, y esto significa aprender a mirar con los ojos de Jesús: como mira Jesús, a esta gente. Si Jesús, cuando nos dice -las preguntas que nos harán cuando iremos a la otra parte (cf. *Mateo* 25, 31-46)- nos dice que Él era esa gente, es misterio de amor en el corazón de Jesús.

He tenido la ocasión, una vez -en Argentina estaba acostumbrado ya a visitar las cárceles- y en una ocasión saludé a uno que tenía más de 50 homicidios. Y yo me quedé pensando: “pero tú eres Jesús”, porque Él dijo que si tú vienes a verme a la cárcel, yo estoy allí, en ese hombre. Para ser misioneros es necesaria la locura de la cruz, esta locura del anuncio evangélico: que Jesús hace milagros, que Jesús no es un brujo curandero que sana. Jesús está en cada uno de nosotros, en cada uno de nosotros. Y quizás alguno de vosotros en este momento está en una situación de pecado mortal, está en una situación de lejanía, lejano de Jesús, quizás... Pero Jesús está allí, esperando. Está allí contigo. Nunca nos deja. Si yo voy con amor, no como turista y esto me transforma, voy como testarudo de la esperanza y voy sabiendo que toco, veo, escucho a Jesús que trabaja en el corazón de cada uno de los que encuentro en la misión. ¿Entendido? Y a propósito de estos que tú has mencionado, los más descartados de la sociedad -es importante- yo he dicho que no hay que sentirse mal por estrechar la mano sucia de un sintecho, de esta gente, por poner un ejemplo...

Todos nosotros estamos sucios. Y si Él me ha salvado, digo: gracias Señor, porque también yo puedo ser esa persona... Si yo no he terminado drogado, ¿por qué Señor? Por tu voluntad. Pero si el Señor me hubiera dejado la mano, también yo, todos [¿dónde habríamos acabado?] y esto es el amor, la gracia, que nosotros debemos anunciar: Jesús está en esas personas. Por favor, ¡no adjetivar a las personas! Yo voy a ir de misión con el amor, la testarudez de la esperanza, para llevar un mensaje a la gente con un nombre, no con adjetivos. Y cuántas veces nuestra sociedad desprecia y clasifica: “No, ¡ese es un borracho! No, yo no doy limosna a este porque va a comprarse un vaso de vino y no tiene otra felicidad, pobre hombre, en la vida”; “Este, ese, este, ese...”. ¡Nunca adjetivar a las personas! Poner el adjetivo a las personas puede hacerlo solo Dios, solamente el juicio de Dios. Y lo hará: en el Juicio final, definitivamente, sobre cada uno de vosotros: “Ven,

bendito de mi Padre, vete maldito...”. Los adjetivos: lo hace Él, pero nosotros no debemos nunca adjetivar: “esto” y “aquello”, “esto, aquello”. Yo voy a la misión para llevar gran amor.

Luego en aquella transformación -me he entusiasmado con tu pregunta, la había escrito y he hecho reflexiones- nosotros somos habitantes de una *cultura del vacío*, de una cultura de la *soledad*. La gente -nosotros también- dentro estamos solos y tenemos necesidad del ruido para no sentir este vacío, esta soledad. Esta es la proposición del mundo y esto no tiene nada que ver con la alegría de la cual hemos hablado. El vacío: si hay algo que destroza nuestras ciudades es este aislamiento. Ir de misión y ayudar a salir de los aislamientos y hacer comunidad, fraternidad. “Pero ese no me gusta...”. “Ese es así...”. Nunca adjetivar: Jesús ama a todos. Si yo voy de misión debo estar dispuesto a este amar a todos. No hay esa alegría plena, que era lo que tú decías que te daba la misión. Mientras hay muchos de nuestros hermanos con la mirada desfigurada por una sociedad que se defiende solamente con la exclusión, aislando a la gente, ignorando. Nunca, si nosotros queremos ser misioneros y llevar el Evangelio y tener esta alegría, nunca hay que excluir, nunca aislar a nadie, nunca ignorar. No sé si he respondido a algo.

Y gracias Lucas por tu *inquietud*. Génova es una ciudad de puerto, que ha sabido recibir históricamente a muchos barcos ¡Y que ha dado grandes navegantes! Para ser discípulo es necesario el mismo corazón de un navegante; *horizonte y valor*. Si tú no tienes horizonte y si eres incapaz de verte incluso la nariz, no serás nunca un buen misionero. Si tú no tienes valor, nunca lo serás. Es la virtud de los navegantes: saben leer el horizonte, ir y tienen el valor para ir. Pensemos en los grandes navegantes del siglo XV, muchos salieron de aquí. Vosotros tenéis la oportunidad de conocer todo con vuestras nuevas técnicas, pero estas técnicas de información nos hacen caer en una trampa muchas veces; porque en lugar de informarnos nos saturan, y cuando tú estás saturado el horizonte se acerca, se acerca, y tienes ante ti un muro, has perdido la capacidad de horizonte. Estad atentos: ¡mirad siempre lo que te venden! Incluso los *medios de comunicación*. La contemplación, la capacidad de contemplar el horizonte, de hacerse un juicio propio, no comer lo que te sirven en el plato. Este es un desafío: es un desafío que creo que nos debe llevar a la oración, y decir al Señor: “Señor, te pido un favor: por favor, no dejes de desafiarme”. Desafíos de horizontes que requieren el valor. ¿Tú eres genovés? *Navegante: horizonte y valor*. Y lo digo a todos los genoveses: ¡adelante! Esa oración que yo os proponía: “Señor, te pido un favor, hoy desafiarme”. Sí, “Jesús por favor, ven, incomódamme, dame el valor de poder responder al desafío y a ti”. A mí me gusta mucho este Jesús que incomoda, que importuna; porque es Jesús vivo, que te mueve dentro con el Espíritu Santo. Y qué bonito un chico o una chica que se deja incomodar por Jesús; y el joven o la joven que no

se deja tapar la boca con facilidad aprende a no estar con la boca cerrada, que no está contento de respuestas simplistas, que busca la verdad, busca lo profundo, va a lo ancho, va hacia adelante, adelante. Y tiene el valor de hacerse preguntas sobre la verdad y muchas cosas. Debemos aprender a desafiar el presente. Una vida espiritual sana genera jóvenes despiertos, que ante algunas cosas que hoy nos propone esta cultura -“normal” dicen, puede ser, no sé...- se pregunten: “¿Esto es normal o esto no es normal? Y muchas veces -esto lo digo con tristeza- los jóvenes son las primeras víctimas de estos vendedores de humo; les hacen creer muchas cosas... Pero una de las primeras formas de valor que vosotros debéis tener es preguntaros: “¿Pero esto es normal o esto no es normal?”. El valor de buscar la verdad. ¿Es normal que cada día crezca ese sentido de la indiferencia? No me importa lo que sucede a los demás; la indiferencia con los amigos, los vecinos, en el barrio, en el trabajo, en la escuela... ¿Es normal -como nos invitaba a reflexionar Francesca- que muchos de nuestros coetáneos, migrantes o provenientes de países lejanos, difíciles, ensangrentados por egoísmos que conducen a la muerte, vivan en nuestras ciudades en condiciones verdaderamente difíciles? ¿Esto es normal? ¿Es normal que el Mediterráneo se haya convertido en un cementerio? ¿Esto es normal? ¿Es normal que muchos, muchos países -y no lo digo por Italia, porque Italia es muy generosa- muchos países cierran las puertas a esta gente que es herida y huye del hambre, de la guerra, esta gente explotada, que viene a buscar un poco de seguridad... es normal? Esta pregunta: ¿esto es normal? Si no es normal yo debo comprometerme para que esto no suceda. Claro, es necesario valor para esto, es necesario valor.

Volviendo a los navegantes, Cristóbal Colón, que dicen que era de los vuestros -nunca se sabe, pero muchos como él o él mismo quizás salieron de aquí -, de él decían: “Este loco quiere llegar por aquí yendo por allí”. Pero él había hecho un razonamiento sobre la “normalidad” de ciertas cosas y planteó un desafío grande: tuvo el valor. ¿Es normal que ante el dolor de los demás nuestra actitud sea la de cerrar las puertas? Si no es normal, comprométete. Y si no tienes el valor de comprometerte cállate y baja la cabeza y humíllate ante el Señor, pídele valor. Desafiar el presente es tener el valor de decir: “Hay cosas que parecen normales pero no son normales”. Y vosotros, esto debéis pensar: ¡no son cosas queridas por Dios y no deberán ser queridas por nosotros! ¡Y esto decidlo con fuerza! Este es Jesús: intempestivo, que rompe nuestros sistemas, nuestros proyectos. Es Jesús que siembra en nuestros corazones la inquietud de hacernos esta pregunta. Y esto es bonito: ¡esto es muy bonito!

Yo estoy seguro de que vosotros genoveses sois capaces de grandes horizontes y de mucho valor, pero depende de vosotros si queréis hacerlo: no depende de mí. Yo esta tarde vuelvo y dejo la semilla. A vosotros dejo el desafío, o, como decimos en nuestra tierra: “Os lanzo el guante a la cara”. Vosotros veréis.

Termino con una sugerencia: cada mañana, una simple oración: “Señor, te pido por favor que hoy no dejes de desafiarme. Sí, Jesús, por favor, ven a incomodarme un poco y dame el valor de poder responderte”.

¡Gracias!

Vosotros estáis aquí, sentados, en la sombra: aquí estamos al fresco [en el Santuario]. Pero allí fuera están -¿los oís? Estos saben hacer ruido- muchos que han resistido al sol, de pie... ¡Un aplauso para ellos! Yo les veía, les veía desde aquí. Estaban todos callados porque escuchaban y han seguido todo. Aquellos me parece que tienen un poco de valor y de horizontes: al menos aquellos; ¡espero que también vosotros!

Ahora os daré la bendición, pero antes de recibir la bendición saludamos a la Virgen: ¡Dios te salve María...!

## Palabras del Papa Francisco durante la Vigilia de Pentecostés

*Circo Máximo, Roma. Sábado, 3 de junio de 2017.*

Hermanos y hermanas, gracias por el testimonio que estáis dando hoy, aquí: Gracias. Nos ayuda a todos, me ayuda también a mí, ¡a todos!

En el primer capítulo del libro de los Hechos de los Apóstoles leemos: «Una vez que comían juntos les recomendó: No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo» (1, 4-5).

Y «al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería» (*Hch 2, 1-4*) .

Hoy estamos aquí como en un Cenáculo a cielo abierto, porque no tenemos miedo: a cielo descubierto, y también con el corazón abierto a la promesa del Padre. Estamos reunidos «todos los creyentes», todos los que profesamos que «Jesús es el Señor», «*Jesus is the Lord*». Muchos han venido de distintas partes del mundo y el Espíritu Santo nos ha reunido para establecer lazos de amistad fraterna que nos alienten en el camino hacia la unidad, la unidad para la misión: no para estar quietos, ¡no!, para la misión, para proclamar que Jesús es el Señor -«*Jesus is the Lord*»-, para anunciar juntos el amor del Padre por todos sus hijos. Para anunciar la Buena Nueva a todos los pueblos. Para demostrar que la paz es posible. No es fácil demostrar al mundo actual que la paz es posible, pero en el nombre de Jesús podemos demostrar con nuestro testimonio que la paz es posible. Pero es posible si nosotros estamos en paz unos con otros. Si nosotros acentuamos las diferencias, estamos en guerra entre nosotros y no podemos anunciar la paz. La paz es posible a partir de nuestra confesión que Jesús es el Señor y de nuestra evangelización por este camino. Es posible. Aun mostrando que tenemos diferencias -pero esto es obvio, tenemos diferencias-, pero queremos ser una *diversidad reconciliada*. Así es, esta palabra no tenemos que olvidarla sino pronunciarla a todos: diversidad reconciliada. Y esta palabra no es mía, no es mía. Es de un hermano luterano. Diversidad reconciliada.

Y ahora estamos aquí, y somos muchos. Nos hemos reunido a orar juntos, a pedir la venida del Espíritu Santo sobre cada uno de nosotros para salir a los caminos de la ciudad y del mundo a proclamar juntos el señorío de Jesucristo.

El libro de los Hechos dice: «Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua» (2, 9-11) . Hablar la misma lengua, escuchar, entender... Existen las diferencias, pero el Espíritu nos ayuda a entender el mensaje de la resurrección de Jesús en nuestra propia lengua.

Estamos reunidos aquí creyentes de 120 países del mundo, celebrando la obra soberana del Espíritu Santo en la Iglesia, que comenzó hace 50 años y dio comienzo... ¿a una institución? No. ¿A una organización? No. A una corriente de gracia, a la corriente de gracia de la Renovación Carismática Católica. Obra que nació... ¿católica? No. Nació ecuménica. Nació ecuménica porque el Espíritu Santo es el que crea la unidad, y es el mismo Espíritu Santo el que inspiró que fuera así. Es importante leer las obras del cardenal Suenens sobre esto: es muy importante.

La venida del Espíritu Santo convierte a hombres encerrados por miedo, en testigos valientes de Jesús. Pedro, que había negado a Jesús tres veces, lleno del poder del Espíritu Santo, proclama: «Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». (*Hch* 2,36). Y esta es la profesión de fe de todo cristiano. Dios ha constituido Señor y Cristo a aquel Jesús que vosotros habéis o que ha sido crucificado. ¿Estáis de acuerdo con esta profesión de fe? [responden: «¡Sí!»]. Es nuestra profesión, de todos, todos, la misma.

La Palabra sigue diciendo: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno». Vendían: ayudaban a los pobres. Había algunos astutos, pensemos en Ananías y Safira, siempre los hay, pero todos los creyentes, la mayoría, se ayudaban. «A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando» (2, 44-47). La comunidad crecía, y el Espíritu inspiraba. Me gusta mucho recordar a Felipe, cuando el ángel le dice: «Ve al camino de Gaza y encuentra a un prosélito, ministro de la economía de la reina de Etiopía, Candace». Era un prosélito y leía a Isaías. Y Felipe le explicó la Palabra, proclamó a Jesús, y aquél se convirtió. Y a un cierto punto, dice: «Aquí hay agua: quiero ser bautizado». Fue el Espíritu el que empujó a Felipe a ir allí, y desde el comienzo ha sido el Espíritu el que ha empujado a todos los creyentes a proclamar al Señor.

Hoy, hemos elegido reunirnos aquí, en este lugar -lo ha dicho el pastor Traettino-, porque aquí, durante las persecuciones, fueron martirizados algunos cris-

tianos, para entretenimiento de los que miraban. Hoy hay más mártires que ayer. Hoy hay más mártires, cristianos. Los que matan a los cristianos, antes de matarlos no les preguntan: «¿Eres ortodoxo?, ¿eres católico?, ¿eres evangélico?, ¿eres luterano?, ¿eres calvinista?». No. «¿Eres cristiano?» -«Sí»: degollado, inmediatamente. Hoy hay más mártires que en los primeros tiempos. Y este es el ecumenismo de la sangre: nos une el testimonio de nuestros mártires actuales. En diversos lugares del mundo la sangre cristiana es derramada. Hoy es más urgente que nunca la unidad de los cristianos, unidos por el poder del Espíritu Santo, en la oración y la acción por los más débiles. Caminar juntos, trabajar juntos. Amarnos. Amarnos. Y juntos intentar explicar las diferencias, ponernos de acuerdo, pero caminando. Si nos quedamos quietos, sin caminar, nunca, nunca nos pondremos de acuerdo. Es así, porque el Espíritu nos quiere en camino.

50 años de la Renovación Carismática Católica. Corriente de gracia del Espíritu. Y, ¿por qué corriente de gracia? Porque no tiene ni fundador, ni estatutos ni órganos de gobierno. Claro que en esta corriente han nacido múltiples expresiones que, ciertamente, son obra humana inspirada por el Espíritu, con carismas distintos y todas al servicio de la Iglesia. Pero a la corriente no se le pueden poner diques, ni se puede encerrar al Espíritu Santo en una jaula.

Han pasado 50 años. Cuando llegamos a esa edad las fuerzas comienzan a decaer. Es la mitad de la vida -en mi tierra decimos «el cincuentazo»-, las arrugas se hacen más profundas -a no ser que tú te maquilles, pero las rugas están-, las canas se multiplican y también empezamos a olvidarnos de algunas cosas...

50 años es un momento de la vida para detenerse y hacer una reflexión. Es el momento de la reflexión: la mitad de la vida. Y yo os diría: es el momento de seguir adelante con más fuerza, dejando atrás el polvo del tiempo que hemos dejado acumular, agradeciendo lo recibido y enfrentando lo nuevo con confianza en la acción del Espíritu Santo.

Pentecostés da nacimiento a la Iglesia. El Espíritu Santo, la promesa del Padre anunciada por Jesucristo, es quien hace la Iglesia: la esposa del Apocalipsis, una sola esposa. Lo ha dicho el pastor Traettino: el Señor tiene *una* esposa.

El don más precioso que todos hemos recibido es el Bautismo. Y ahora el Espíritu nos conduce por el camino de conversión que atraviesa todo el mundo cristiano y que es una razón más para que la Renovación Carismática Católica sea un lugar privilegiado para transitar el camino hacia la unidad.

Esta corriente de gracia es para toda la Iglesia, no solo para algunos y ninguno de nosotros es el «patrón» y todos los demás, siervos. No. Todos somos siervos de esta corriente de gracia.

Junto con esta experiencia, recordáis continuamente a la Iglesia el poder de la oración de alabanza. Alabanza que es la oración de reconocimiento y acción de gracias por el amor gratuito de Dios. Puede que este modo de orar no guste a

algunos, pero también es cierto que se inserta plenamente en la tradición bíblica. Los Salmos, por ejemplo: David que bailaba delante del Arca de la Alianza, lleno de júbilo... Y por favor, no caigamos en la actitud de cristianos con el «complejo de Micol», que se avergonzaba de cómo David alababa a Dios [danzando delante del Arca].

Júbilo, alegría, gozo, fruto de una misma acción del Espíritu Santo. El cristiano o vive el gozo en su corazón o hay algo que no funciona.

El gozo del anuncio de la Buena Nueva del Evangelio.

Jesús en la Sinagoga de Nazaret lee el pasaje de Isaías. Leo: «Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2). La *buena noticia*: no olvidéis esto. La buena noticia: el anuncio cristiano es siempre alegre.

El tercer documento de Malinas, «Renovación Carismática y Servicio del Hombre», escrito por el Cardenal Suenens y Dom Hélder Câmara, es claro: Renovación Carismática es también servicio del hombre.

*Bautismo en el Espíritu Santo, alabanza, servicio del hombre*. Las tres cosas están indisolublemente unidas. Puedo tener una alabanza profunda, pero si no sirvo a los que más necesitan, no es suficiente. «Ninguno pasaba necesidad» (Hch 4,34), decía el libro de los Hechos Apóstoles.

No seremos juzgados por nuestra alabanza, sino por cuanto hicimos por Jesús: «Señor, ¿cuándo lo hicimos contigo? Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt. 25, 40).

Queridos hermanos y hermanas, os deseo un tiempo de reflexión, de memoria de los orígenes; de dejar atrás todo lo añadido desde el propio yo y transformarlo en una escucha y aceptación gozosa de la acción del Espíritu Santo, que sopla donde quiere y como quiere.

Agradezco a la Fraternidad Católica y al ICCRS la organización de este Jubileo de Oro, de esta Vigilia. Y agradezco a cada uno de los voluntarios que lo han hecho posible, muchos de los cuales están aquí. He querido saludar cuando llegué a los miembros de la organización, porque sé que han trabajado mucho. Y sin sueldo. Han trabajado mucho. La mayoría son jóvenes de distintos continentes. Que el Señor los bendiga abundantemente.

Agradezco especialmente que el pedido que os hice hace dos años de dar a la Renovación Carismática mundial un solo servicio internacional desde aquí haya empezado a concretizarse en el Acta Constitutiva de ese nuevo único servicio. Es el primer paso, siguen otros, pero pronto la unidad, obra del Espíritu Santo, será una realidad. «Yo hago nuevas todas las cosas», dice el Señor (Ap 21,5).

Gracias, Renovación Carismática Católica, por lo que habéis dado a la Iglesia en estos 50 años. La Iglesia cuenta con vosotros, con vuestra fidelidad a la Pala-

bra, con vuestra disposición para el servicio y con el testimonio de vidas transformadas por el Espíritu Santo.

Compartir con todos en la Iglesia el Bautismo en el Espíritu Santo, alabar al Señor sin cesar, caminar juntos con los cristianos de diferentes Iglesias y comunidades cristianas en la oración y la acción por los que más lo necesitan. Servir a los más pobres y enfermos, eso espera la Iglesia y el Papa de vosotros, Renovación Carismática Católica, también de todos vosotros: todos, todos los que habéis entrado en esta corriente de gracia. Gracias.

## HOMILÍAS

### Homilía del Papa Francisco durante la celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor

*Plaza de San Pedro. XXXII Jornada Mundial de la Juventud. Domingo, 9 de abril de 2017.*

Esta celebración tiene como un doble sabor, dulce y amargo, es alegre y dolorosa, porque en ella celebramos la entrada del Señor en Jerusalén, aclamado por sus discípulos como rey, al mismo tiempo que se proclama solemnemente el relato del evangelio sobre su pasión. Por eso nuestro corazón siente ese doloroso contraste y experimenta en cierta medida lo que Jesús sintió en su corazón en ese día, el día en que se regocijó con sus amigos y lloró sobre Jerusalén.

Desde hace 32 años la dimensión gozosa de este domingo se ha enriquecido con la fiesta de los jóvenes: La Jornada Mundial de la Juventud, que este año se celebra en ámbito diocesano, pero que en esta plaza vivirá dentro de poco un momento intenso, de horizontes abiertos, cuando los jóvenes de Cracovia entreguen la Cruz a los jóvenes de Panamá.

El Evangelio que se ha proclamado antes de la procesión (cf. *Mt 21,1-11*) describe a Jesús bajando del monte de los Olivos montado en una borrica, que nadie había montado nunca; se hace hincapié en el entusiasmo de los discípulos, que acompañan al Maestro con aclamaciones festivas; y podemos imaginarnos con razón cómo los muchachos y jóvenes de la ciudad se dejaron contagiar de este ambiente, uniéndose al cortejo con sus gritos. Jesús mismo ve en esta alegre bienvenida una fuerza irresistible querida por Dios, y a los fariseos escandalizados les responde: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras» (*Lc 19,40*).

Pero este Jesús, que justamente según las Escrituras entra de esa manera en la Ciudad Santa, no es un iluso que siembra falsas ilusiones, un profeta «*new age*», un vendedor de humo, todo lo contrario: es un Mesías bien definido, con la fisonomía concreta del siervo, el siervo de Dios y del hombre que va a la pasión; es el gran Paciente del dolor humano.

Así, al mismo tiempo que también nosotros festejamos a nuestro Rey, pensamos en el sufrimiento que él tendrá que sufrir en esta Semana. Pensamos en las calumnias, los ultrajes, los engaños, las traiciones, el abandono, el juicio inicuo, los golpes, los azotes, la corona de espinas... y en definitiva al *via crucis*, hasta la crucifixión.

Él lo dijo claramente a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (*Mt 16,24*). Él nunca pro-

metió honores y triunfos. Los Evangelios son muy claros. Siempre advirtió a sus amigos que el camino era ese, y que la victoria final pasaría a través de la pasión y de la cruz. Y lo mismo vale para nosotros. Para seguir fielmente a Jesús, pedimos la gracia de hacerlo no de palabra sino con los hechos, y de llevar nuestra cruz con paciencia, de no rechazarla, ni deshacerse de ella, sino que, mirándolo a él, aceptémosla y llevémosla día a día.

Y este Jesús, que acepta que lo aclamen aun sabiendo que le espera el «*crucifige*», no nos pide que lo contemplemos sólo en los cuadros o en las fotografías, o incluso en los vídeos que circulan por la red. No. Él está presente en muchos de nuestros hermanos y hermanas que hoy, hoy sufren como él, sufren a causa de un trabajo esclavo, sufren por los dramas familiares, por las enfermedades... Sufren a causa de la guerra y el terrorismo, por culpa de los intereses que mueven las armas y dañan con ellas. Hombres y mujeres engañados, pisoteados en su dignidad, descartados.... Jesús está en ellos, en cada uno de ellos, y con ese rostro desfigurado, con esa voz rota pide que se le mire, que se le reconozca, que se le ame.

No es otro Jesús: es el mismo que entró en Jerusalén en medio de un ondear de ramos de palmas y de olivos. Es el mismo que fue clavado en la cruz y murió entre dos malhechores. No tenemos otro Señor fuera de él: Jesús, humilde Rey de justicia, de misericordia y de paz.

## Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa Crismal

*Basilica Vaticana. Jueves Santo, 13 de abril de 2017.*

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos» (Lc 4, 18). El Señor, Ungido por el Espíritu, lleva la *Buena Noticia* a los pobres. Todo lo que Jesús anuncia, y también nosotros, sacerdotes, es *Buena Noticia*. Alegre con la alegría evangélica: de quien ha sido ungido en sus pecados con el aceite del perdón y ungido en su carisma con el aceite de la misión, para ungir a los demás. Y, al igual que Jesús, el sacerdote hace alegre al anuncio con toda su persona. Cuando predica la homilía, -breve en lo posible- lo hace con la alegría que traspasa el corazón de su gente con la Palabra con la que el Señor lo traspasó a él en su oración. Como todo discípulo misionero, el sacerdote hace alegre el anuncio con todo su ser. Y, por otra parte, son precisamente los detalles más pequeños -todos lo hemos experimentado- los que mejor contienen y comunican la alegría: el detalle del que da un pasito más y hace que la misericordia se desborde en la tierra de nadie. El detalle del que se anima a concretar y pone día y hora al encuentro. El detalle del que deja que le usen su tiempo con mansa disponibilidad...

La *Buena Noticia* puede parecer una expresión más, entre otras, para decir «Evangelio»: como buena nueva o feliz anuncio. Sin embargo, contiene algo que cohesiona en sí todo lo demás: la alegría del Evangelio. Cohesiona todo porque es alegre en sí mismo.

La *Buena Noticia* es la perla preciosa del Evangelio. No es un objeto, es una misión. Lo sabe el que experimenta «la dulce y confortadora alegría de anunciar» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 10).

La *Buena Noticia* nace de la Unción. La primera, la «gran unción sacerdotal» de Jesús, es la que hizo el Espíritu Santo en el seno de María.

En aquellos días, la feliz noticia de la *Anunciación* hizo cantar el Magníficat a la Madre Virgen, llenó de santo silencio el corazón de José, su esposo, e hizo saltar de gozo a Juan en el seno de su madre Isabel.

Hoy, Jesús regresa a Nazaret, y la alegría del Espíritu renueva la Unción en la pequeña sinagoga del pueblo: el Espíritu se posa y se derrama sobre él ungiéndolo con oleo de alegría (cf. *Sal* 45,8).

La *Buena Noticia*. Una sola Palabra -Evangelio- que en el acto de ser anunciado se vuelve alegre y misericordiosa verdad.

Que nadie intente separar estas tres gracias del Evangelio: su Verdad -no negociable-, su Misericordia -incondicional con todos los pecadores- y su Alegría

-íntima e inclusiva-. Verdad, misericordia y alegría: las tres juntas.

Nunca la verdad de la *Buena Noticia* podrá ser sólo una verdad abstracta, de esas que no terminan de encarnarse en la vida de las personas porque se sienten más cómodas en la letra impresa de los libros.

Nunca la misericordia de la *Buena Noticia* podrá ser una falsa conmiseración, que deja al pecador en su miseria porque no le da la mano para ponerse en pie y no lo acompaña a dar un paso adelante en su compromiso.

Nunca podrá ser triste o neutro el Anuncio, porque es expresión de una alegría enteramente personal: «La alegría de un Padre que no quiere que se pierda ninguno de sus pequeñitos» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 237). La alegría de Jesús al ver que los pobres son evangelizados y que los pequeños salen a evangelizar (cf. *ibid.*, 5).

Las alegrías del Evangelio -lo digo ahora en plural, porque son muchas y variadas, según el Espíritu tiene a bien comunicar en cada época, a cada persona en cada cultura particular- son alegrías especiales. Vienen en odres nuevos, esos de los que habla el Señor para expresar la novedad de su mensaje. Les comparto, queridos sacerdotes, queridos hermanos, tres íconos de odres nuevos en los que la *Buena Noticia* se conserva bien -es necesario conservarla-, no se avinagra y se vierte abundantemente.

Un ícono de la *Buena Noticia* es el de las tinajas de piedra de las bodas de Caná (cf. *Jn* 2,6). En un detalle, espejan bien ese Odro perfecto que es -Ella misma, toda entera- Nuestra Señora, la Virgen María. Dice el Evangelio que «las llenaron hasta el borde» (*Jn* 2,7). Imagino yo que algún sirviente habrá mirado a María para ver si así ya era suficiente y habrá sido un gesto suyo el que los llevó a echar un balde más. María es el odre nuevo de la plenitud contagiosa. Queridos hermanos, sin la Virgen no podemos llevar adelante nuestro sacerdocio. «Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 286), Nuestra Señora de la prontitud, la que apenas ha concebido en su seno inmaculado al Verbo de vida, sale a visitar y a servir a su prima Isabel. Su plenitud contagiosa nos permite superar la tentación del miedo: ese no animarnos a ser llenados hasta el borde, y mucho más aún, esa pusilanimidad de no salir a contagiar de gozo a los demás. Nada de eso: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (*Ibid.*, 1)

El segundo ícono de la *Buena Noticia* que deseo compartir con vosotros es aquella vasija que -con su cucharón de madera-, al pleno sol del mediodía, portaba sobre su cabeza la Samaritana. Refleja bien una cuestión esencial: la de la concreción. El Señor -que es la Fuente de Agua viva- no tenía «con qué» sacar agua para beber unos sorbos. Y la Samaritana sacó agua de su vasija con el cucharón y sació la sed del Señor. Y la sació más con la confesión de sus pecados concretos. Agitando el odre de esa alma samaritana, desbordante de misericordia, el Espíritu

---

Santo se derramó en todos los paisanos de aquel pequeño pueblo, que invitaron al Señor a hospedarse entre ellos.

Un odre nuevo con esta concreción inclusiva nos lo regaló el Señor en el alma samaritana que fue Madre Teresa. Él llamó y le dijo: «Tengo sed», «pequeña mía, ven, llévame a los agujeros de los pobres. Ven, sé mi luz. No puedo ir solo. No me conocen, y por eso no me quieren. Llévame hasta ellos». Y ella, comenzando por uno concreto, con su sonrisa y su modo de tocar con las manos las heridas, llevó la *Buena Noticia* a todos. El modo de tocar las heridas con las manos: las caricias sacerdotales a los enfermos, a los desesperados. El sacerdote hombre de la ternura. Concreción y ternura.

El tercer ícono de la *Buena Noticia* es el Odre inmenso del Corazón traspasado del Señor: integridad mansa -humilde y pobre- que atrae a todos hacia sí. De él tenemos que aprender que anunciar una gran alegría a los muy pobres no puede hacerse sino de modo respetuoso y humilde hasta la humillación. Concreta, tierna y humilde: así la evangelización será alegre. No puede ser presuntuosa la evangelización. No puede ser rígida la integridad de la verdad, porque la verdad se ha hecho carne, se ha hecho ternura, se ha hecho niño, se ha hecho hombre, se ha hecho pecado en cruz (cf. *2 Co* 5,21). El Espíritu anuncia y enseña «toda la verdad» (*Jn* 16,13) y no teme hacerla beber a sorbos. El Espíritu nos dice en cada momento lo que tenemos que decir a nuestros adversarios (cf. *Mt* 10,19) e ilumina el pasito adelante que podemos dar en ese momento. Esta mansa integridad da alegría a los pobres, reanima a los pecadores, hace respirar a los oprimidos por el demonio.

Queridos sacerdotes, que contemplando y bebiendo de estos tres odres nuevos, la *Buena Noticia* tenga en nosotros la plenitud contagiosa que transmite con todo su ser nuestra Señora, la concreción inclusiva del anuncio de la Samaritana, y la integridad mansa con que el Espíritu brota y se derrama, incansablemente, del Corazón traspasado de Jesús nuestro Señor.

## Homilía del Papa Francisco durante la Vigilia Pascual en la Noche Santa

*Basílica Vaticana. Sábado Santo, 15 de abril de 2017.*

«En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro» (*Mt 28,1*). Podemos imaginar esos pasos..., el típico paso de quien va al cementerio, paso cansado de confusión, paso debilitado de quien no se convence de que todo haya terminado de esa forma... Podemos imaginar sus rostros pálidos... bañados por las lágrimas y la pregunta, ¿cómo puede ser que el Amor esté muerto?

A diferencia de los discípulos, ellas están ahí -como también acompañaron el último respiro de su Maestro en la cruz y luego a José de Arimatea a darle sepultura-; dos mujeres capaces de no evadirse, capaces de aguantar, de asumir la vida como se presenta y de resistir el sabor amargo de las injusticias. Y allí están, frente al sepulcro, entre el dolor y la incapacidad de resignarse, de aceptar que todo siempre tenga que terminar igual.

Y si hacemos un esfuerzo con nuestra imaginación, en el rostro de estas mujeres podemos encontrar los rostros de tantas madres y abuelas, el rostro de niños y jóvenes que resisten el peso y el dolor de tanta injusticia inhumana. Vemos reflejados en ellas el rostro de todos aquellos que caminando por la ciudad sienten el dolor de la miseria, el dolor por la explotación y la trata. En ellas también vemos el rostro de aquellos que sufren el desprecio por ser inmigrantes, huérfanos de tierra, de casa, de familia; el rostro de aquellos que su mirada revela soledad y abandono por tener las manos demasiado arrugadas. Ellas son el rostro de mujeres, madres que lloran por ver cómo la vida de sus hijos queda sepultada bajo el peso de la corrupción, que quita derechos y rompe tantos anhelos, bajo el egoísmo cotidiano que crucifica y sepulta la esperanza de muchos, bajo la burocracia paralizante y estéril que no permite que las cosas cambien. Ellas, en su dolor, son el rostro de todos aquellos que, caminando por la ciudad, ven crucificada la dignidad.

En el rostro de estas mujeres, están muchos rostros, quizás encontramos tu rostro y el mío. Como ellas, podemos sentir el impulso a caminar, a no conformarnos con que las cosas tengan que terminar así. Es verdad, llevamos dentro una promesa y la certeza de la fidelidad de Dios. Pero también nuestros rostros hablan de heridas, hablan de tantas infidelidades, personales y ajenas, hablan de nuestros intentos y luchas fallidas. Nuestro corazón sabe que las cosas pueden ser diferentes pero, casi sin darnos cuenta, podemos acostumbrarnos a convivir con el sepulcro, a convivir con la frustración. Más aún, podemos llegar a convencernos de que esa es la ley de la vida, anestesiándonos con desahogos que lo único que logran es apagar la esperanza que Dios puso en nuestras manos. Así son, tantas veces, nuestros pasos, así es nuestro andar, como el de estas mujeres, un

andar entre el anhelo de Dios y una triste resignación. No sólo muere el Maestro, con él muere nuestra esperanza.

«De pronto tembló fuertemente la tierra» (Mt 28,2). De pronto, estas mujeres recibieron una sacudida, algo y alguien les movió el suelo. Alguien, una vez más salió, a su encuentro a decirles: «No teman», pero esta vez añadiendo: «*Ha resucitado como lo había dicho*» (Mt 28,6). Y tal es el anuncio que generación tras generación esta noche santa nos regala: *No temamos hermanos, ha resucitado como lo había dicho*. «La vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo» (cfr R. Guardini, *El Señor*). El latir del Resucitado se nos ofrece como don, como regalo, como horizonte. El latir del Resucitado es lo que se nos ha regalado, y se nos quiere seguir regalando como fuerza transformadora, como fermento de nueva humanidad. Con la Resurrección, Cristo no ha movido solamente la piedra del sepulcro, sino que quiere también hacer saltar todas las barreras que nos encierran en nuestros estériles pesimismos, en nuestros calculados mundos conceptuales que nos alejan de la vida, en nuestras obsesionadas búsquedas de seguridad y en desmedidas ambiciones capaces de jugar con la dignidad ajena.

Cuando el Sumo Sacerdote y los líderes religiosos en complicidad con los romanos habían creído que podían calcularlo todo, cuando habían creído que la última palabra estaba dicha y que les correspondía a ellos establecerla, Dios irrumpe para trastocar todos los criterios y ofrecer así una nueva posibilidad. Dios, una vez más, sale a nuestro encuentro para establecer y consolidar un nuevo tiempo, el tiempo de la misericordia. Esta es la promesa reservada desde siempre, esta es la sorpresa de Dios para su pueblo fiel: alégrate porque tu vida esconde un germen de resurrección, una oferta de vida esperando despertar.

Y eso es lo que esta noche nos invita a anunciar: el latir del Resucitado, Cristo Vive. Y eso cambió el paso de María Magdalena y la otra María, eso es lo que las hace alejarse rápidamente y correr a dar la noticia (cf. Mt 28,8). Eso es lo que las hace volver sobre sus pasos y sobre sus miradas. Vuelven a la ciudad a encontrarse con los otros. Así como ingresamos con ellas al sepulcro, los invito a que vayamos con ellas, que volvamos a la ciudad, que volvamos sobre nuestros pasos, sobre nuestras miradas. Vayamos con ellas a anunciar la noticia, vayamos... a todos esos lugares donde parece que el sepulcro ha tenido la última palabra, y donde parece que la muerte ha sido la única solución. Vayamos a anunciar, a compartir, a descubrir que es cierto: el Señor está Vivo. Vivo y queriendo resucitar en tantos rostros que han sepultado la esperanza, que han sepultado los sueños, que han sepultado la dignidad. Y si no somos capaces de dejar que el Espíritu nos conduzca por este camino, entonces no somos cristianos.

Vayamos y dejémonos sorprender por este amanecer diferente, dejémonos sorprender por la novedad que sólo Cristo puede dar. Dejemos que su ternura y amor nos muevan el suelo, dejemos que su latir transforme nuestro débil palpar.

## Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa del Domingo de Resurrección

*Plaza de San Pedro. 16 de abril de 2017.*

Hoy la Iglesia repite, canta, grita: “¡Jesús ha resucitado!”. ¿Pero cómo? Pedro, Juan, las mujeres fueron al Sepulcro y estaba vacío, Él no estaba. Fueron con el corazón cerrado por la tristeza, la tristeza de una derrota: el Maestro, su Maestro, el que amaban tanto fue ejecutado, murió. Y de la muerte no se regresa. Esta es la derrota, este es el camino de la derrota, el camino hacia el sepulcro. Pero el ángel les dice: “No está aquí, ha resucitado”. Es el primer anuncio: “Ha resucitado”. Y después la confusión, el corazón cerrado, las apariciones. Pero los discípulos permanecieron encerrados todo el día en el Cenáculo, porque tenían miedo de que les ocurriera lo mismo que le sucedió a Jesús. Y la Iglesia no cesa de decir a nuestras derrotas, a nuestros corazones cerrados y temerosos: “Parad, el Señor ha resucitado”. Pero si el Señor ha resucitado, ¿cómo están sucediendo estas cosas? ¿Cómo suceden tantas desgracias, enfermedades, tráfico de personas, trata de personas, guerras, destrucciones, mutilaciones, venganzas, odio? ¿Pero dónde está el Señor? Ayer llamé a un chico con una enfermedad grave, un chico culto, un ingeniero y hablando, para dar un signo de fe, le dije: “No hay explicaciones para lo que te sucede. Mira a Jesús en la Cruz, Dios ha hecho eso con su Hijo, y no hay otra explicación”. Y él me respondió: “Sí, pero ha preguntado al Hijo y el Hijo ha dicho sí. A mí no se me ha preguntado si quería esto”.

Esto nos conmueve, a nadie se nos pregunta: “¿Pero estás contento con lo que sucede en el mundo? ¿Estás dispuesto a llevar adelante esta cruz?”. Y la cruz va adelante, y la fe en Jesús cae. Hoy la Iglesia sigue diciendo: “Párate, Jesús ha resucitado”. Y esta no es una fantasía, la Resurrección de Cristo no es una fiesta con muchas flores. Esto es bonito, pero no es esto, es más; es el misterio de la piedra descartada que termina siendo el fundamento de nuestra existencia. Cristo ha resucitado, esto significa. En esta cultura del descarte donde eso que no sirve toma el camino del usar y tirar, donde lo que no sirve es descartado, esa piedra -Jesús- es descartada y es fuente de vida. Y también nosotros, guijarros por el suelo, en esta tierra de dolor, de tragedias, con la fe en el Cristo Resucitado tenemos un sentido, en medio de tantas calamidades. El sentido de mirar más allá, el sentido de decir: “Mira no hay un muro; hay un horizonte, está la vida, la alegría, está la cruz con esta ambivalencia. Mira adelante, no te cierres. Tú guijarro, tienes un sentido en la vida porque eres un guijarro en esa piedra, esa piedra que la maldad del pecado ha descartado”. ¿Qué nos dice la Iglesia hoy ante tantas tragedias? Esto, sencillamente. La piedra descartada no resulta realmente descartada. Los guijarros que creen y se unen a esa piedra no son descartados, tienen

un sentido y con este sentimiento la Iglesia repite desde lo profundo del corazón: “Cristo ha resucitado”. Pensemos un poco, que cada uno de nosotros piense, en los problemas cotidianos, en las enfermedades que hemos vivido o que alguno de nuestros familiares tiene; pensemos en las guerras, en las tragedias humanas y, simplemente, con voz humilde, sin flores, solos, ante de Dios, ante de nosotros decimos: “No sé cómo va esto, pero estoy seguro de que Cristo ha resucitado y yo he apostado por esto”. Hermanos y hermanas, esto es lo que he querido decirlos. Volved a casa hoy, repitiendo en vuestro corazón: “Cristo ha resucitado”.

## Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa y ordenaciones presbiterales

*Basílica Vaticana. IV Domingo de Pascua, 7 de mayo de 2017.*

*Queridísimos hermanos:*

Estos hermanos nuestros han sido llamados al orden del presbiterado. Reflexionamos en qué ministerio serán elevados en la Iglesia. Como vosotros sabéis bien, hermanos, el Señor Jesús es el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiere elegir algunos en particular, para que ejercitando públicamente en la Iglesia en su nombre el oficio sacerdotal en favor de todos los hombres, continuaran su misión personal de maestro, sacerdote y pastor. Fueron elegidos por el Señor Jesús no para hacer carrera, sino para hacer este servicio.

Como, de hecho, para esto Él había sido enviado por el Padre, así Él envió a su vez en el mundo primero a los apóstoles y después a los obispos y sus sucesores, a los cuales finalmente fueron dados como colaboradores los presbíteros que, unidos a ellos en el ministerio sacerdotal, son llamados al servicio del Pueblo de Dios.

Después de madura reflexión y oración, ahora vamos a elevar al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros, para que al servicio de Cristo, Maestro, Sacerdote, Pastor, cooperen para edificar el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia en Pueblo de Dios y Templo santo del Espíritu Santo.

Estos serán configurado a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, y a este título, que les une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, Pastores del Pueblo de Dios, y presidirán las acciones de culto, especialmente en la celebración del sacrificio del Señor.

A vosotros, hijos y hermanos queridos, que vais a ser promovidos al orden del presbiterado, considerad que ejercitando el ministerio de la Sagrada Doctrina seréis partícipes de la misión de Cristo, único Maestro. Dispensad a todos esa Palabra de Dios, que vosotros mismos habéis recibido con alegría, desde niños. Leed y meditaad con frecuencia la Palabra del Señor para creer lo que habéis leído, enseñad lo que habéis aprendido en la fe, vivid lo que habéis enseñado.

Nutra al Pueblo de Dios vuestra doctrina, sencilla, como hablaba el Señor, que llegaba al corazón. No hagáis homilías demasiado intelectuales y elaboradas: hablad de forma sencilla, hablad a los corazones. Y esta predicación será verdadero alimento. Y sea alegría y apoyo a los fieles también el perfume de vuestra vida, porque la palabra sin el ejemplo de la vida no sirve, mejor volver para atrás. La

---

doble vida es una enfermedad fea, en la Iglesia.

Por tanto reconoced lo que hacéis. Imitad lo que celebráis porque participando en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, lleváis la muerte de Cristo en vuestros miembros y camináis con Él en novedad de vida. Un presbítero que ha estudiado quizá mucha teología y ha hecho una, dos, tres licenciaturas pero no ha aprendido a llevar la Cruz de Cristo, no sirve. Será un buen académico, un buen profesor, pero no un sacerdote.

Con el Bautismo agregaréis nuevos fieles al Pueblo de Dios. Con el Sacramento de la Penitencia perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia. Por favor, os pido en nombre de Cristo y de la Iglesia que seáis misericordiosos, siempre; no carguéis en los hombros de los fieles pesos que no pueden llevar, y tampoco vosotros. Jesús regañó por esto a los doctores de la ley y les llamó hipócritas. Con el óleo santo daréis alivio a los enfermos. Una de las tareas -quizá aburrida, también dolorosa- es la de ir a visitar a los enfermos. Hacedlo, vosotros. Sí, está bien que vayan los fieles laicos, los diáconos, pero no os olvidéis de tocar la carne de Cristo sufriente en los enfermos: esto os santifica a vosotros, os acerca a Cristo. Celebrando los sagrados ritos y elevando en las distintas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del Pueblo de Dios y de toda la humanidad.

Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en su favor para atender las cosas de Dios, ejercitad en alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo. Sed alegres, nunca tristes. Alegres. Con la alegría del servicio de Cristo, también en medio de los sufrimientos, las incomprendiones, los propios pecados. Tened siempre delante de los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no ha venido a ser servido sino a servir. Por favor, no seáis “señores”, no seáis “clérigos de Estado”, sino pastores, pastores del Pueblo de Dios.

## Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la Solemnidad de Pentecostés

*Plaza de San Pedro. Domingo, 4 de junio de 2017.*

Hoy concluye el tiempo de Pascua, cincuenta días que, desde la Resurrección de Jesús hasta Pentecostés, están marcados de una manera especial por la presencia del Espíritu Santo. Él es, en efecto, el Don pascual por excelencia. Es el Espíritu creador, que crea siempre cosas nuevas. En las lecturas de hoy se nos muestran dos novedades: en la primera lectura, el Espíritu hace que los discípulos sean *un pueblo nuevo*; en el Evangelio, crea en los discípulos *un corazón nuevo*.

*Un pueblo nuevo.* En el día de Pentecostés el Espíritu bajó del cielo en forma de «lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas» (*Hch 2, 3-4*). La Palabra de Dios describe así la acción del Espíritu, que primero se posa sobre *cada uno* y luego pone a *todos* en comunicación. A cada uno da un don y a todos reúne en unidad. En otras palabras, el mismo Espíritu crea *la diversidad y la unidad* y de esta manera plasma un pueblo nuevo, variado y unido: la Iglesia *universal*. En primer lugar, con imaginación e imprevisibilidad, crea la diversidad; en todas las épocas en efecto hace que florezcan carismas nuevos y variados. A continuación, el mismo Espíritu realiza la unidad: junta, reúne, recompone la armonía: «Reduce por sí mismo a la unidad a quienes son distintos entre sí» (Cirilo de Alejandría, *Comentario al Evangelio de Juan*, XI, 11). De tal manera que se dé la unidad verdadera, aquella según Dios, que no es uniformidad, sino *unidad en la diferencia*.

Para que se realice esto es bueno que nos ayudemos a evitar *dos tentaciones* frecuentes. La primera es buscar *la diversidad sin unidad*. Esto ocurre cuando buscamos destacarnos, cuando formamos bandos y partidos, cuando nos endurecemos en nuestros planteamientos excluyentes, cuando nos encerramos en nuestros particularismos, quizás considerándonos mejores o aquellos que siempre tienen razón. Son los así llamados «custodios de la verdad». Entonces se escoge la parte, no el todo, el pertenecer a esto o a aquello antes que a la Iglesia; nos convertimos en unos «seguidores» partidistas en lugar de hermanos y hermanas en el mismo Espíritu; cristianos de «derechas o de izquierdas» antes que de Jesús; guardianes inflexibles del pasado o vanguardistas del futuro antes que hijos humildes y agradecidos de la Iglesia. Así se produce una diversidad sin unidad. En cambio, la tentación contraria es la de buscar *la unidad sin diversidad*. Sin embargo, de esta manera la unidad se convierte en uniformidad, en la obligación de hacer todo juntos y todo igual, pensando todos de la misma manera. Así la unidad acaba siendo una homologación donde ya no hay libertad. Pero dice san Pablo, «donde

está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Co 3,17).

Nuestra oración al Espíritu Santo consiste entonces en pedir la gracia de aceptar *su* unidad, una mirada que abraza y ama, más allá de las preferencias personales, a su Iglesia, nuestra Iglesia; de trabajar por la unidad entre todos, de desterrar las murmuraciones que siembran cizaña y las envidias que envenenan, porque ser hombres y mujeres de la Iglesia significa ser hombres y mujeres de comunión; significa también pedir un corazón que sienta la Iglesia, madre nuestra y casa nuestra: la casa acogedora y abierta, en la que se comparte la alegría multiforme del Espíritu Santo.

Y llegamos entonces a la segunda novedad: *un corazón nuevo*. Jesús Resucitado, en la primera vez que se aparece a los suyos, dice: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20, 22-23). Jesús no los condena, a pesar de que lo habían abandonado y negado durante la Pasión, sino que les da el Espíritu de perdón. El Espíritu es el primer don del Resucitado y se da en primer lugar para perdonar los pecados. Este es el comienzo de la Iglesia, este es el aglutinante que nos mantiene unidos, el cemento que une los ladrillos de la casa: *el perdón*. Porque el perdón es el don por excelencia, es el amor más grande, el que mantiene unidos a pesar de todo, que evita el colapso, que refuerza y fortalece. El perdón libera el corazón y le permite recomenzar: el perdón da esperanza, sin perdón no se construye la Iglesia.

El Espíritu de perdón, que conduce todo a la armonía, nos empuja a rechazar otras vías: esas precipitadas de quien juzga, las que no tienen salida propia del que cierra todas las puertas, las de sentido único de quien critica a los demás. El Espíritu en cambio nos insta a recorrer la vía de doble sentido del perdón ofrecido y del perdón recibido, de la misericordia divina que se hace amor al prójimo, de la caridad que «ha de ser en todo momento lo que nos induzca a obrar o a dejar de obrar, a cambiar las cosas o a dejarlas como están» (Isaac de Stella, *Sermón* 31). Pidamos la gracia de que, renovándonos con el perdón y corrigiéndonos, hagamos que el rostro de nuestra Madre la Iglesia sea cada vez más hermoso: sólo entonces podremos corregir a los demás en la caridad.

Pidámoslo al Espíritu Santo, fuego de amor que arde en la Iglesia y en nosotros, aunque a menudo lo cubrimos con las cenizas de nuestros pecados: «Ven Espíritu de Dios, Señor que estás en mi corazón y en el corazón de la Iglesia, tú que conduces a la Iglesia, moldeándola en la diversidad. Para vivir, te necesitamos como el agua: desciende una vez más sobre nosotros y enséñanos la unidad, renueva nuestros corazones y enséñanos a amar como tú nos amas, a perdonar como tú nos perdonas. Amén».

**Homilía del Papa Francisco  
durante la Santa Misa y Procesión Eucarística  
en la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo**

*Plaza de San Juan de Letrán. Domingo, 18 de junio de 2017.*

En la solemnidad del *Corpus Christi* aparece una y otra vez el tema de la memoria: «*Recuerda* todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer [...]. *No olvides al Señor*, [...] que te alimentó en el desierto con un maná» (*Dt* 8,2.14.16) -dijo Moisés al pueblo-. «Haced esto *en memoria mía*» (*1 Co* 11,24) -dirá Jesús a nosotros-. «Acuérdate de Jesucristo» (*2 Tm* 2,8) -dirá san Pablo a su discípulo. El «pan vivo que ha bajado del cielo» (*Jn* 6,51) es el *sacramento de la memoria* que nos recuerda, de manera real y tangible, la historia del amor de Dios por nosotros.

*Recuerda*, nos dice hoy la Palabra divina a cada uno de nosotros. El recuerdo de las obras del Señor ha hecho que el pueblo en el desierto caminase con más determinación; nuestra historia personal de salvación se funda en el recuerdo de lo que el Señor ha hecho por nosotros. Recordar es esencial para la fe, como el agua para una planta: así como una planta no puede permanecer con vida y dar fruto sin ella, tampoco la fe si no se sacia de la memoria de lo que el Señor ha hecho por nosotros. «Acuérdate de Jesucristo».

*Recuerda*. La memoria es importante, porque nos permite permanecer en el amor, *re-cordar*, es decir, llevar en el corazón, no olvidar que nos ama y que estamos llamados a amar. Sin embargo esta facultad única, que el Señor nos ha dado, está hoy más bien debilitada. En el frenesí en el que estamos inmersos, son muchas personas y acontecimientos que parecen como si pasaran por nuestra vida sin dejar rastro. Se pasa página rápidamente, hambrientos de novedad, pero pobres de recuerdos. Así, eliminando los recuerdos y viviendo al instante, se corre el peligro de permanecer en lo superficial, en la moda del momento, sin ir al fondo, sin esa dimensión que nos recuerda quiénes somos y de dónde venimos. Entonces la vida exterior se fragmenta y la interior se vuelve inerte.

En cambio, la solemnidad de hoy nos recuerda que, en la fragmentación de la vida, el Señor sale a nuestro encuentro con una fragilidad amorosa que es la Eucaristía. En el Pan de vida, el Señor nos visita haciéndose alimento humilde que sana con amor nuestra memoria, enferma de frenesí. Porque la Eucaristía es *el memorial del amor* de Dios. Ahí «se celebra el memorial de su pasión» (*Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Antífona al Magnificat de las II Vísperas*), del amor de Dios por nosotros, que es nuestra fuerza, el apoyo para nuestro caminar. Por eso, nos hace tanto bien el memorial eucarístico: no es una memoria abstracta, fría o conceptual, sino la memoria viva y consoladora del

amor de Dios. Memoria anamnética y mimética. En la Eucaristía está todo el sabor de las palabras y de los gestos de Jesús, el gusto de su Pascua, la fragancia de su Espíritu. Recibiéndola, se imprime en nuestro corazón la certeza de ser amados por él. Y mientras digo esto, pienso de modo particular en vosotros, niños y niñas, que hace poco habéis recibido la Primera Comunión y que estáis aquí presentes en gran número.

Así la Eucaristía forma en nosotros una memoria *agradecida*, porque nos reconocemos hijos amados y saciados por el Padre; una memoria *libre*, porque el amor de Jesús, su perdón, sana las heridas del pasado y nos mitiga el recuerdo de las injusticias sufridas e infligidas; una memoria *paciente*, porque en medio de la adversidad sabemos que el Espíritu de Jesús permanece en nosotros. La Eucaristía nos anima: incluso en el camino más accidentado no estamos solos, el Señor no se olvida de nosotros y cada vez que vamos a él nos conforta con amor.

La Eucaristía nos recuerda además que no somos individuos, sino *un cuerpo*. Como el pueblo en el desierto recogía el maná caído del cielo y lo compartía en familia (cf. *Ex 16*), así Jesús, Pan del cielo, nos convoca para recibirlo, recibirlo juntos y compartirlo entre nosotros. La Eucaristía no es un sacramento «para mí», es el sacramento de muchos que forman un solo cuerpo, el santo pueblo fiel de Dios. Nos lo ha recordado san Pablo: «Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan» (*1 Co 10,17*). La Eucaristía es el *sacramento de la unidad*. Quien la recibe se convierte necesariamente en artífice de unidad, porque nace en él, en su «ADN espiritual», la construcción de la unidad. Que este *Pan de unidad* nos sane de la ambición de estar por encima de los demás, de la voracidad de acaparar para sí mismo, de fomentar discordias y diseminar críticas; que suscite la alegría de amarnos sin rivalidad, envidias y chismorreos calumniadores.

Y ahora, viviendo la Eucaristía, adoremos y agradezcamos al Señor por este don supremo: memoria viva de su amor, que hace de nosotros un solo cuerpo y nos conduce a la unidad.

**Homilía del Papa Francisco  
durante el Consistorio Ordinario público  
para la creación de cinco nuevos cardenales**

*Basílica Vaticana. Miércoles, 28 de junio de 2017.*

«*Jesús caminaba delante de ellos*». Esta es la imagen que nos ofrece el Evangelio que hemos escuchado (Mc 10,32-45), y que hace de escenario también para el acto que estamos realizando: un Consistorio para la creación de nuevos Cardenales.

Jesús camina con decisión hacia Jerusalén. Sabe bien lo que allí le aguarda y ha hablado ya de ello muchas veces a sus discípulos. Pero entre el corazón de Jesús y el corazón de los discípulos hay una distancia, que sólo el Espíritu Santo podrá colmar. Jesús lo sabe; por esto tiene paciencia con ellos, habla con sinceridad y sobre todo *les precede*, camina *delante* de ellos.

A lo largo del camino, los discípulos están distraídos por intereses que no son coherentes con la «dirección» de Jesús, con su voluntad, que es una con la voluntad del Padre. Así como -hemos escuchado- los dos hermanos Santiago y Juan piensan en lo hermoso que sería sentarse uno a la derecha y el otro a la izquierda del rey de Israel (cf. v. 37). No miran la realidad. Creen que ven pero no ven, que saben pero no saben, que entienden mejor que los otros pero no entienden...

La realidad en cambio es otra muy distinta, es la que Jesús tiene presente y la que guía sus pasos. La realidad es la cruz, es el pecado del mundo que él ha venido a tomar consigo y arrancar de la tierra de los hombres y de las mujeres. La realidad son los inocentes que sufren y mueren a causa de las guerras y el terrorismo; es la esclavitud que no cesa de pisar la dignidad también en la época de los derechos humanos; la realidad es la de los campos de prófugos que a veces se asemejan más a un infierno que a un purgatorio; la realidad es el descarte sistemático de todo lo que ya no sirve, incluidas las personas.

Esto es lo que Jesús ve mientras camina hacia Jerusalén. Durante su vida pública él ha manifestado la ternura del Padre, sanando a todos los que estaban bajo el poder del maligno (cf. Hch 10,38). Ahora sabe que ha llegado el momento de ir a lo más profundo, de arrancar la raíz del mal y por esto camina decididamente hacia la cruz.

También nosotros, hermanos y hermanos, estamos en camino con Jesús en esta vía. De modo particular me dirijo a vosotros, queridos nuevos cardenales. Jesús «camina delante de vosotros» y os pide de seguirlo *con decisión* en su camino. Os llama a mirar la *realidad*, a no distraeros por otros intereses, por otras perspectivas. Él no os ha llamado para que os convirtáis en «príncipes» en la Iglesia, para que os «sentéis a su derecha o a su izquierda». Os llama a servir como él y con

él. A servir al Padre y a los hermanos. Os llama a afrontar con su misma actitud el pecado del mundo y sus consecuencias en la humanidad de hoy. Siguiéndolo, también vosotros camináis delante del pueblo santo de Dios, teniendo fija la mirada en la Cruz y en la Resurrección del Señor.

Y así, a través de la intercesión de la Virgen María, invocamos con fe el Espíritu Santo, para que reduzca toda distancia entre nuestro corazón y el corazón de Cristo, y toda nuestra vida sea un servicio a Dios y a los hermanos.

**Homilía del Papa Francisco**  
**durante la Santa Misa y bendición de los Palios para los nuevos Arzobispos**  
**Metropolitanos en la Solemnidad de San Pedro y San Pablo**

*Plaza de San Pedro. Jueves, 29 de junio de 2017.*

La liturgia de hoy nos ofrece tres palabras fundamentales para la vida del apóstol: *confesión, persecución, oración*.

La *confesión* es la de Pedro en el Evangelio, cuando el Señor pregunta, ya no de manera general, sino particular. Jesús, en efecto, pregunta primero: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?» (*Mt 16,13*). Y de esta «encuesta» se revela de distintas maneras que la gente considera a Jesús un profeta. Es entonces cuando el Maestro dirige a sus discípulos la pregunta realmente decisiva: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 15). A este punto, responde sólo Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (v. 16). Esta es la confesión: reconocer que Jesús es el Mesías esperado, el Dios vivo, el Señor de nuestra vida.

Jesús nos hace también hoy a nosotros esta pregunta esencial, la dirige a todos, pero especialmente a nosotros pastores. Es la pregunta decisiva, ante la que no valen respuestas circunstanciales porque se trata de la vida: y la pregunta sobre la vida exige una respuesta de vida. Pues de poco sirve conocer los artículos de la fe si no se confiesa a Jesús como Señor de la propia vida. Él nos mira hoy a los ojos y nos pregunta: «¿Quién soy yo *para ti*?». Es como si dijera: «¿Soy yo todavía el Señor de tu vida, la orientación de tu corazón, la razón de tu esperanza, tu confianza inquebrantable?». Como san Pedro, también nosotros renovamos hoy nuestra *opción de vida* como discípulos y apóstoles; pasamos nuevamente de la primera a la segunda pregunta de Jesús para ser «suyos», no sólo de palabra, sino con las obras y con nuestra vida.

Preguntemonos si somos *cristianos de salón*, de esos que comentan cómo van las cosas en la Iglesia y en el mundo, o si somos *apóstoles en camino*, que confiesan a Jesús con la vida porque lo llevan en el corazón. Quien confiesa a Jesús sabe que no ha de dar sólo opiniones, sino la vida; sabe que no puede creer con tibieza, sino que está llamado a «arder» por amor; sabe que en la vida no puede conformarse con «vivir al día» o acomodarse en el bienestar, sino que tiene que correr el riesgo de ir mar adentro, renovando cada día el don de sí mismo. Quien confiesa a Jesús se comporta como Pedro y Pablo: lo sigue hasta el final; no hasta un cierto punto sino hasta el final, y lo sigue en su camino, no en nuestros caminos. Su camino es el camino de la vida nueva, de la alegría y de la resurrección, el camino que pasa también por la cruz y la persecución.

Y esta es la segunda palabra, *persecución*. No fueron sólo Pedro y Pablo los que derramaron su sangre por Cristo, sino que desde los comienzos toda la comu-

nidad fue perseguida, como nos lo ha recordado el libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. 12,1). Incluso hoy en día, en varias partes del mundo, a veces en un clima de silencio -un silencio con frecuencia cómplice-, muchos cristianos son marginados, calumniados, discriminados, víctimas de una violencia incluso mortal, a menudo sin que los que podrían hacer que se respetaran sus sacrosantos derechos hagan nada para impedirlo.

Por otra parte, me gustaría hacer hincapié especialmente en lo que el Apóstol Pablo afirma antes de «ser -como escribe- derramado en libación» (2 *Tm* 4,6). Para él la vida es Cristo (cf. *Flp* 1,21), y Cristo crucificado (cf. 1 *Co* 2,2), que dio su vida por él (cf. *Ga* 2,20). De este modo, como fiel discípulo, Pablo siguió al Maestro ofreciendo también su propia vida. Sin la cruz no hay Cristo, pero sin la cruz no puede haber tampoco un cristiano. En efecto, «es propio de la virtud cristiana no sólo hacer el bien, sino también saber soportar los males» (Agustín, *Disc.* 46.13), como Jesús. Soportar el mal no es sólo tener paciencia y continuar con resignación; soportar es imitar a Jesús: es cargar el peso, cargarlo sobre los hombros por él y por los demás. Es aceptar la cruz, avanzando con confianza porque no estamos solos: el Señor crucificado y resucitado está con nosotros. Así, como Pablo, también nosotros podemos decir que estamos «atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados» (2 *Co* 4,8-9).

Soportar es saber vencer con Jesús, a la manera de Jesús, no a la manera del mundo. Por eso Pablo -lo hemos oídos- se considera un triunfador que está a punto de recibir la corona (cf. 2 *Tm* 4,8) y escribe: «He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe» (v. 7). Su comportamiento en la noble batalla fue únicamente *no vivir para sí mismo, sino para Jesús y para los demás*. Vivió «corriendo», es decir, sin escatimar esfuerzos, más bien consumiéndose. Una cosa dice que conservó: no la salud, sino la fe, es decir la confesión de Cristo. Por amor a Jesús experimentó las pruebas, las humillaciones y los sufrimientos, que no se deben nunca buscar, sino aceptarse. Y así, en el misterio del sufrimiento ofrecido por amor, en este misterio que muchos hermanos perseguidos, pobres y enfermos encarnan también hoy, brilla el poder salvador de la cruz de Jesús.

La tercera palabra es *oración*. La vida del apóstol, que brota de la confesión y desemboca en el ofrecimiento, transcurre cada día en la oración. La oración es el agua indispensable que alimenta la esperanza y hace crecer la confianza. La oración nos hace sentir amados y nos permite amar. Nos hace ir adelante en los momentos más oscuros, porque enciende la luz de Dios. En la Iglesia, la oración es la que nos sostiene a todos y nos ayuda a superar las pruebas. Nos lo recuerda la primera lectura: «Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (*Hch* 12,5). Una Iglesia que reza está prote-

gida por el Señor y camina acompañada por él. Orar es encomendarle el camino, para que nos proteja. La oración es la fuerza que nos une y nos sostiene, es el remedio contra el aislamiento y la autosuficiencia que llevan a la muerte espiritual. Porque el Espíritu de vida no sopla si no se ora y sin oración no se abrirán las cárceles interiores que nos mantienen prisioneros.

Que los santos Apóstoles nos obtengan un corazón como el suyo, cansado y pacificado por la oración: cansado porque pide, toca e intercede, lleno de muchas personas y situaciones para encomendar; pero al mismo tiempo pacificado, porque el Espíritu trae consuelo y fortaleza cuando se ora. Qué urgente es que en la Iglesia haya maestros de oración, pero que sean ante todo hombres y mujeres de oración, que viven la oración.

El Señor interviene cuando oramos, él, que es fiel al amor que le hemos confesado y que nunca nos abandona en las pruebas. Él acompañó el camino de los Apóstoles y os acompañará también a vosotros, queridos hermanos Cardenales, aquí reunidos en la caridad de los Apóstoles que confesaron la fe con su sangre. Estará también cerca de vosotros, queridos hermanos Arzobispos que, recibiendo el palio, seréis confirmados en vuestro vivir para el rebaño, imitando al Buen Pastor, que os sostiene llevándoos sobre sus hombros. El mismo Señor, que desea ardientemente ver a todo su rebaño reunido, bendiga y custodie también a la Delegación del Patriarcado Ecuménico, y al querido hermano Bartolomé, que la ha enviado como señal de comunión apostólica.

## VIAJES

### **Peregrinación del Papa Francisco al Santuario de Nuestra Señora de Fátima en Portugal, con ocasión del centenario de las apariciones de la Virgen María en Cova da Iria.**

*12-13 de mayo de 2017.*

#### **Saludo del Papa Francisco durante la bendición de las velas**

*Capilla de las Apariciones, Fátima, Viernes, 12 de mayo de 2017.*

*Queridos peregrinos de María y con María.*

Gracias por recibirme entre vosotros y uniros a mí en esta peregrinación vivida en la esperanza y en la paz. Desde ahora, deseo asegurar a los que os habéis unidos a mí, aquí o en cualquier otro lugar, que os llevo en mi corazón. Siento que Jesús os ha confiado a mí (cf. *Jn* 21,15-17), y a todos os abrazo y os confío a Jesús, «especialmente a los más necesitados» -como la Virgen nos enseñó a pedir (Aparición, julio de 1917)-. Que ella, madre tierna y solícita con todos los necesitados, les obtenga la bendición del Señor. Que, sobre cada uno de los desheredados e infelices, a los que se les ha robado el presente, de los excluidos y abandonados a los que se les niega el futuro, de los huérfanos y las víctimas de la injusticia a los que no se les permite tener un pasado, descienda la bendición de Dios encarnada en Jesucristo: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (*Nm* 6,24-26).

Esta bendición se cumplió plenamente en la Virgen María, puesto que ninguna otra criatura ha visto brillar sobre sí el rostro de Dios como ella, que dio un rostro humano al Hijo del Padre eterno; a quien podemos ahora contemplar en los sucesivos momentos gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos de su vida, como recordamos en el rezo del Rosario. Con Cristo y María, permanecemos en Dios. En efecto, «si queremos ser cristianos, tenemos que ser marianos, es decir, hay que reconocer la relación esencial, vital y providencial que une a la Virgen con Jesús, y que nos abre el camino que nos lleva a él» (Pablo VI, *Homilía en el Santuario de Nuestra Señora de Bonaria*, Cagliari, 24 abril 1970). De este modo, cada vez que recitamos el Rosario, en este lugar bendito o en cualquier otro lugar, el Evangelio prosigue su camino en la vida de cada uno, de las familias, de los pueblos y del mundo.

*Peregrinos con María...* ¿Qué María? ¿Una *maestra de vida espiritual*, la primera que siguió a Cristo por el «camino estrecho» de la cruz dándonos ejemplo, o

más bien una Señora «inalcanzable» y por tanto inimitable? ¿La «Bienaventurada porque ha creído» siempre y en todo momento en la palabra divina (cf. *Lc* 1,45), o más bien una «santita», a la que se acude para conseguir gracias baratas? ¿La Virgen María del Evangelio, venerada por la Iglesia orante, o más bien una María retratada por sensibilidades subjetivas, como deteniendo el brazo justiciero de Dios listo para castigar: una María mejor que Cristo, considerado como juez implacable; más misericordiosa que el Cordero que se ha inmolado por nosotros?

Cometemos una gran injusticia contra Dios y su gracia cuando afirmamos en primer lugar que los pecados son castigados por su juicio, sin anteponer -como enseña el Evangelio- que son perdonados por su misericordia. Hay que anteponer la misericordia al juicio y, en cualquier caso, el juicio de Dios siempre se realiza a la luz de su misericordia. Por supuesto, la misericordia de Dios no niega la justicia, porque Jesús cargó sobre sí las consecuencias de nuestro pecado junto con su castigo conveniente. Él no negó el pecado, pero pagó por nosotros en la cruz. Y así, por la fe que nos une a la cruz de Cristo, quedamos libres de nuestros pecados; dejemos de lado cualquier clase de miedo y temor, porque eso no es propio de quien se siente amado (cf. *1 Jn* 4,18). «Cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. [...] Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización» (Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 288). Que seamos, con María, signo y sacramento de la misericordia de Dios que siempre perdona, perdona todo.

Llevados de la mano de la Virgen Madre y ante su mirada, podemos cantar con alegría las misericordias del Señor. Podemos decir: Mi alma te canta, oh Señor. La misericordia que tuviste con todos tus santos y con todo tu pueblo fiel la tuviste también conmigo. Oh Señor, por culpa del orgullo de mi corazón, he vivido distraído siguiendo mis ambiciones e intereses, pero sin conseguir ocupar ningún trono. La única manera de ser exaltado es que tu Madre me tome en brazos, me cubra con su manto y me ponga junto a tu corazón. Que así sea.

**Homilía del Papa Francisco**  
**durante la Santa Misa con el rito de canonización de los beatos Francisco**  
**Marto y Jacinta Marto**

*Atrio del Santuario de Fátima. Sábado, 13 de mayo de 2017*

«Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol», dice el vidente de Patmos en el *Apocalipsis* (12,1), señalando además que ella estaba a punto de dar a luz a un hijo. Después, en el Evangelio, hemos escuchado cómo Jesús le dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19,27). Tenemos una Madre, una «Señora muy bella», comentaban entre ellos los videntes de Fátima mientras regresaban a casa, en aquel bendito 13 de mayo de hace cien años. Y, por la noche, Jacinta no pudo contenerse y reveló el secreto a su madre: «Hoy he visto a la Virgen». Habían visto a la Madre del cielo. En la estela de luz que seguían con sus ojos, se posaron los ojos de muchos, pero... estos no la vieron. La Virgen Madre no vino aquí para que nosotros la viéramos: para esto tendremos toda la eternidad, a condición de que vayamos al cielo, por supuesto.

Pero ella, previendo y advirtiéndonos sobre el peligro del infierno al que nos lleva una vida -a menudo propuesta e impuesta- sin Dios y que profana a Dios en sus criaturas, vino a recordarnos la Luz de Dios que mora en nosotros y nos cubre, porque, como hemos escuchado en la primera lectura, «fue arrebatado su hijo junto a Dios» (*Ap* 12,5). Y, según las palabras de Lucía, los tres privilegiados se encontraban dentro de la Luz de Dios que la Virgen irradiaba. Ella los rodeaba con el manto de Luz que Dios le había dado. Según el creer y el sentir de muchos peregrinos -por no decir de todos-, Fátima es sobre todo este manto de Luz que nos cubre, tanto aquí como en cualquier otra parte de la tierra, cuando nos refugiarnos bajo la protección de la Virgen Madre para pedirle, como enseña la *Salve Regina*, «muéstranos a Jesús».

Queridos Peregrinos, tenemos una Madre, tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús, porque, como hemos escuchado en la segunda lectura, «los que reciben a raudales el don gratuito de la justificación reinarán en la vida gracias a uno solo, Jesucristo» (*Rm* 5,17). Cuando Jesús subió al cielo, llevó junto al Padre celeste a la humanidad -nuestra humanidad- que había asumido en el seno de la Virgen Madre, y que nunca dejará. Como un ancla, fijemos nuestra esperanza en esa humanidad colocada en el cielo a la derecha del Padre (cf. *Ef* 2,6). Que esta esperanza sea el impulso de nuestra vida. Una esperanza que nos sostenga siempre, hasta el último suspiro.

Con esta esperanza, nos hemos reunido aquí para dar gracias por las innumerables bendiciones que el Cielo ha derramado en estos cien años, y que han transcurrido bajo el manto de Luz que la Virgen, desde este Portugal rico en

esperanza, ha extendido hasta los cuatro ángulos de la tierra. Como un ejemplo para nosotros, tenemos ante los ojos a san Francisco Marto y a santa Jacinta, a quienes la Virgen María introdujo en el mar inmenso de la Luz de Dios, para que lo adoraran. De ahí recibían ellos la fuerza para superar las contrariedades y los sufrimientos. La presencia divina se fue haciendo cada vez más constante en sus vidas, como se manifiesta claramente en la insistente oración por los pecadores y en el deseo permanente de estar junto a «Jesús oculto» en el Sagrario.

En sus *Memorias* (III, n.6), sor Lucía da la palabra a Jacinta, que había recibido una visión: «¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para comer? ¿Y el Santo Padre en una iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?». Gracias por haberme acompañado. No podía dejar de venir aquí para venerar a la Virgen Madre, y para confiarle a sus hijos e hijas. Bajo su manto, no se pierden; de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitan y que yo suplico para todos mis hermanos en el bautismo y en la humanidad, en particular para los enfermos y los discapacitados, los encarcelados y los desocupados, los pobres y los abandonados. Queridos hermanos: pidamos a Dios, con la esperanza de que nos escuchen los hombres, y dirijámonos a los hombres, con la certeza de que Dios nos ayuda.

En efecto, él nos ha creado como una esperanza para los demás, una esperanza real y realizable en el estado de vida de cada uno. Al «pedir» y «exigir» de cada uno de nosotros el cumplimiento de los compromisos del propio estado (*Carta de sor Lucía*, 28 de febrero de 1943), el cielo activa aquí una auténtica y precisa movilización general contra esa indiferencia que nos enfría el corazón y agrava nuestra miopía. No queremos ser una esperanza abortada. La vida sólo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn 12,24*): lo ha dicho y lo ha hecho el Señor, que siempre nos precede. Cuando pasamos por alguna cruz, él ya ha pasado antes. De este modo, no subimos a la cruz para encontrar a Jesús, sino que ha sido él el que se ha humillado y ha bajado hasta la cruz para encontrarnos a nosotros y, en nosotros, vencer las tinieblas del mal y llevarnos a la luz.

Que, con la protección de María, seamos en el mundo centinelas que sepan contemplar el verdadero rostro de Jesús Salvador, que brilla en la Pascua, y descubramos de nuevo el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es misionera, acogedora, libre, fiel, pobre de medios y rica de amor.



# OBISPO





## OBISPO

## HOMILÍAS

## Santa Misa Crismal

Catedral de San Martiño de Ourense, 12 de abril de 2017.

*“Gracia y paz a vosotros  
de parte de Jesucristo,  
el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos,  
el príncipe de los reyes de la tierra.  
Al que nos ama,  
y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre,  
y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre.  
A él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (Ap 1, 5-7)*

*Mis queridos hermanos sacerdotes  
Os saludo a vosotros seminaristas, y lo hago con especial afecto porque sois la esperanza de este Presbiterio y de la Iglesia.*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor:*

Con este texto de la liturgia de este día de la Misa Crismal quisiera revivir con vosotros aquel momento en el que delante del Obispo hemos sido configurados con Cristo Sacerdote Eterno, por puro amor de Dios. A pesar del trascurso de los años, siempre que volvemos la mirada del corazón agradecido hacia el pasado nos sentimos fascinados por aquel momento que ha sido para cada uno un *don y un misterio* por el cual fuimos constituidos *sacerdotes para Dios* – como nos recuerda el texto del libro del Apocalipsis-, sacerdotes para ser en la Iglesia y en el mundo *otro Cristo, el mismo Cristo*, - como lo repetía san Juan Pablo II- en medio de nuestras gentes y de nuestros pueblos, que nos esperan y tantas veces los vemos como ovejas que caminan sin pastor.

Aquel momento, que por pura gracia podemos revivir constantemente, siempre que celebramos los sagrados misterios, nos ayuda a renovar nuestra entrega y a vivir con fidelidad el ministerio sacerdotal, a pesar de nuestras miserias, debilidades y pecados. Por eso, nos estremecemos cada vez que escuchamos al profeta: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungió!”* (Is 61, 1). Es el mismo texto que proclama Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16-21).

Hermanos míos ¡que no nos lo creemos! ¡Hemos sido llamados por nuestro nombre propio! Dios nos ha buscado, nos ha curado el corazón y nos ha dicho *¡tengo sed!* Este grito de Cristo en la cruz sigue repitiéndose constantemente en la

Iglesia y en el mundo. Son muchos los que tienen sed de Dios, también en medio de nuestra sociedad de bienestar, cargada de ruido y de tantas cosas que atrapan la existencia de niños, jóvenes y ancianos, y en ocasiones ¡también a nosotros!. En medio de este mundo surcado por la “*dictadura del relativismo*” también brota, sin ruido de palabras ese grito del crucificado: ¡*Tengo sed!*

Mis queridos hermanos sacerdotes ¡lo sabemos bien! A la luz de estas palabras, el Obispo, con temor y temblor, consciente de sus limitaciones, pero sintiéndose en comunión con toda la Iglesia como el sumo sacerdote del pueblo que peregrina por las tierras ourensanas y aquí representado, sabiendo que del ejercicio de su ministerio deriva y depende, de algún modo, la vida de sus fieles en Cristo y en esta Iglesia particular, os preguntará:

“*En esta conmemoración anual del día en que Cristo confirió su sacerdocio a los apóstoles y a nosotros, ¿queréis renovar las promesas que hicisteis un día ante vuestro obispo y ante el pueblo santo de Dios?*”

*El amor de Dios nos urge*, y es precisamente ese amor de Dios el que nos primera y potencia de tal modo que, a pesar de los pesares, seguimos diciendo con entusiasmo: *Sí quiero*. Es esta una respuesta que solo se comprende desde el amor de un Dios que por ternura y misericordia para con su pueblo, nos ha elegido para una vocación de amor. ¡No somos funcionarios! Sino que sintiéndonos agradados por este don inmerecido, por puro amor de Dios, hemos dicho en aquel día lejano o próximo de nuestra ordenación sacerdotal: *Sí, quiero*. Y ese “*si*” nos ha configurado con Cristo: *No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí*, que actúa en mí, a través de mí persona para hacerle presente en todos los lugares de la tierra; porque el ministerio sacerdotal que recibimos no es para un tiempo o para un lugar determinado, sino que hemos sido constituidos *sacerdotes para siempre* y, a pesar de nuestra frágil historia personal, llevamos en nuestras entrañas esa dimensión de eternidad que nos hace sentir y ser: *Sacerdotes para siempre ¡para siempre!* No podemos jugar con nuestra identidad, si lo hiciésemos, correríamos el riesgo de flirtear con nuestra eternidad y con la de nuestros hermanos y hermanas, quebrando además, toda perspectiva de esperanza, y el ser humano sin esperanza pierde el sentido sobre su propia vida y sobre su muerte.

Para vivir con fidelidad este compromiso necesitamos *unirnos más fuertemente a Cristo y configurararnos con él, renunciando a nosotros mismos*. Aunque lo sabemos bien, y lo hemos recordado en el retiro previo a esta celebración, no está mal que los repitamos. Unirnos a Cristo supone intensificar nuestra vida de oración personal y litúrgica; valorar las experiencias de oración comunitaria, sobre todo en los encuentros sacerdotales con motivo de los retiros, de las reuniones arciprestales o de zona. No se entiende la vida de un buen presbítero sin que participe anualmente en los Ejercicios espirituales. Además de esto, debemos cuidar con esmero nuestra confesión frecuente y valorar más la dirección espiritual.

Hace unos días, decía el papa Francisco: *Recordad que el sacerdote renueva su vida y saca fuerzas para su ministerio de la contemplación de la divina Palabra y del diálogo intenso con el Señor. Es consciente de que no podrá llevar a Cristo a sus hermanos ni encontrarlo en los pobres y en los enfermos, si no lo descubre antes en la oración ferviente y constante. Es necesario fomentar el trato personal con Aquel al que después se anuncia, celebra y comunica. Aquí está el fundamento de la espiritualidad sacerdotal, hasta llegar a ser signo transparente y testimonio vivo del Buen Pastor* (Alocución al Pontificio Colegio Español de Roma, 2017)

Configurarnos con Cristo, maestro, médico y pastor supone tomar en serio el proceso de formación que habiéndose iniciado en el Seminario debe continuar a lo largo de la vida porque *la formación de los sacerdotes es la continuación de un único "camino discipular", que comienza con el bautismo, se perfecciona con los otros sacramentos de la iniciación cristiana, es reconocido como centro de la vida, en el momento del ingreso al Seminario, y continúa durante toda la vida.*

*La formación, inicial y permanente debe ser comprendida en una visión integral, que tenga en cuenta las cuatro dimensiones propuestas por "Pastores dabo vobis": humana, espiritual, intelectual y pastoral, que en conjunto componen y estructuran la identidad del seminarista y del presbítero y, además, lo capacitan para el "don" de sí mismo a la Iglesia, contenido esencial de la caridad pastoral* (cf. Ratio, 8-12-2016, n. 2)

¡Qué pena y qué dolor nos causa que una Iglesia como la nuestra invirtiendo tanto en recursos humanos para hacer llegar esas exigencias de formación, a veces nos encontremos con signos de autosuficiencia y de autorreferencialidad pastoral que nos preocupan! Cuidemos nuestra formación y ayudemos a que nuestros hermanos participen en ella. *El itinerario de la formación sacerdotal es, también, una escuela de comunión misionera: con el Sucesor de Pedro, con el propio Obispo, en el propio Presbiterio, y siempre al servicio de la Iglesia particular y universal* (Ibid.n. 2)

Este proceso de configuración con Cristo requiere por nuestra parte, como nos lo recordaba recientemente el Santo Padre a los sacerdotes y obispos presentes en el Pontificio Colegio Español de Roma, con motivo de sus 125 años de historia, que nos convenzamos de que nuestro sacerdocio es un ministerio de entrega y amor, de tal modo que es necesario recordar la consigna evangélica *que allí donde está nuestro tesoro está nuestro corazón* (cf. Mt 6,21), *y que es en nuestras pequeñas cosas, seguridades y afectos, donde nos jugamos el ser capaces de decir que sí al Señor o darle la espalda como el joven rico*. No podemos contentarnos con tener una vida ordenada y cómoda, que nos permita vivir sin preocupaciones, sin sentir la exigencia de cultivar **un espíritu de pobreza radicado en el Corazón de Cristo** que, siendo rico, se ha hecho pobre por nuestro amor (cf. 2 Co 8,9) para enriquecernos con su pobreza. ¡Cómo nos hace inmensamente ricos la vivencia de la "limpia pobreza" como decía san Juan de Ávila!

El papa insistía en esta virtud de la pobreza sacerdotal, tan devaluada, y sin

embargo tan necesaria e imprescindible para *adquirir la auténtica libertad de hijos de Dios*, y así lograr *una adecuada relación con el mundo y con los bienes terrenos, según el ejemplo de los Apóstoles, a los que Jesús invita a confiar en la Providencia y a seguirlo sin lastres ni ataduras* (cf. Lc 9,57-62; Mc 10,17-22). Y añadía con su gracia habitual: *No se olviden de esto: el diablo siempre entra por el bolsillo, siempre. Además, es bueno aprender a dar gracias por lo que tenemos, renunciando generosa y voluntariamente a lo superfluo, para estar más cerca de los pobres y de los débiles.* A través de la sencillez y la austeridad de vida, llegaremos a ser promotores creíbles de una verdadera justicia social (cf. Juan Pablo II, *Pastores dabó vobis*, 30). A veces, en algunas Iglesias particulares, nos podemos encontrar con que la Iglesia es pobre, pero los curas son ricos. Ese desajuste, si se da, supone una falta de comunión y de fraternidad, contra la que nos previene el Señor.

Hoy la Iglesia pone en vuestras manos el tesoro de los Santos Óleos y del Santo Crisma, os ruego que los tratéis con la unción que se merecen. Custodiadlos en lugares dignos ¡son cosas santas!

Finalmente: A vosotros hermanos y hermanas que participáis en esta celebración os ruego como padre, hermano, amigo y Obispo que acompañéis a vuestros sacerdotes, no los critiquéis, recordad aquello que decía santa Catalina de Siena: *¡no toquéis a mis cristos!* Estad cerca de ellos y ayudadles con vuestros consejos y oraciones. Pedid mucho por las vocaciones al sacerdocio.

Una vez más, quisiera encomendaros a la Madre Dios, Señora del Consuelo – tal como se venera en el Pórtico del Paraíso de esta Catedral- os ruego que la imitéis a Ella. Es bueno recordar en este momento aquel consejo de san Juan de Ávila, cuando exhortaba a los sacerdotes a imitar a María: *Mirémonos, padres, de pies a cabeza, alma y cuerpo, y nos veremos hechos semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trujo a Dios a su vientre... Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración (Plática 1ª a los sacerdotes).* La Madre de Cristo es modelo de aquel amor que lleva a dar la vida por el Reino de Dios, sin esperar nada a cambio, porque se hizo pobre ante la riqueza de su Hijo y Señor, por eso pudo vivir la total disponibilidad al querer de Dios convirtiéndose en Bienaventurada entre todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Bajo el amparo de Nuestra Señora, en el clima de honda comunión presbiteral y de íntima fraternidad, *en virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión (Lumen gentium, 28)*, sirvamos más y mejor a todos nuestros hermanos con rectitud de intención y total dedicación, promoviendo la comunión y la unidad en esta Iglesia particular, que hace hoy un año fue invitada a un Sínodo Diocesano que ya está dando sus frutos, y tengo la certeza que será para mayor bien de todos aquellos que peregrinamos en la fe por estas tierras, de toda la sociedad humana a la que debemos servir, y, sobre todo para pregonar a Aquel que *nos ha hecho sacerdotes para Dios. A él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.*

## Exequias del Rvdo. D. Luis-Odón Álvarez Tejada

Iglesia de María Auxiliadora. Ourense. 27 de abril de 2017.

Rom 14, 7-9.

Jn 11, 17-27

*Mis queridos hermanos Sacerdotes*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor.*

Permitidme que salude con especial afecto a las hermanas, al hermano, y demás familiares de don Luis y les manifieste mi sentimiento de pésame, en mi nombre y en el de los sacerdotes, no solo de los presentes sino también de otros muchos que no han podido asistir a esta celebración por motivos pastorales. Vuestro dolor es también el nuestro porque este sacerdote formaba parte de esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano que siente la muerte de D. Luis de una forma tan viva al haber acontecido ésta de una manera repentina. Quisiera expresaros mi cercanía, afecto y preocupación a los fieles de las parroquias de San Esteban de Cambeo, Santiago de Gustei, San Juan de Coles y San Julián de Ribela, que os encontráis hoy aquí.

Mis queridos amigos: Nos hemos reunido en este templo, bajo la mirada de la que es Auxilio de los Cristianos, para celebrar el sacramento de nuestra fe y pedirle al Señor por el eterno descanso de nuestro hermano sacerdote y para que nos aumente la esperanza. Como siempre que nos encontramos para vivir la Eucaristía, la Palabra del Señor que ha sido proclamada en esta asamblea litúrgica, nos ha ofrecido el mensaje de la salvación para reconfortarnos en estos momentos. Este mensaje, aunque repetido tantas veces, adquiere de manera más viva en esta segunda semana de Pascua, y sobre todo en esta dolorosa ocasión, una fuerza especial:

*Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre (Jn 11, 25)*

Estamos tan acostumbrados a oír, decir, e incluso cantar este versículo del Evangelio que puede ser que haya perdido fuerza e intensidad en nuestras vidas; sin embargo, de manera especial ante la experiencia pascual vivida de una manera definitiva por este hermano sacerdote, esta Palabra adquiere una fuerza y un dinamismo más comprometido. Por otra parte, conviene no olvidarnos que en este texto del IV Evangelio al hacer esta profesión de fe en la vida eterna se nos pregunta a cada uno, lo mismo que en su tiempo le preguntó Jesús a Marta, la hermana de Lázaro: *¿Crees esto?* (Jn 11, 26)

Ante los restos mortales de este hermano nuestro tenemos que hacernos esta misma pregunta *¿Crees esto?* ¿Creemos que el Crucificado está Resucitado, está

vivo y que la muerte ha sido vencida? O seguimos buscando entre los muertos al que vive. ¡Al Viviente! como nos lo presente el libro del Apocalipsis, Aquel que es principio y fin de nuestra existencia y del cosmos.

Estamos acostumbrados a predicar este mensaje en momentos similares y parece que nos hemos convertido en expertos profesionales de la Palabra; sin embargo, en estas circunstancias en las que uno de nuestros compañeros, con el que departíamos amablemente hace tan solo muy pocas horas, las palabras de Jesús adquieren una fuerza de salvación para nosotros. Cuando vivimos nuestra fe en el Crucificado-Resucitado, no como una teoría más, sino como una experiencia viva, eso se nota en el tenor de nuestra existencia creyente. Las palabras de Jesús nos invitan constantemente a sentirnos siempre en camino hacia la Pascua. Son palabras que nos hablan de cambio, de conversión personal y comunitaria. Por eso, si vivimos **de cara a la vida eterna**, nuestra forma de vivir nuestro cristianismo, nuestra vocación particular y, en el caso de muchos de los que estamos aquí, nuestro ministerio sacerdotal, seguro que será muy diferente. Cuando sabemos y vivimos la certeza de que no sólo estamos llamados a la eternidad, sino que esta llamada puede llegar cuando menos lo pensemos, entonces nos esforzamos por vivir el momento presente con pasión y autenticidad; y ayudados por el dinamismo de la gracia de Dios somos capaces de ir relativizando todo aquello que es efímero y transitorio y que tantas veces reclama nuestra atención haciéndonos olvidar de que debemos *centrarnos en lo esencial*, como nos lo recuerda constantemente el papa Francisco. De ahí que la experiencia que hoy nos ofrece el Apóstol Pablo nos interpela fuertemente y nos llena de esperanza: *Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor* (Rom 14, 8).

*¡Somos del Señor!* Desde la perspectiva de la eternidad, nuestra vocación cristiana, y en concreto, el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal adquieren un relieve y una fuerza que hace que ¡hasta las cosas más pequeñas tengan un gran sentido! Cuando vivimos en esta clave de eternidad todas nuestras ocupaciones ¡toda nuestra vida!, también el ejercicio del ministerio pastoral, la celebración de la Eucaristía, el vivir desprendido de las cosas, el sabernos servidores y administradores y no dueños de aquello que nos han encomendado, en definitiva, toda nuestra lucha en lo de cada día constituye una parte, no pequeña, de nuestro camino hacia la Pascua eterna, hacia la santidad. Por eso, es necesario que nos planeemos muchas veces esta pregunta que brota de la Palabra proclamada.

*¡Crees en la vida eterna!*

Cuando nos disponemos a cumplir con el triste deber de dar sepultura a un hermano sacerdote, como D. Luis Álvarez Tejada, que sirvió con fidelidad a esta Iglesia, os invito a que repasemos con el corazón agradecido la historia del ejercicio de su ministerio y, sin ninguna duda podemos decir: *¡Sus obras le acompañan!*

Obras que dejamos en las manos del Padre que es rico en misericordia. Desde aquel 22 de diciembre de 1965, día de su ordenación, pasando por sus primeras tareas pastorales en esta ciudad: Santa Eufemia del Norte, la Santísima Trinidad, Villamayor de Boulosa, Rubiás dos Mixtos, San Lorenzo de Tosende, San Payo de Abades, Santa Marina de Aguasantas, Santiago de Folgoso, Seixalvo y, últimamente, Gustei, Cambeo, Bóveda de Amoeiro, Coles y Rivela. Sin omitir las tareas docentes llevadas a cabo en el Instituto y en otros centros académicos, son prueba de su buena acción.

Hoy rezamos por él, un día, cuando y como Dios quiera, rezarán también por nosotros; así nos lo enseña aquel gran maestro que fue San Agustín: *la vida es una propedéutica para la muerte*. Es un entrenamiento para morir bien. La oración de la Iglesia que ahora hacemos por nuestro hermano sacerdote, nos invita a preguntarnos una vez más por nuestra fe en la eternidad.

*¿Crees esto?*

Es decir, ¿creemos en que Jesús, el Señor, es la resurrección y la vida? ¿Cree-mos cómo cree la Iglesia? Si nuestra fe es auténtica, como nos recuerda el papa Francisco, tiene que llevarnos a salir de nosotros mismos, de nuestros criterios y opiniones, de nuestras excesivas preocupaciones por el mañana que nos llevan a agarrarnos a las cosas y a los criterios de este mundo que pasa y esta actitud nos impide ser libres porque termina por convertirnos en esclavos de la realidad que nos rodea, de las posesiones, de la cuenta corriente; en definitiva, nos lleva a caer en esa *mundanidad* que termina por achatar nuestra vida creyente.

Os invito a que volvamos la mirada del corazón al texto de san Pablo que he-nos proclamado en esta liturgia: *Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor*. Nuestros conciudadanos, por el tenor de nuestra forma de vivir, sabrán percibir que *vivimos para el Señor* y que somos fieles a Dios en la Iglesia, sobre todo por la coherencia con que vivimos no solo el ejercicio del ministerio sacerdotal al que hemos consagrado nuestra vida, como lo hizo D. Luis, sino con toda nuestra existencia de fe. Solo desde la fe, es decir, solo si nos abrimos a la fe en Jesucristo Resucitado y vivo, solo así, seremos capaces de salir de nosotros mismos *-rompiendo con esa mundanidad-* y de este modo nos convertiremos en testigos creíbles capaces de atraer a la Iglesia, en definitiva, a Dios, a esos hermanos y hermanas que tantas veces se sienten desconcertados o se han alejado de la Iglesia.

Nuestro hermano D. Luis a lo largo de su vida dejó signos elocuentes de su presencia sacerdotal, hoy los ponemos en las manos de Aquel que es misericor-dioso y le pedimos que le reciba en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva; y a nosotros, que nos conceda una fe fuerte para que nos aliente en nuestro camino. Suplico para nuestro hermano sacerdote el descanso y la paz eterna. Que el Señor lo recompense por el cuidado con que ha ejercido su sacerdocio en las distintas

tareas pastorales y académicas. Todavía recuerdo la Visita pastoral que hice a sus parroquias, fui testigo de la delicadeza y de la ternura de un auténtico sacerdote, servidor de la comunidad creyente, que solo buscaba el bien de los fieles y la Gloria de Dios.

A vosotros, mis queridos hermanos que vivís vuestra fe en las comunidades cristianas que administraba D. Luis, os ruego que seáis conscientes de que la situación de nuestra Iglesia no es la de hace años en donde a cada parroquia le correspondía un cura. Ahora es imposible mantener esta situación. Y esto no solo porque ha bajado el número de vocaciones sacerdotales, sino porque en este momento de nuestra historia tenéis que descubrir que la Iglesia no solo es un asunto que le concierne al obispo y a los sacerdotes, también a todos los fieles bautizados que quieren vivir una fe cristiana más viva y comprometida. Es necesario que ayudéis al sacerdote que os atiende y que seáis comprensivos con él porque deberá atender otras comunidades cristianas.

En nuestra Iglesia particular estamos creando *unidades de atención parroquial* previendo circunstancias como estas, o anticipándonos a otras dificultades con las que nos encontramos, cada vez con más frecuencia, debido a la edad media de nuestro clero, y a la disminución de los miembros activos de nuestras comunidades parroquiales dispersas por el ámbito rural de nuestra Diócesis. Con esta estructura pastoral un mismo sacerdote o, lo que sería deseable, un equipo sacerdotal podrá atender un grupo de parroquias, ejerciendo como párrocos en todas y en cada una de ellas, constituyendo centros de atención pastoral, es decir, centrando el culto litúrgico habitual en las parroquias más pobladas y con mayor actividad. No podemos exigir a nuestros sacerdotes, a veces ancianos o enfermos, que los domingos y festivos hagan largos recorridos para celebrar una Misa a pequeños grupos de fieles que, para otras actividades no tienen ningún problema en desplazarse a otros lugares, sin embargo, para oír Misa no lo hacen. Los fieles, que auténticamente viven su fe cristiana, deberán acudir a la Santa Misa allí donde se celebre, tal como se hacía al principio del cristianismo. Si tuviéramos una fe más viva y comprometida colaboraríamos más con la parroquia, ayudaríamos a nuestros sacerdotes con nuestra oración y cuidado y no les estaríamos censurando por lo que no hacen o por lo mal que nos atienden, o quizás porque llegan tarde e ignoramos los motivos serios de su retraso, a veces por entretenerse atendiendo a alguno de los feligreses.

Os ruego que recéis por D. Luis, que pidáis por la santidad de los sacerdotes ¡para que seamos fieles! Que cubráis con la capa de la caridad los errores y fallos de vuestros sacerdotes ¡ayudadles, no les critiquéis! Estamos comenzando un Sínodo Diocesano, que es un camino que tenemos que recorrer. Abrid vuestros corazones a la gracia del Señor y Él os concederá una existencia nueva. No os olvidéis de pedir por los seminaristas, para que perseveren. ¡Con qué ilusión y sano

orgullo presumía D. Luis de los seminaristas de sus parroquias. Procurad cuidar las catequesis y la preparación de los niños para la primera confesión y la primera comunión. Ahí es donde comienzan a fraguarse las vocaciones. No obstaculicéis el que vayan los niños al Seminario Menor ;no tengáis miedo! El Seminario Menor no es una fábrica de curas, sino una estructura académica en donde los niños y los jóvenes adquieren los estudios adecuados y, además, una formación cristiana que les servirá para su propia vida; en el Seminario se trabaja en dar una formación integral a nuestros jóvenes y, si el Señor les concede la vocación sacerdotal ;bendito sea Dios!.

Entre las tareas pastorales que realizaba D. Luis estaba el acompañar a los Equipos de Nuestra Señora. ¡Era consciente de que la clave fundamental de la educación en la fe se encuentra en la familia, de ahí que le dedicaba tiempo a este servicio callado e impagable, pero lo hacía con su alegría y disponibilidad características, sabiendo que él mismo se beneficiaba de la vivencia de la fe que encontraba en los matrimonios que atendía.

Volvemos la mirada a esta realidad que tenemos aquí presente. Los restos mortales de D. Luis nuestro hermano sacerdote y para él pedimos ;Dale Señor el descanso eterno! ;Que descanse de sus fatigas! y que sus obras obtengan de las manos del que es rico en Misericordia el premio que merece por su dedicación y, si necesita nuestra ayuda fraterna, ofrecemos esta Santa Eucaristía como sufragio para que el Señor le perdone todo aquello que a causa de la fragilidad del corazón humano pudo haber cometido.

Que Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, Auxilio de los cristianos y Remedio de nuestro males, especial protectora de los sacerdotes, abra su regazo de Madre Misericordiosa y, haciendo nuestro el sentir de aquella antiquísima oración, le podemos decir: Acuérdate, ¡oh Madre de Dios!, cuando te encuentres ante la presencia del Altísimo de decirle cosas buenas de nuestro hermano y también de cada uno de los que estamos aquí, para que nuestro paso por este mundo se convierta en un camino seguro que nos lleve a esos *cielos nuevos y esa tierra nueva* que el Buen Dios tiene preparado para los que ama.

¡Que así sea!

## Fiesta de San Juan de Ávila

Seminario Mayor “Divino Maestro”. 10 de mayo de 2017.

*Querido D. Camilo, Obispo emérito de Astorga.*

*Saludo con cordial afecto a Mons. José María Gil Tamayo. Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.*

*Hermanos en el sacerdocio.*

*Queridos seminaristas del “Divino Maestro”, del “Redemptoris Mater” y del Seminario Menor.*

*Hermanas y hermanos ¡queridos amigos!*

Con todos vosotros quisiera dar gracias al Señor por la fidelidad de este grupo de sacerdotes que hoy celebran los 50 y 60 años en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Constituís para todos los que estamos aquí, empezando por el Obispo, un testimonio coherente de la verdad de Dios que se ha hecho vida en cada una de vuestras historias personales, que han sido, y siguen siendo un signo de la misericordia del Señor y un don de su gracia concedido a esta Iglesia en Ourense.

Con las palabras de la oración colecta de la memoria litúrgica de San Juan de Ávila le hemos pedido al Señor: *Haz que también en nuestros días crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de sus ministros.* Si volvemos la mirada a la época de san Juan de Ávila nos damos cuenta de que aquella primera mitad del siglo XVI, - sabemos que murió el 10 de mayo de 1569 - , fue un periodo complejo y difícil de la historia de la Iglesia en Europa y, especialmente, en los que eran dominios españoles en el mundo entonces conocido; esa situación nos ayuda a descubrir con mayor realismo la figura de este gran maestro de sacerdotes. Porque, a pesar de aquellas graves dificultades supo centrarse en lo que para él era *lo esencial* en la vida, como muy bien nos lo recuerda hoy en día el papa Francisco. Lo esencial era y sigue siendo Nuestro Señor Jesucristo. Aquel Crucificado que está Vivo.

En nuestra vida es conveniente que sepamos echar la mirada a nuestra historia, desde una inmersión radical en el presente, si queremos proyectarnos sin miedos y con esperanza en el futuro, ¡porque *no podemos dejar que nos roben la esperanza!*. Os invito, mis queridos hermanos sacerdotes que celebrarías vuestras bodas sacerdotales, a que hagáis esta sencilla reflexión: De la situación de aquella Diócesis cuando vosotros erais curas recién ordenados a la actual han cambiado muchas cosas; sin embargo, en todos esos acontecimientos sociales y eclesiales vosotros habéis sido los protagonistas y los colaboradores principales que tuvo y tiene el Espíritu Santo que, como alma de la Iglesia, encontró en cada uno corazones abiertos al don de Dios y entusiastas incansables de la obra evangelizadora.

Os habéis ordenado para ser ministros del Evangelio y dispensadores de los misterios de Dios. Vuestros obispos han podido apoyarse en vuestra fidelidad y

entrega; hoy, con el transcurso de los años, toda nuestra Iglesia Diocesana contempla la historia de vuestra vida y da gracias a Dios por todos y cada uno de los aquí presentes y de aquellos que no se han podido sumar a nuestra celebración, y ruega al cielo que os conceda la fortaleza y la disponibilidad, que siempre habéis tenido, para seguir siendo esos *sacerdotes fascinados por lo esencial*, que deseáis seguir trabajando como *obreros de la viña del Señor* en el servicio de esta Iglesia y para Gloria de Dios.

Hemos querido proclamar en esta celebración los textos de la liturgia de la Palabra del pasado domingo del “Buen Pastor”, creo que son lo más adecuado para esta Eucaristía. El texto que nos ofrece el IV Evangelio es una hermosa alegoría que nos acerca a la ternura de un Dios que se hace cercano y misericordioso, que siempre está dispuesto a ponerse en camino para buscar y curar a la *oveja descarriada*. Es esta una invitación constante a estar siempre en disposición de salir al encuentro de los hermanos necesitados. Hemos podido escuchar cómo *Jesús les puso esta comparación – la del Buen Pastor -, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta...*

¡Hermanos míos! Seremos capaces de descubrir lo que significa la alegoría del Buen Pastor y hacerla carne en nuestra propia existencia si luchamos por entrar por esa *puerta estrecha* que conduce a la vida y esa puerta es el mismo Jesucristo. Ese descubrimiento lo habéis hecho siendo niños y, sobre todo en los años de Seminario previos a vuestra ordenación sacerdotal. La certeza de que el cristianismo no es el cumplimiento de una serie de normas de conducta o de una praxis ascética determinada sino el encuentro vivo con la persona del Resucitado, ha sido el dinamismo y la fuerza que os ha hecho decir, en aquellos momentos de vuestra historia y que hoy, a pesar de las sombras silentes del pasado que forman parte de vuestra historia, seguís repitiendo: *Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*. Y os habéis puesto en camino. Y con la ayuda del cielo habéis llegado hasta aquí.

Si pudiéramos repasar los distintos momentos y destinos pastorales que habéis desempeñado a lo largo de estos años descubriríamos una vida de fidelidad y siempre disponible al ministerio de la Iglesia. Habéis recorrido, de un lugar a otro, la ancha y larga geografía diocesana. Y en muchos lugares de esta Iglesia particular habéis dejado signos elocuentes de vuestra fidelidad. Esto es así porque os ordenasteis sacerdotes para servir a la Iglesia allí donde la Iglesia, por ministerio del Obispo, os ha enviado. Luchasteis por ser sacerdotes servidores de la Comunidad. Os suplico que recéis mucho por las nuevas generaciones para sepan entregarse con fidelidad y disponibilidad cada día en la viña del Señor porque sólo así encontrarán un sentido pleno para su vida sacerdotal.

En definitiva, vosotros, desde el primer momento os habéis esforzado, ayudados por la gracia de Dios y las mediaciones de la Iglesia, por entrar por aquella puerta estrecha que es Cristo y sólo Él os ha conducido a la vida sacerdotal, una

vida que con la ayuda del Señor y la fuerza del Espíritu Santo os ha ayudado a querer a la Iglesia y, en ocasiones, no exentas de dolor y de sacrificio, hicisteis vuestras las palabras de aquella santa de la misericordia en un grave momento de tribulación con sus superiores y con algunas hermanas de su Comunidad: *Oh Iglesia de Dios, tú eres la mejor de las madres. Tú sola eres la única que sabes educar y haces crecer a las almas en el camino de la santidad. Oh, cuanto amor y cuanta veneración siento por la Iglesia, por la mejor de las madres*<sup>1</sup>.

Esta mujer dejó escrito en su *Diario* estas y otras reflexiones semejantes, a pesar de las dolorosas circunstancias que le han acompañado en su breve existencia por esta tierra. Me pregunto, y os pregunto, si hemos experimentado esos mismos sentimientos por la Iglesia. En nuestra propia historia todos hemos vivido situaciones tensas y difíciles, tanto dentro como fuera de nosotros mismos; a veces hemos sufrido correcciones dolorosas que sólo una madre es capaz de hacer a sus hijos, aunque estos vayan haciéndose mayores, porque solo una madre es capaz de quererlos hasta la muerte. Una madre, como la Iglesia, que nos ha enseñado a través del testimonio de los santos, como san Juan de Ávila, que la cruz es el camino de la gloria.

Estamos viviendo tiempos recios en la Iglesia, que son ocasión propicia para vivir en esperanza. En este contexto, quisiera invitaros a que recordarais aquellas bellísimas palabras pronunciadas por el beato Pablo VI acerca de la Iglesia que se encuentran en su testamento: *Puedo decir que siempre la he amado... y que para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido. Quisiera abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Querría abrazarla, saludarla, amarla en cada uno de los seres que la componen, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla (...)* Y, *¿qué diré a la Iglesia, a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo*<sup>2</sup>.

En una ocasión como esta es bueno recordar el testimonio de los que ha sido fidelísimos hijos de la Iglesia, y han vivido y sentido en sus propias carnes el misterio de sus grandezas, también, los sufrimientos que han podido causarnos los desaciertos, las equivocaciones y los pecados de algunos de sus hijos. Sólo sintiendo a la Iglesia como algo propio; es más, solo viviendo el misterio de la Iglesia

---

1 SANTA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario, I Cuaderno*, 27-3-1933

2 BENEDICTO XVI, Homilía en Brescia, *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de agosto de 1979, p. 12.

como esa madre, o como esa gran familia que ha dado y sigue dando sentido a nuestras vidas, sólo así podremos vivir la fraternidad y la comunión, y como consecuencia de todo ello: la *disponibilidad en nuestro ministerio*. No podemos convertir la Iglesia en una especie de hacienda propia de la que podemos sacar provecho personal. Ella es un misterio de comunión y de amor abierto en las entrañas del mundo para ser un eco constante del Evangelio de la alegría.

Hace ya más de un año que en nuestra Diócesis hemos iniciado *un camino sinodal*, podéis tener la certeza de que es providencial y, además, responde al querer del papa Francisco que nos pide una conversión personal para lograr esa transformación pastoral imprescindible que nos ayude a superar esas inercias existenciales que nos paralizan con temores y miedos. Hoy, más que nunca, necesitamos abrir de par en par nuestro corazón para salir de nosotros mismos y acercarnos a los hermanos allí donde se encuentran: abrírnos a esas *periferias existenciales* que, en muchas ocasiones no están lejos de nosotros.

Hermanos míos sacerdotes: Cuando vosotros erais sacerdotes jóvenes los templos se llenaban de niños, jóvenes y ancianos; actualmente esto ya no es así. Ante estas situaciones que son una muestra de que el mundo y sus gentes han cambiado corremos el riesgo de seguir haciendo lo mismo de siempre; sin embargo, percibimos en lo más íntimo de nuestro ser que ese no es el camino. La Iglesia hoy nos pide, en palabras de Francisco: *nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre "nueva"*(EG, nº. 11)

Hoy como entonces, en los primeros momentos del cristianismo, tal como nos ha manifestado el texto de los Hechos de los Apóstoles que hemos proclamado en esta liturgia, nos acercamos a Pedro y a los demás apóstoles y les decimos: *¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos...!*

Hoy, en la Iglesia, Pedro tiene un nombre: Francisco. Y con sus palabras, y sobre todo con sus gestos expresivos, censurados por algunos y aplaudidos por la multitud, hoy el papa nos invita a que emprendamos el camino de la conversión personal como itinerario imprescindible para hacer presente en el mundo el Evangelio *que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesucristo*.

Os invito a qué volvamos la mirada a Santa María Madre, en estos días queremos contemplarla como Señora del Rosario de Fátima y descubrir, una vez más, como ella, al igual que hace un siglo, nos está pidiendo lo mismo que Pedro: *conversión*.

Que la Madre Dios y Madre nuestra, y san Juan de Ávila, ejemplo sacerdotal que hizo de la conversión constante un proyecto de vida, sean para nosotros intercesores efectivos para que seamos auténticos testigos misioneros como el papa hoy nos pide y la Iglesia necesita.

¡Qué así sea!

**Ofrenda a San Martín presentada  
por el Coronel Jefe de la Guardia Real en su visita a Ourense**

Catedral de Ourense, 20 de mayo de 2017.

*Excmo. Cabildo de la Catedral de Ourense*

*Hermanos sacerdotes concelebrantes*

*Excmo. Sr. Alcalde de Ourense*

*Excma. Sra. Delegada de la Xunta de Galicia*

*Excmo Sr. Vicepresidente da Diputación Provincial*

*Excmo. Sr. Subdelegado de Defensa*

*Excmas. e Ilmas. Autoridades*

*Saludo con cordial afecto a todos los que formáis parte de la Guardia Real*

*A los miembros de la Asociación de “Amigos de la Catedral de Ourense”*

*Hermanos y Hermanas en el Señor*

*Ilmo. Sr. Oferente:*

Con motivo de vuestra gozosa y singular presencia en esta provincia y en esta ciudad noble y acogedora, un buen número de miembros de la Guardia Real, a través del Ilmo Sr. Oferente habéis querido hacer esta invocación y ofrenda a San Martín de Tours, nuestro Santo Patrono.

Vuestra vocación de soldados al servicio de S. M. El Rey, es una labor que realizáis sabiendo que el cuidado y protección que prestáis al primero de los españoles, se convierte en una atención desinteresada por cada uno de los ciudadanos que deseamos vivimos en libertad, en cada uno de los pueblos que componen esta antigua nación que es España.

Las autoridades y todas las buenas gentes de Ourense salen a sus calles para recibirnos y agradeceros vuestra presencia y el delicado servicio que prestáis al Jefe del Estado y a los demás miembros de la Familia Real.

Como soldados habéis querido acercaros a este antiquísimo templo, la única catedral española consagrada a la gloria de Dios por intercesión de San Martín de Tours, para homenajear a aquel que en el lejano siglo cuarto ejerció como soldado encargado, también él, de custodiar la persona del emperador.

¡No eran tiempos fáciles para aquellos que sentían en su corazón el dinamismo de la fe cristiana! Como tampoco lo son en estos momentos de nuestra historia. Bien es cierto que cuando el joven Martín desempeñaba su servicio castrense, el cristianismo se había convertido en una religión tolerada dentro del Imperio; pero a pesar de todo, el ambiente seguía siendo pagano y, muchas veces, contrario al Evangelio de Jesucristo y se resistían a su anuncio y proclamación.

*Hermanas y hermanos:*

El texto de los Hechos de los Apóstoles que acabamos de proclamar nos cuenta cómo san Pablo va pasando por distintas ciudades y les va comunicando a todas ellas las decisiones de los apóstoles de Jesús, se nos dice, también, como las diferentes comunidades *se robustecían en la fe y crecían en número de día en día*, al ser evangelizadas. La pretensión del Apóstol era predicar el nombre de Jesús en Asia pero se nos dice que *el Espíritu de Jesús no se lo consintió*. Y en aquella situación recibió la orden del Señor de predicar en Macedonia, la puerta de Europa. Fue precisamente ahí en donde comenzó la gloriosa aventura de la evangelización de lo que más tarde se llamaría Occidente.

Cuatrocientos años más tarde de aquel evento, un joven que llevaba el nombre de Martín en honor a Marte, dios pagano de la guerra, procedente de las tierras de Panonia, en la actual Hungría, se convertirá en el evangelizador del mundo de las *Galias*, lo que hoy llamamos Francia. ¿Cómo se logró esa transformación de pagano en cristiano? ¿De soldado en monje!

Martín se encontró con el signo elocuente de la cruz. Y se sintió impactado por el cristianismo que se le hizo presente no sólo en un signo, sino a través de la realidad de la cruz hecha carne en aquellos que seguían al Nazareno. Se sintió atraído por la vida y el heroísmo de tantos seguidores de Jesús, por las narraciones de las gestas de los mártires que fascinaban su corazón joven, y le hacían desear morir por aquel Crucificado-Resucitado, que se había entregado por amor en los brazos redentores de una cruz. En las carnes de algunos de aquellos testigos, todavía vivos, se podían contemplar las señales elocuentes de su fidelidad al Resucitado; habían resistido a las vejaciones y torturas sufridas por el nombre de Jesucristo. Desde entonces, el signo de la cruz adquirió para Martín un sentido totalmente distinto, ya no era un patíbulo, ni un instrumento de tortura, se convirtió en un signo de gloria. En un signo de amor, y así es percibido por tantos de nuestros conciudadanos sean o no cristianos.

El texto del Evangelio de san Juan nos ha ofrecido unos fragmentos de una predicación de Jesús: *Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros, porque no es el siervo más que su amo (Jn 15, 18-21)* El encuentro con la cruz será para Martín una manifestación elocuente de la verdad del cristianismo. *Y la verdad no miente*. Pensaba que una religión en la que Aquel que se entregó por amor a todos los hombres, y que murió perdonándoles: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*, la religión de Aquel crucificado que acogía en el momento supremo del martirio a un condenado diciéndole, misericordiosamente: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso (...)*, una religión que vivía el misterio de la cruz de este modo, necesariamente tenía que ser más auténtica que aquellas otras que se contentaba con quemar incienso o sacrificar animales ante las mudas imágenes de los ídolos fabricadas por las manos de los artistas. Por si esto fuera poco, también había descubierto en el grupo de los cristianos una manera de actuar que

fue ganando para la causa de Cristo el corazón de aquel joven: era el hecho de constatar el cariño con el que se trataban los cristianos entre sí y la manera que tenían de compartir todos los bienes que poseían *¡Mirad cómo se aman!* Escuchaba. Era el comentario lleno de admiración que aquel comportamiento suscitaba en medio de aquella sociedad pagana y pagada de sí misma.

Martín ya que no podía ser mártir, porque los tiempos habían cambiado, siente que comienza a crecer en su vida la admiración por aquellos que se dejaban ganar el corazón por el Evangelio de Jesucristo y que dejándolo todo: padre, madre, hermanos, mujer, hijos y bienes – como afirma el Evangelio –, se alejaban de las urbes y buscando la soledad y los lugares más solitarios, se entregaban radicalmente solo a Dios, porque eran conscientes de que *¡sólo Dios basta!*. En este estilo de vida Martín descubre una nueva milicia: se hace monje. A partir de este momento esta será la auténtica vocación de San Martín: fue monje y, en contra de su voluntad el pueblo creyente le proclamó obispo de Tours, y como tal, sin dejar de ser monje, se convirtió en uno de los grandes evangelizadores del mundo conocido.

San Martín es uno de esos personajes de la historia del cristianismo que sigue atrayéndonos con la fuerza y la noble riqueza de su vida. Es normal pues, que vosotros, hombre y mujeres que formáis parte de este grupo selecto de soldados que prestáis un servicio tan singular, hayáis querido acercaros a esta *casa del Señor San Martín* para ofrecerle vuestro homenaje y suplicarle su patrocinio sobre vosotros y sobre los vuestros.

Hacemos nuestros los deseos expresados por el Ilmo. Sr. Oferente y suplicamos que Santa María Madre y San Martín os bendigan y protejan a cada uno de vosotros y a vuestras familias. Que aparten de nuestra Patria cualquier signo de violencia y de división. Que nos ayuden a ser generosos compartiendo lo que tenemos con los necesitados y que sepamos abrirnos a los que buscan entre nosotros un lugar para vivir y un trabajo digno. Hoy más que nunca, necesitamos volver la mirada al cielo y suplicar a San Martín que *todos los españoles podamos vivir en verdad y libertad, en justicia y paz, en unidad y concordia* tal como lo suplicaba en su invocación el Ilmo. Sr. Oferente. Sé que en vuestros corazones también hay una súplica pidiendo a San Martín que proteja a S. M. el Rey para que en estos momentos singulares de la historia patria y del mundo, todos sepamos descubrir y valorar *aquello que es esencial* y que nos une, evitando todo tipo de caminos y experiencias que puedan convertirse en aventuras de muy difícil retorno.

Que San Martín os guíe y proteja, os bendiga y os guarde a vosotros y a todos los vuestros, y que os acompañe en vuestro servicio ahora y siempre.

¡Qué así sea!

## Eucaristía celebrada con motivo del Bicentenario Marista (1817-1917)

Colegio de los Hermanos Maristas de Ourense. 28 de mayo de 2017.

*Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.*

*Quisiera saludar cordialmente a la Comunidad de los Hermanos Maristas que hoy, de manera especial, hacéis presente en esta ciudad el carisma de san Marcelino Champagnat.*

*Saludo con especial reconocimiento al Equipo Directivo de este Colegio y les agradezco que me hayáis invitado a dar gracias a Dios con vosotros por esta hermosa efeméride.*

*Al claustro de profesores y a la Asociación de Padres de Alumnos.*

*A los alumnos de este centro que sois el alma, el corazón y el objetivo fundamental de este carisma educativo y cristiano, ya bicentenario, que se quiere hacer vida en cada uno de vosotros. A los exalumnos y amigos del Colegio*

*A todos vosotros hermanas y hermanos. ¡Queridos amigos todos!*

Hace hoy 228 años, precisamente el día de la Ascensión de 1789, el noveno hijo del matrimonio formado por Juan Bautista Champagnat y su esposa María Teresa Chirat, era llevado a la iglesia parroquial de Rosey - archidiócesis de Lyon- para recibir el sacramento del bautismo. Se le impondrían los nombres de Marcelino José Benito. ¡No eran tiempos fáciles! Era la época de la Revolución Francesa que suponía un cambio radical a aquel Antiguo Régimen agotado y enfermo que necesitaba una fuerte transformación, aunque no de forma tan violenta y dramática. Juan Bautista Champagnat, cabeza de aquella familia numerosa, hombre abierto, acogedor, comprensivo y con un gran espíritu de iniciativa, supo captar el pulso de aquellos acontecimientos históricos y no se mantuvo al margen sino que se atrevió a participar en primera línea del compromiso social. Poseía, para aquellos tiempos, un elevado nivel de instrucción. En el archivo de san Marcelino se conservan algunas de sus cartas en donde se nos manifiesta que su escritura es impecable, propia de una persona cultivada en aquel momento en el que tan sólo un pequeño segmento de la población sabía leer y escribir; por otra parte, también poseía una gran facilidad para hablar en público, así como una buena capacidad de gestión y dirección. Aquel agricultor llegó a ejercer diversas funciones administrativas y cargos como juez de paz, llegando a obtener el primer lugar en la votación como delegado de sus convecinos. Sabemos que todo este compromiso social tenía unas graves implicaciones en el ámbito de las libertades, y de manera especial en la vivencia de la vida religiosa, sobre todo católica. Pero fue su fe la que le llevó a ese compromiso sabiendo que un buen cristiano siempre tiene que ser un buen ciudadano.

Hoy, como entonces, el Evangelio, como Palabra de Vida, sigue proclamán-

dose en nuestro mundo y, en esta ocasión hemos escuchado esa escena que está cargada de tanta fuerza programática para todos nosotros:

*Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando el cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo volverá como lo habéis visto marcharse al cielo* (Hch 1, 1-11).

¡Qué bien refleja lo que es y debe ser el cristianismo! Algunos, llamados *filósofos de la sospecha* han afirmado que el cristianismo es una grave alienación porque lo que pretende es que sus seguidores vuelvan su mirada a los cielos, se crucen de brazos, y esperen a que desde arriba se le solucionen todos sus problemas. Nada más ajeno a la realidad de la fe católica. Esa es una caricatura del mensaje de Jesús. Esa afirmación todavía es repetida hasta la saciedad, de tal modo que a fuerza de repetirla parece que quieren convencernos de que en realidad es así; sin embargo, los mismos hechos la contradicen, y el ejemplo más claro lo encontramos en la actitud existencial de los mejores hijos de la Iglesia que son los santos, y de manera especial hoy, y en este lugar, hacemos memoria viva de uno de ellos que doscientos años después su recuerdo se hace vivo y su experiencia sigue transformando nuestro quehacer cotidiano.

San Marcelino Champagnat tiene una apasionante biografía que no es este el lugar ni el momento para referirnos a ella y, en su breve existencia, - murió con solo cincuenta y un años -, desarrolló una actividad humana, sacerdotal, educativa y, además, fue fiel al carisma que Dios le concedió para convertirse en fundador de los Hermanos Maristas, aquel día 2 de enero de 1817. De aquel hecho, acaecido hace doscientos años, hacemos memoria viva y es el motivo que nos convoca en este lugar para dar gracias a Dios.

Pudiéramos afirmar que en la vida de Marcelino Champagnat son varios los momentos de su biografía que marcan el dinamismo de su trayectoria religiosa y educativa, que en el caso de nuestro santo son como las dos caras de la misma realidad. Por una parte, y aunque parezca contradictorio decirlo aquí, *su experiencia pedagógica negativa*; es decir, su primer día de escuela fue para él el último. Desde aquel momento creció en su alma una lucha con todas sus fuerzas por desterrar del método educativo todo signo de agresividad y violencia; y así se lo enseñó a los Hermanos Maristas, anticipándose así en muchos años a lo que hoy está perfectamente asumido en nuestro sistema educativo occidental; sin embargo, en la época de san Marcelino era algo subversivo. ¡Así funcionan los santos!

Otro de los momentos importantes de su vida es la visita que un sacerdote de la Diócesis de Lyon, de forma inesperada realizo a su parroquia, cuando él tan solo tenía 14 años. Aquel sacerdote, con mandato del Arzobispo, siendo consciente de las necesidades pastorales de su extensa Diócesis y de lo mal atendida que estaba, sobre todo después de la Revolución Francesa, iba recorriendo villas y aldeas buscando vocaciones para el Seminario. Aquella fue la hora de Marcelino

Champagnat. Si no hubiera tenido lugar este encuentro, seguro que terminaría sus días siendo un buen campesino, honrado y piadoso, seguro con una familia con muchos hijos - como era la costumbre de la época - y cuyo horizonte quedaría circunscrito a aquel pequeño lugar. Si esto hubiera sido así, vosotros y yo no estaríamos celebrando este acontecimiento de gracia.

El tercer elemento que impactó fuertemente en su vida fue, una vez ordenado sacerdote, en el año 1816, y en su primer destino pastoral, vive la dolorosa experiencia que está causando la ignorancia de todo tipo, en especial la religiosa. Sufre en carne propia la muerte un joven, en aquel 28 de octubre de 1816, al que él fue atender después de hacer un recorrido de varios kilómetros y, dándose cuenta de que lo ignoraba todo, cuando vuelve otra vez para darle la formación más rudimentaria, se encuentra con que aquel joven había muerto. Su intención era dedicarle tiempo para formarle, pero no había llegado a tiempo. Es precisamente en ese momento cuando surge en su corazón la necesidad de buscar hermanos que le ayuden porque él solo no puede abarcarlo todo. Aparecen los primeros *Hermanitos de María*. San Marcelino utiliza este diminutivo cariñoso porque busca en los Hermanos una identificación con María, recordándoles: *Haced lo que Él os diga*. Sencillez, humildad, servicio, alegría y fraternidad entre los Hermanos. En el entorno de Champagnat comienza a percibirse la intuición propia de las gentes sencillas: es un sacerdote santo y Dios está con él.

Siente que llega el momento supremo de su vida, su tránsito a la eternidad. Deja arreglados todos los asuntos temporales, para lo cual acude a un notario, ya que las propiedades de la congregación figuraban a su nombre. En su testamento, cargado de una fina espiritualidad y de una caridad cercana, les dice a los Hermanos: *¡Ojalá se pueda afirmar de los Hermanitos de María lo que se decía de los primeros cristianos: Mirad cómo se aman... Es el deseo más vivo de mi corazón en estos últimos instantes de mi vida. Sí, queridos Hermanos míos, escuchad las últimas palabras de vuestro Padre, que son las de nuestro amadísimo Salvador: Amaos unos a otros; y una tierna y filial devoción a nuestra buena Madre os anime en todo tiempo y circunstancia. Hacedla amar por doquiera cuanto os sea posible*. La devoción a Jesús, María y José, esta especie de *trinidad de la tierra*, desde entonces estarán presente en el centro de su corazón y de su plegaria. Curiosamente, el sábado, 6 de junio de 1840, vigilia de Pentecostés, poco antes del amanecer, fallece a la edad de 51 años. Dentro de unos días viviremos el aniversario de este gozoso acontecimiento.

Amigos míos: Hay modelos y estilos de vida que no pasan. Cambian las circunstancias, pero no aquello que es *lo esencial*, como lo denomina el papa Francisco. Y lo esencial es ayudar a nuestros niños y jóvenes, no solo a que sean expertos en todos los conocimientos, que eso es bueno e imprescindible, sino que necesitamos convertirnos para ellos en esa luz que les encamine a la auténtica

Luz liberadora que es Jesucristo y que sólo él podrá hacer de ellos auténticos hombres y mujeres del futuro, que se conviertan en esa atalaya del mañana que irradian luz, comprensión, valores humano y eternos; esos que solo se consiguen si se buscan *lo esencial*; y lo esencial, tanto para Champagnat como hoy para el papa Francisco, y para cada uno de nosotros los cristianos, es el conocimiento de la persona y de la vida de Jesucristo. He ahí la clave de esa luz en medio de esta emergencia educativa que estamos viviendo y sufriendo. Si logramos transmitirle esa Luz de Cristo a todos los niños y jóvenes que pasan por nuestras clases, además de los conocimientos curriculares establecidos, entonces lograremos dar vida al proyecto educativo de Champagnat.

En este día de fiesta, en el que recordáis aquel sueño de Marcelino Champagnat que se iniciaba en aquella sencillísima casa de La Vallé, una Casa de luz, debe convertirse para vosotros en eso que sintetizáis, bellamente, con vuestro lema: **200 y + Vive el sueño**. Ese más se refiere a cada uno de los que hoy dais vida al espíritu de Champagnat aquí y ahora. Y lo hacéis en y desde Ourense.

En esta fiesta de la Ascensión del Señor, en la que también celebramos la Jornada de los Medios de Comunicación Social, el papa Francisco nos anima a *Comunicar esperanza y confianza en nuestros tiempos...* porque *No temáis, que yo estoy contigo* (Is 43, 5). Este *leiv motiv* de la profecía de Isaías va en sintonía con el texto del Evangelio que acabamos de proclamar en esta liturgia: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos* (Mt 28,16-20).

Eso deseamos para esta Comunidad educativa y eso pedimos para todos los que estamos aquí reunidos y nos sentimos una Iglesia que quiere caminar juntos, es decir, sinodalmente, en el servicio de aquel que es Luz del mundo: Nuestro Señor Jesucristo.

¡Qué así sea!

## Ordenación Presbiteral del Hno. Alfonso Lora, Superior del Monasterio de Oseira

Iglesia del Monasterio de Santa María la Real de Oseira. 2 de junio de 2017.

*Saludo con cordial y fraternal afecto al Muy Rvdmo. Padre Prior de la Abadía de San Isidro de Dueñas de la que es filial este Monasterio de Santa María la Real de Oseira; al Rvdmo. Padre Abad de San Pedro de Cardeña; a los Padres Priors de Sobrado de los Monjes y de Samos; a las Rvdma. Madre Priora de Santa María de Armenteira.*

*A los Hermanos sacerdotes concelebrantes.*

*A los miembros de los Institutos de la Vida Consagrada y de las Asociaciones de Vida Apostólica; a los de los Institutos Seculares.*

*A los Grupos, Asociaciones y Movimientos Apostólicos.*

*Con afecto agradecido, saludo al Sr. Alcalde de Cea y a los demás miembros de la Corporación municipal; a las Ilustrísimas autoridades aquí presentes.*

*A la Comunidad de monjes de Oseira.*

*A los familiares y amigos del Hno. Alfonso. Hermanas y Hermanos míos en el Señor.*

*Mis queridos amigos todos.*

Nos reunimos en este templo hermoso y cargado de historia, en esta tarde del mes de junio, y lo hacemos en el ante-víspera de la Solemnidad de Pentecostés. Quisiéramos apurar con intensidad las fiestas pascales que llegan a su fin. Lo hacemos, además, bajo la mirada maternal de Santa María la Real que, desde épocas multiseculares, acompañó la vida de los miembros de esta Abadía tan querida, tanto del pasado como del presente, así como la de las gentes de esta comarca.

¡Hoy es un día de fiesta! Y lo es no solo para ti, Hno. Alfonso, y para esta Comunidad, sino que es un día de gozo para esta Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense porque hoy vamos a contar con el ministerio de un nuevo sacerdote.

La liturgia de la Palabra este día de la VII Semana de la Pascua del Señor, nos ofrecen un testimonio de todo lo que acontecía en aquella comunidad de los orígenes: están viviendo una serie de represalias porque afirmaban que Jesús, el que había muerto, estaba resucitado. Esta verdad sigue siendo clave en la vida de la humanidad y en nuestra existencia, porque *si Cristo no resucitó vana es nuestra fe* y absurdo es todo lo que estamos haciendo. En una sociedad como la nuestra, con tantos valores y tantos signos positivos de esperanza, sin embargo, corremos el riesgo, los que nos llamamos cristianos, a sucumbir ante las modas agresivas del secularismo, de ese fuerte pragmatismo economicista y de la indiferencia a todo lo religioso, de manera especial, a todo lo católico, sobre todo en nuestro país. Celebraciones como la de hoy deben ser como un destello electrificante dentro de nuestro mundo: ***un hombre que se hace monje, un monje que es ordenado presbítero.***

Mi querido Hermano Alfonso, sé muy bien que lo sustantivo en tu vida cris-

tiana es ser sobre todo: monje. De ahí arranca todo el dinamismo de tu vida consagrada *en y para* la Iglesia. La ordenación, tanto diaconal como presbiteral, la recibes porque para vivir con mayor plenitud tu carisma monástico has acogido, voluntariamente, recibir el ministerio ordenado. Sabes, mejor que nadie, que ese ministerio es para servir. Soy consciente de que tal vez esto no se necesitaría decir en este lugar y en esta ocasión, resulta evidente; sin embargo, es bueno que se nos recuerde que el ministerio ordenado no es para nosotros, ni es un premio a nuestros méritos – como si fuese el caso, por ejemplo, de un buen estudiante de filosofía, teología y pastoral al cual el Obispo le premia ordenándole sacerdote - , nada de eso es verdad. Nadie de los que estamos aquí somos merecedores de este don. En realidad el ministerio sacerdotal es un regalo que el Señor, por el Espíritu Santo, concede como un don especialísimo a la Iglesia, y ella lo distribuye entre sus hijos en la medida de sus necesidades.

Sabéis muy bien que en la antigua tradición de los Padres de la Iglesia nos encontramos con ejemplos elocuentes de cómo alguno de aquellos hombres insig-nes por su ciencia, virtud y santidad huían, cuando percibían que se les acercaban los fieles porque querían ordenarles sacerdotes, y todavía más, si les buscaban para ser obispos. Aceptaban por espíritu de obediencia y de servicio a la iglesia, un servicio que, en ocasiones, terminaba con el testimonio radical de toda su existencia: con el martirio.

Dios, Padre de misericordia, en su providencia llena de ternura, llama a algunos cristianos desde determinados contextos humanos, sociales y eclesiales para hacerlos ministros, es decir, servidores del Evangelio de Cristo. Estos condicionamientos, a los que debemos prestar atención, no cambian la fisonomía esencial del ser del sacerdote. Cambian las circunstancias, el entorno, las formas externas, sin embargo, el presbítero del tercer milenio será, necesariamente, el continuador de los presbíteros que, en los milenios precedentes, han animado y revitalizado la vida de la Iglesia. Si es necesario conjugar la verdad permanente del ministerio presbiteral con las instancias, necesidades y características de nuestro hoy, esto no quiere decir que haya que vaciar de contenido el ministerio ordenado vivido por la Iglesia a lo largo de los siglos y atestiguado por la vida de los santos pastores, cuya memoria de santidad está presente en nuestro recuerdo.

La identidad del sacerdote, como la de todo cristiano, tiene su fuente en el Misterio de la Santísima Trinidad que se hace presencia en la historia de la humanidad a través del rostro de Cristo - rostro visibles del Dios invisible -; de ahí que sea en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, de donde arranca la auténtica identidad de un cristiano y, por consiguiente, también la de un presbítero.

Cuando hago esta afirmación me gusta contar una anécdota que me aconteció con motivo de la predicación de una Primera Misa. No sé lo que habré dicho en

aquella ocasión, no guardo los escritos, como tengo que hacer ahora desde que soy obispo; de lo que sí me acuerdo es que en mi predicación afirmé que lo que la Iglesia le pide a un sacerdote es *que sea un buen cristiano*. Al terminar la Misa uno de los sacerdotes presentes me corrigió por haber hecho esa afirmación; que no era mía, sino de uno de los padres sinodales que intervino en el sínodo sobre el sacerdocio que tuvo como fruto la Exhortación apostólica *Pastores dabó vobis*. Que sí, hermanos míos, que sí, vuelvo a repetirlo ¡y lo repetiré! Lo que la Iglesia le pide a un sacerdote es que sea un buen cristiano. O entendemos las cosas así, o, de lo contrario seguiremos pensando que ser sacerdote es un funcionario de lo sagrado que va subiendo en el escalafón, o que supone una mayor importancia que la que posee otra vocación en la Iglesia y, si pensamos así, esto significa que situamos el ministerio ordenado, en una clave de privilegio, de prebendas y de dignidad, y no en aquella que le corresponde: *la del servicio*.

Nos ordenan, no para servirnos del ministerio, o para que aumente nuestra cuenta corriente, o quizás para que todos giren en torno a nosotros mismos convirtiéndonos así en punto autorreferencial de toda la actividad eclesial- como afirma el papa Francisco -; que no, hermanos míos, que este no es el camino.

El presbítero, *en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden*<sup>3</sup> es enviado por Dios Padre, por medio de Jesucristo, con el cual debe configurar toda su vida para actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y para la salvación del mundo; antes decíamos, *para la salvación de las almas*. Son dos formas diferentes para hablar de la misma realidad. Esto quiere decir que el ministerio ordenado nace de la profundidad del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, de ahí que el sacerdote está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos hacia Cristo. De esta realidad brota el misterio de la comunión eclesial y presbiteral.

Hermanas y hermanos: qué importante y necesaria es la comunión eclesial y, de manera especial, la comunión entre los sacerdotes vivida dentro de esa gran familia que es el Presbiterio Diocesano a cuya cabeza está el Obispo como sucesor de los Apóstoles. Por eso, si esto es así, qué pena y qué dolor nos causa contemplar la vida de esos sacerdotes que durante el Seminario o el Noviciado eran y se comportaban de forma excelente y, una vez ordenados se convierten en mundos aparte que rompen con las raíces de su vocación, dejan de participar en los encuentros y retiros, no siguen las programaciones pastorales, acosan a los fieles con estipendios abusivos y, lo que es muy doloroso, terminan convirtiéndose en una especie de francotiradores eclesiásticos que a través del anonimato de las nuevas tecnologías, *lanzan la piedra y esconden la mano*. Son los que viven en la Iglesia, a la espera de que muera este papa y venga otro que les guste más; o están a la

---

3 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores dabó vobis*, nº 1

expectativa de que se retire o trasladen a su obispo con el que – dicen - ya no se puede trabajar. Esos sacerdotes son una triste caricatura de la Iglesia que causan mucho dolor y confusión al pueblo fiel y sencillo que busca en los sacerdotes, sobre todo, que sean ministros y servidores de los misterios de Dios y de los hombres, y que aman a la Iglesia.

¡Amar a la Iglesia como ella quiere ser amada! Ese amor se traduce en otras dos palabras imprescindibles en el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal: **servicio y disponibilidad**.

Mí querido Alfonso: en la perícopa evangélica de este día, la liturgia nos ofrece un texto que hemos meditado muchas veces. En él se nos hace la pregunta fundamental en la vida de un cristiano, de un monje, y mucho más en la de un sacerdote. Es una pregunta reiterativa: *¿Me amas... me amas más que estos?*

Y la respuesta nos la da Pedro: “*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero*” (Jn 21, 15-19).

Hermanas y hermanos míos. Mis queridos monjes, religiosos, religiosas, novicios, seminaristas. Mis queridos hermanos en el sacerdocio. La clave de nuestra vida cristiana y sacerdotal está en la respuesta que cada uno es capaz de darle al Señor que nos pregunta ¿me amas?. En definitiva, el ministerio sacerdotal y su ejercicio es cuestión de amor. En cierta ocasión le decía a unos jóvenes sacerdotes que el presbítero debe ser un aristócrata del amor ¡se rieron! Y me dieron pena, porque toda vocación cristiana, y mucho más la sacerdotal depende de la respuesta que le demos a esta pregunta que el Señor Resucitado nos hace a cada uno en la persona de Pedro ¿me amas más que estos? *¡Apacienta mis corderos... pastorea mis ovejas... apacienta mis ovejas!* ¿Queremos una Iglesia en salida, servidora y atenta a las necesidades de nuestra gente? ¿Queremos una auténtica conversión pastoral y poner los medios adecuados para lograr una iglesia misionera? ¿Queremos que nuestros niños y jóvenes respondan a la llamada de Jesús? ¿Queremos vivir nuestra vocación con plenitud y como un camino de felicidad?

La respuesta a estas preguntas y a otras muchas que nos hace el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, sólo la encontraremos si somos capaces de plantear nuestra vocación desde la clave del amor a Dios, a la Iglesia y a los hermanos, sobre todo a los más necesitados, porque es en ellos en donde reverbera de una manera más radical el rostro del Crucificado.

Para terminar, os invito a que volvamos la mirada del corazón a Nuestra Señora, a Santa María la Real, para que en medio de las muchas dificultades con las que nos podamos encontrar en el camino de la vida, aprendamos de Ella a hacer realidad lo que Él nos dice; y no nos olvidemos, que ese Él es nuestro Señor Jesucristo, que nos habla a través de la Iglesia, y del *nuevo Pedro*: “*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero*”.

¡Qué así sea!

## Eucaristía con los Voluntarios de Cáritas de Galicia

Catedral de Ourense, 3 de junio de 2017.

*Hermanas y hermanos míos en el Señor:*

En nombre del Cabildo Catedralicio y del mío propio os doy la bienvenida a esta Catedral-Basílica, la “*casa del Señor San Martín*”, la única consagrada a este santo de la caridad y de la misericordia propuesto como tal, tanto por el papa Benedicto XVI, como por Francisco. Os recibimos con todo el corazón y hemos abierto para vosotros las puertas del Pórtico del Paraíso para simbolizar la calidez de la acogida de este pueblo, de sus gentes y, por supuesto de su Obispo y de su Presbiterio aquí representado.

He pedido que hoy se proclamase el Evangelio de la Misa de ayer, Viernes de la VII Semana de Pascua, de Jn 21, 15-19. La escena es pospascual. En ella se nos hace la pregunta fundamental en la vida de un cristiano, sea cual sea nuestras circunstancias vitales y nuestro estado existencial. Es una pregunta reiterativa:

*¿Me amas... me amas más que estos?*

Y la respuesta nos la da Pedro: “*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero*” (Jn 21, 15-19).

La clave de nuestra vida cristiana está en la respuesta que cada uno es capaz de darle al Señor que nos pregunta *¿me amas?*. En definitiva, todo nuestro ser y actuar cristiano se reduce a una **cuestión de amor**. En cierta ocasión le decía a unos jóvenes sacerdotes, en el marco de unos Ejercicios Espirituales – no eran de aquí, en donde no he predicado nunca los Ejercicios a los miembros de este Presbiterio -; les decía que el cristiano debe ser *un aristócrata del amor*; al hacer esta afirmación un tanto cursi, ¡se rieron! ¡Y me dieron pena!, porque la autenticidad de toda vocación cristiana depende de la respuesta que le demos a esta pregunta que el Señor Resucitado nos hace a cada uno en la persona de Pedro *¿me amas más que estos?* ¡Sí! Pues *¡Apacienta mis corderos... pastorea mis ovejas... apacienta mis ovejas!*

¿Queremos una Iglesia en salida, servidora y atenta a las necesidades de nuestra gente? ¿Queremos una auténtica conversión pastoral y poner los medios adecuados para lograr una iglesia misionera? ¿Queremos que nuestros niños y jóvenes respondan a la llamada de Jesús? ¿Queremos vivir nuestra vocación con plenitud y como un camino de felicidad? La respuesta a estas preguntas y a otras muchas que nos hace el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, sólo la encontraremos si somos capaces de plantear nuestra vocación desde la clave del amor a Dios, a la Iglesia y a los hermanos, sobre todo a los más necesitados, porque es en ellos en donde reverbera de una manera más radical el rostro del Crucificado.

Hermanos y hermanas: Todos sabemos que la naturaleza íntima del misterio de la Iglesia, desde sus mismos orígenes, se expresa en una triple tarea, y no se

puede vivir la una sin la otra ¡es imposible! Este trípode divino sostiene la estructura de nuestra vida eclesial:

- El anuncio de la Palabra de Dios: lo que se llama en terminología más técnica: *Kerigma-Martiría*.
- La celebración de la Fe: *leiturgia*.
- Y el servicio de la caridad. *Diakonía*.

Las tres realidades se implican mutuamente y no se pueden separar una de las otras. Algunos siguen pensando que el ejercicio del ministerio de la caridad es una especie de actividad social, asistencial o solidaria que podría dejarse para que lo hiciesen otros. Que no, mis queridos amigos: la *diakonía* es un ministerio; es decir, es un servicio que pertenece a la estructura y a la naturaleza íntima de la Iglesia. Si renunciásemos a esta dimensión, estaríamos mutilando el misterio y la comunión de la Iglesia, porque el ejercicio del ministerio de la caridad es una manifestación irrenunciable de la *esencia misma de la Iglesia*<sup>1</sup>.

Recordad cómo el papa Benedicto afirmaba que *la caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia*<sup>2</sup> y el papa Francisco, en esta misma línea, nos dice que *la misericordia es la viga maestra de la Iglesia*; es más nos dice que es el **acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro**. La Misericordia es la *ley fundamental* que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. La Misericordia es *la vía que une a Dios y al hombre*, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados sin tener en cuenta el límite de nuestro pecado.<sup>3</sup> Tantos maestros del espíritu, y tantos hombres y mujeres de bien en la Iglesia se cuestionaron a lo largo de la historia, con buena intención *¿qué es primero: Dios o el hermano?* La respuesta hoy se nos ofrece con claridad: la Misericordia. ¡Eso es lo primero!

Vosotros sois el alma de una Iglesia que quiere ser misericordiosa. Os ruego que no os dejéis atrapar por esos falsos mensajes que son tan frecuentes e insidiosos y que tienen tanta fuerza en una sociedad globalizada como la nuestra, no os olvidéis que si es cierto que la sociedad globalizada *nos hace más cercanos*, sin embargo, *no nos hace más hermanos*<sup>4</sup>. El espejismo de la globalización hace caer a nuestros dirigentes en una miopía tan grande que les impide ver la realidad que nos rodea. Grandes proyectos, muchas veces fantásticos, obras faraónicas que no tienen sentido en una tierra en donde tenemos, anualmente, una sangrante pérdida de población por falta de nacimientos y por la marcha de la gente joven a otros lugares a la búsqueda de trabajos dignos y estables; en todos esos proyectos, que a veces no se llegan a realizar, se entierran millones de euros, mientras nuestros pueblos se

1 Cf. Congregación para los Obispos, Directorio *Apostolorum successores* (22-2-2004), nº 194.

2 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, nº2

3 FRANCISCO, Bula *Misericordia Vultus*, nº 2.

4 BENEDICTO XVI; Carta encíclica *Cáritas in Veritate*, nº19.

vacían, nuestros campos quedan en un barbecho permanente por falta de una política adecuada y arriesgada que apueste por la recuperación y la rentabilidad del mundo rural, de la riqueza encerrada en nuestras tierras y de nuestras gentes. Es necesario apostar por la recuperación del mundo rural, de favorecer la creación de pequeñas empresas familiares o comunitarias, dentro del marco de lo que el papa Francisco habla de *economía de comunión*, con el fin de evitar esa sangría paulatina pero real que afecta, sobre todo a nuestros pueblos y aldeas, y por consiguiente a nuestras gentes, en especial, a lo que es más doloroso: nuestros jóvenes.

Sé que en Caritas os habéis esforzado y seguís haciéndolo por responder a las necesidades inmediatas, pero vuestra acción de Iglesia va más allá de la simple limosna, o del crédito en el supermercado para que los que estén pasando necesidad adquieran los alimentos necesarios. Algunas entidades desearían que os quedaseis en el interior de los templos o en los aledaños de las sacristías haciendo caridades; sin embargo, siguiendo con fidelidad la *Doctrina Social de la Iglesia* que está construida sobre el fundamento del Evangelio y las doctrinas transmitidas por los Apóstoles a los Padres de la Iglesia, acogida y profundizada, posteriormente, por los grandes doctores de la misma, - siguiendo esa Doctrina inspiradora y claramente revolucionaria – os sentís inspirados para vivir *una caridad en salida* a las periferias de nuestros barrios y, os lo ruego, pensad en el mundo rural. Es ese un ámbito descuidado o abandonado por casi todos, sin embargo encierra en sí mucha riqueza humana, artística, etnográfica y, también, económica; sobre todo si se es capaz de apostar por esas estructuras económicas de explotación familiar o de pequeñas comunidades. Es necesario *poner un oído en el pueblo*<sup>5</sup>, como nos recuerda el papa Francisco y así sabremos descubrir esa realidad que tenemos que iluminar con la luz del Evangelio que transforma el corazón y el mundo entero cuando es anunciado y recibido.

Estamos celebrando esta Eucaristía en las vísperas de la fiesta de Pentecostés. Que el Espíritu Santo nos conceda el don de *Sabiduría* y *Fortaleza* para seguir manteniéndoos en la vanguardia de la Iglesia.

Os encomiendo a Santa María, la Virgen del Consuelo, advocación que veneramos en esta Catedral cuya imagen se encuentra en el Pórtico del Paraíso, para que Ella os ayude a ser no solo hombres y mujeres que hacéis *caridades*, ¡y esto es bueno! Pero no es suficiente. Que Ella os ayude a ser esos testigos misioneros que *colocando vuestro oído* en las necesidades de nuestros pueblos y de sus gentes sepáis hacer presente de una forma existencial, operativa y viva el espíritu genuino de las Obras de Misericordia que es el auténtico programa de vida que nos pide Jesús que llevemos adelante, mientras seamos peregrinos hacia esos cielos nuevos y hacia esa tierra nueva.

¡Qué así sea!

---

5 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nº 154.

## Saludo a los participantes en las XXXIX Jornadas de Pastoral de la Salud “Pastoral de la salud y ecología integral”

Seminario Mayor de Ourense, 6-7 de mayo de 2017

*Saludo con cordial y fraternal afecto a Mons. Fernández González, mi querido amigo D. Jesús, Obispo Auxiliar de Santiago de Compostela, que hasta hace muy poco fue el Obispo responsable del Departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal. Gracias por poder contar con su presencia en estas Jornadas. Igualmente, quisiera manifestar mi afecto agradecido a D. Jesús Martínez Carracedo, Director del Departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal, hijo de estas tierras gallegas, sacerdote de la Iglesia hermana de Tui-Vigo.*

*A los Sres. Delegados Episcopales de Pastoral de la Salud de las Diócesis gallegas. A los miembros de la Hospitalidad de Lourdes*

*Al Rvdo. Sr. D. Manuel Sierra, Delegado Episcopal de Pastoral de la Salud de esta Diócesis y a sus colaboradores más cercanos, deseo expresarles mi más sincero agradecimiento por el trabajo realizado para llevar adelante estas jornadas: capellanes, médicos, voluntarios. A D. Eduardo, capellán y párroco de Santa Mariña de Auguasantas, y a su grupo de teatro de San Vitorio.*

*Al Ilmo. Sr. D. Francisco Pernas de Dios, Vicario para la Pastoral de esta Diócesis que ha coordinado los trabajos llevados a cabo en la organización de estas jornadas.*

*A todos Vds. profesionales del ámbito de la salud, sacerdotes, miembros de la vida consagrada, grupos parroquiales, a todos, queridos amigos, os doy la bienvenida en mi nombre y en el de toda esta Iglesia particular que desde hace muchos siglos, casi desde los albores del cristianismo en las tierras de Galicia, peregrina en la fe en medio de luces y sombras, por las tierras de Ourense. Una Iglesia que os recibe con un corazón abierto y cálido como el de sus aguas termales para que os sintáis como en casa propia y podáis gozar de la belleza de sus monumentos, pero sobre todo de sus gentes que son acogedoras y de corazón cálido como el de sus burgas.*

*Queridos amigos y amigas:*

La atención de los enfermos y la actividad taumatúrgica desarrollada por el Señor Jesús, tal como nos lo atestiguan los Evangelios, son momentos importantes de la acción evangelizadora del Resucitado y, al mismo tiempo, signos visibles de la presencia del Reino de Dios en medio del pueblo; por ello, fiel al mandato de su Señor, y siguiendo su ejemplo, la Iglesia desde sus mismos comienzos acogió y se preocupó de los enfermos y necesitados de tal modo que fue construyendo instituciones en donde se pudieran atender humanamente a los aquejados por cualquier tipo de dolencia, tanto física como psíquica, prueba de ella son las casas dedicadas a la caridad que muy pronto fueron construyendo los obispos muy cerca de sus iglesias catedrales o de sus propios *episcopios* o palacios episcopales,

así como los hospitales a la vera de los caminos más transitados, -entre ellos el Camino de Santiago en todas sus ramificaciones - los lazaretos extramuros de las ciudades; además de todo esto, el genio creativo de la caridad ha hecho surgir congregaciones religiosas cuya finalidad era acoger y acompañar a los enfermos.

Este hecho lo manifestó con su fuerza característica san Juan Pablo II, el 11 de febrero 1985, en el séptimo año de su pontificado, al afirmar que: *En el correr de los siglos, la Iglesia ha sido muy sensible al ministerio para con los enfermos y los que sufren, como parte integrante de su misión, y no sólo ha favorecido entre los cristianos la floración de diversas obras de misericordia, sino que ha hecho surgir de su seno muchas instituciones religiosas con la finalidad específica de promover, organizar, perfeccionar y extender la asistencia a los enfermos y a los débiles. A su vez, los misioneros, al realizar la tarea de evangelización, asociaron constantemente la predicación de la Buena Nueva con la asistencia y el cuidado a los enfermos.*

*La Iglesia, al acercarse a los hombres que sufren y al misterio del dolor, se guía por una precisa concepción de la persona humana y de su destino según los designios de Dios. Considera la medicina y los cuidados terapéuticos no sólo como algo que se refiere únicamente al bien y a la salud del cuerpo, sino que afecta a la persona como tal, a la que el mal ataca en el cuerpo. Efectivamente, la enfermedad y el dolor no son experiencias que afectan exclusivamente a la condición corporal del hombre, sino a todo el hombre en su integridad y unidad de cuerpo y alma. Por lo demás, es evidente que a veces la enfermedad, que se manifiesta en el cuerpo, tiene su origen y verdadera causa en lo más íntimo del alma humana<sup>6</sup>.*

Esto es y sigue siendo así, porque el ejercicio de la caridad se confirmó, ya desde los primeros momentos de la historia de la comunidad cristiana, como uno de los ámbitos esenciales de su actividad eclesial. La caridad en todas sus manifestaciones, junto el anuncio del Evangelio y la administración de los sacramentos fueron la expresión esencial de la vida de la Iglesia. Es más, *la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra<sup>7</sup>*. Al tener delante de nosotros mismos los testimonios vivos de las buenas obras realizadas, no sólo por nuestros contemporáneos, sino también por los mejores hijos de la Iglesia, sobre todo aquellas inspiradas en la misericordia divina, como es el caso del cuidado y atención a las personas enfermas y ancianas, así como tantas otras que independientemente de su edad están necesitadas, estas acciones se convierten en un reclamo del amor de Dios en el mundo y sirven, incluso para los que no creen, para disponerles a un encuentro con Jesús, el Crucificado-Resucitado y así dar gloria a Dios.

En una sociedad como la nuestra, sobre todo la que se sitúa en el hemisferio Norte de nuestro mundo llamado occidental, en el que nos encontramos con una

6 JUAN PABLO II, Motu proprio *Dolentium hominum*, (11 de febrero de 1985), nº 1-2.

7 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, nº 22. *Ibíd.* nº 25.

preocupación excesiva por la cultura del bienestar material, en donde un fuerte secularismo lleva a muchos de nuestros contemporáneos a caer en una profunda indiferencia ante el hecho religioso y en un relativismo creciente que nos afecta a todos, también a los creyentes, y que a menudo nos lleva a una conducta cuyos criterios de actuación no están lejos de una especie de neopaganismo; en una situación así los enfermos y aquellos que poseen alguna limitación física o psíquica, así como los ancianos se convierten en *realidades descartables*. Lo sabemos por experiencia cuando acompañamos a nuestros ancianos padres a los especialistas ¡todo queda relativizado por la edad! y, en ocasiones escuchamos *¡nos la traen dentro de seis meses!* Cuando al cabo de ese tiempo volvemos con nuestros padres notamos la sorpresa del facultativo de turno – no todos gracias a Dios – que nos pregunta con asombro *¡pero cómo, aún está aquí!*. Les aseguro que no es una construcción imaginativa de mi fantasía, sino real: Mi padre ha cumplido recientemente 89 años y mi madre 88. Eso es lo que se respira en nuestra sociedad, una falta creciente de una auténtica ecología humana. Nos enternecemos ante los animales y su sufrimiento ¡y es lógico! Los grupos ecologistas se manifiestan, y con razón, con el fin de lograr de las autoridades la promulgación de leyes protectoras de especies animales determinadas; pero ¿hacemos lo mismo con el ser humano, ya sea aquel que se encuentra en vientre materno, como aquel otro que por circunstancias de la vida se encuentra luchando con una enfermedad terminal o progresiva, que es irreversible, como lo es la ancianidad? Se nos pide convertirnos en apóstoles de una ecología integral.

Cuando el papa Francisco realiza esos gestos tan significativos con los enfermos, incluso con aquellos que pueden llegar a producir cierta repugnancia y rechazo en algunos ambientes refinados, lo hace para ayudarnos a descubrir que ellos son los preferidos de Dios, recordándonos el espíritu genuino del Evangelio: *estuve enfermo y no vinisteis a verme o bien, lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis*.

Mis queridos amigos y amigas: el camino de la Pastoral de la Salud hoy, más que nunca, se convierte en una puerta a la esperanza y, por consiguiente, en un camino hacia Dios. En medio de nuestros conciudadanos, muchos de ellos ya no solo increyentes, ni ateos, sino lo que es peor, indiferentes; en una situación así, si no somos capaces de anunciar de forma nueva el mensaje de la misericordia divina a las personas que padecen cualquier tipo de aflicción corporal o espiritual, *deberíamos de callar sobre Dios*. En cambio si queremos abrir una interrogante al misterio del Dios vivo en muchos corazones inquietos que buscan y no encuentran, como el de aquel joven pagano y pagado de sí mismo que se llamaba Agustín de Hipona, entonces es necesario que redescubramos el camino de la misericordia como la única vía posible que nos puede llevar a descubrir en el necesitado al hermano y en él, el rostro sufriente de Dios. Por eso no solo son elocuentes las palabras del

papa Francisco sino también sus gestos; por eso siguen impactándonos los gestos y las palabras de personas singulares como la Madre Teresa de Calcuta: *No busquéis hacer obras espectaculares (...) hacedlo todo lo mejor que podáis y dejad el resto en manos de Dios. Lo que importa es el regalo de nuestro yo, el grado de amor que ponemos en cada uno de nuestros actos. No os dejéis desanimar por ningún fracaso mientras lo hayáis hecho lo mejor posible (...) Cuando atendemos a los enfermos y desamparados lo que tocamos es el cuerpo sufriente de Cristo, y ese contacto nos hace heroicos; nos hace olvidar la repugnancia y nuestras tendencias naturales (...) Necesitamos los ojos de la fe para ver a Cristo (...) Necesitamos las manos de Cristo para tocar esos cuerpos heridos por el dolor y el sufrimiento. El amor intenso no calcula, sólo da*<sup>8</sup>

Un amor así es digno de crédito y es más fuerte que la muerte, y siempre se convierte en una puerta que se abre al Creador.

Felicito a los organizadores porque en estas Jornadas, las vigésimo novenas, el título propuesto para iluminar vuestras reflexiones es más amplio y ambicioso: **Pastoral de la salud y ecología integral**. Estoy por asegurar que ha sido el pensamiento del papa Francisco el que os ha inspirado en esta elección, no solo con su bellísima carta encíclica *Laudato si'*, sino también con la exhortación programática de su pontificado: *Evangelii gaudium*, en la que se leen pensamientos como este con el que deseo concluir mi intervención: *Una auténtica fe - que nunca es cómoda ni individualista - siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos (...) Todos los cristianos estamos llamados a preocuparnos por la construcción de un mundo mejor*<sup>9</sup>.

En las enseñanzas del papa Francisco son constantes las invitaciones a todos los hijos e hijas de la Iglesia a no encerrarse en sí mismos, sino que nos está pidiendo que salgamos para llevar el anuncio del Evangelio de la Alegría y de la Vida a todo el mundo, también a esas periferias existenciales que, casi siempre están muy cerca de nosotros mismos, sin olvidar el mundo del dolor y de la enfermedad física y psíquica. Es necesario que en esos ámbitos de la realidad llegemos a construir esa auténtica *ecología humana* que es imprescindible para entender y vivir con autenticidad esa *ecología integral*, que a lo largo de las diferentes sesiones de estas jornadas será objeto de vuestra reflexión. Porque hoy, más que nunca “*se vuelve actual la necesidad imperiosa del humanismo*”<sup>10</sup>

Muchas gracias.

8 TERESA DE CALCUTA, *El amor más grande*, p. 48-49.

9 FRANCISCO. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 183.

10 FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato si'*, n 141.

## Ordenación de dos presbíteros y un diácono en la Solemnidad de la Santísima Trinidad

Seminario Mayor del “Divino Maestro” de Ourense, 11 de junio de 2017.

*Mi querido D. Camilo, Obispo-emérito de Astorga.*

*Mis hermanos en el sacerdocio y queridos seminaristas.*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor.*

*Saludo con especial afecto a los que, en el día de hoy, vais a ser ordenados presbíteros y diácono, a vuestros familiares y amigos.*

En este día de la solemnidad de la Santísima Trinidad, con las mismas palabras de la Liturgia de las Horas repetimos: *Bendita sea, ahora y por siempre, y por todos los siglos, la santa y única Trinidad, que ha creado y gobierna todas las cosas.* Es éste el misterio central de la fe y de la vida cristiana, que nos ha sido revelado por el mismo Jesucristo y es la fuente de todos los misterios del cristianismo. Por eso, con las palabras con las que el apóstol Pablo concluye su segunda carta a los fieles de Corintio, y que acaban de ser proclamadas, os digo:

*Hermanos, alegraos, trabajad por vuestra perfección, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso santo. Os saludan todos los santos. La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con todos vosotros”* (2 Cor 13, 11-13)

Esa fe en la Santa Trinidad es como esa *fonte do mana* y corre toda la actividad de la Iglesia. Una fuente de la que brota todo el misterio de la Iglesia que es un misterio de comunión y amor. Por eso, el mismo san Agustín, con su estilo peculiar, nos dice: *Donde está el amor hay trinidad: uno que ama, uno que es amado y uno que es el amor.* Desde esta clave, mis queridos hermanos: José María, Hildebrando y Miguel, se entiende lo que acontece en nuestra vida desde el Bautismo y, de algún modo es el fundamento de todo lo que está aconteciendo y va a tener lugar en el marco de esta celebración eucarística, *aunque es de noche* - como nos dice Juan de la Cruz -; es decir, aunque no seamos capaces de comprender racionalmente todo lo que el Espíritu del Señor va a realizar en la Iglesia y en cada uno de vosotros en esta tarde.

¡Mis queridos ordenandos! El ministerio que vais a recibir no es la culminación de la carrera eclesíastica, ni como un paso más en el escalafón clerical, ¡no! ¡Nada de eso! Habéis sido elegidos por el Señor Jesús, en el seno de la comunión de la Iglesia, para prestar un servicio. He ahí la clave de vuestro título y de vuestro señorío: ¡servir! Pero servir a la Iglesia como ella quiere ser servida, y no servirnos de ella para nuestros intereses.

La ocasión que nos brinda la solemnidad que hoy celebramos nos lleva a re-

flexionar sobre uno de los aspectos de ser sacerdotal del que se discutió tanto en años anteriores y todavía hoy se siguen hablando de ello: *la identidad sacerdotal*. Sin embargo, no podemos dudar de que la identidad del ministro ordenado, tanto del presbítero como del diácono, al igual que la de todo cristiano tiene su fuente en la Santísima Trinidad. Es bueno recordar que *es en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se manifiesta toda identidad cristiana y, por tanto también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio*; es precisamente en este ámbito de realidad eclesial en donde encontramos el marco que perfila, delimita y proyecta nuestro ser y actuar de obispo, presbíteros y diáconos. En definitiva: **nuestro ser cristiano**. Porque, en definitiva, lo que se nos pide a los que hemos recibido el Sacramento del Orden es que seamos unos buenos cristianos. Unos cristianos que enviados por el Padre, por medio de Jesucristo, vivificados y dinamizados por el Espíritu Santo somos elegidos, no por méritos propios, sino por pura misericordia de Dios, para servicio de la Iglesia y para la salvación del mundo.

No se entiende nuestro ministerio ordenado sin esta referencia a la eclesiología de comunión. No somos directores, gestores, o administradores de esas pequeñas entidades, que pudieran ser las comunidades eclesiales a las que se nos envía, y que a su vez éstas forman parte de una gran multinacional que es la Iglesia Católica. Tampoco somos dueños de entes autónomos en donde proyectamos, ordenamos, hacemos y pasamos nuestras tasas correspondientes. Ya sé que ahora no pensáis así, es más, tengo la certeza de que no es ésta la teología que os han enseñado en el Instituto Teológico “Divino Maestro”. Sin embargo, qué es lo que sucede en algunos casos – pocos gracias a Dios – que una vez ordenados algunos actúan como hemos dicho antes.

Sería bueno recordar aquella máxima, que seguro habéis aprendido en filosofía: *Operari sequitur esse* (el obrar sigue al ser). Si nuestras acciones denotan esa pastoral por libre, en la que hacemos y deshacemos a nuestro antojo; si no buscamos ni creamos comunión, olvidándonos de que el presbítero *está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros*; si las programaciones diocesanas, los proyectos arciprestales, los retiros, los ejercicios espirituales, los encuentros para la formación permanente, los aranceles establecidos en la provincia eclesiástica de Galicia, y otras muchas realidades que configuran nuestra actividad, al poco tiempo de la ordenación ya se convierten en simples anécdotas o en unas ciertas superestructuras eclesiásticas de poder que el Obispo y los de su entorno establecen para hacer presente su poderío y gobierno; si esto es así, algo se está perdiendo: **el espíritu de comunión eclesial y de disponibilidad en el ministerio**. En ocasiones se puede llegar a establecer, incluso, una dialéctica malévola y contrapuesta entre el sacerdote y el obispo, entre las parroquias y el Obispado. Y donde hay división allí habita el espíritu del mal que

es “divisor” y maligno.

Entendida así la Iglesia y planteado de este modo el sacerdocio, os conducirá irremediamente a la infidelidad, a la falta de espíritu de servicio y de disponibilidad. En definitiva: ***os convertiría en simples funcionarios de lo sacro y hombres infelices***. Si acontece esta realidad os llevará a buscar esos sucedáneos del amor auténtico: el poder, el aumento de la cuenta corriente, o cualquier afecto desordenado que terminará esclavizándoos.

La eclesiología de comunión debe ser la dinámica, no sólo teórica, sino existencial, que os ayudará a tener como referencia constante a la Iglesia, porque sólo así podréis mantener el contacto vivo con Jesucristo, porque el misterio de la Iglesia, vivido como comunión y misión, está esencialmente relacionado con la vida y la persona Jesucristo, y no podemos olvidar que el ministerio ordenado en la Iglesia Católica encuentra su plenitud y la verdad de su identidad en cuanto está unido a Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor.

¡Hermanos míos! En nuestra Iglesia particular nos encontramos en un proceso sinodal que, de suyo, constituye una experiencia gozosa de comunión. Si los cristianos que viven su fe en las tierras que constituyen esta Diócesis no pueden situarse al margen de este dinamismo eclesial, muchísimo menos los presbíteros y los diáconos. Por otra parte, mis queridos José María, Hildebrando y Miguel, estamos experimentando la creciente necesidad de una reestructuración pastoral debido a la situación en la que se encuentra un buen número de sacerdotes ancianos y enfermos, de tal modo que esto nos impide responder como quisiéramos a todas las necesidades de nuestro pueblo. Os pido que mantengáis un espíritu de disponibilidad eclesial en el ejercicio de vuestro ministerio y que ayudéis al Obispo en esta tarea que es de todos. Ya han pasado aquellos tiempos en los que los clérigos buscaban beneficios, opositaban a prebendas o encomiendas y había algunos – como uno de mis parientes lejanos - que se ordenaban a “*título de patrimonio*”. Dentro de aquella perspectiva el ministerio ordenado era entendido como una carrera para ir ocupando los mejores puestos hasta terminar instalándose de forma definitiva en una dinámica pastoral de conservación y no de misión evangelizadora.

No os olvidéis nunca, y os ruego que lo llevéis a vuestra oración con frecuencia, que el sacerdote, y el diácono en su medida, es el ***servidor de la Iglesia misterio*** porque realiza los ***signos eclesiales y sacramentales***, ¡fijaos bien!, signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado. Es ***servidor de la Iglesia comunión*** porque – unido al Obispo y en estrecha relación con el Presbiterio – construye la unidad de la comunión eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios. Por último, es ***servidor de la Iglesia misión*** porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio.

He ahí la triple clave en la que debéis insertar vuestro ministerio si queréis

ser esos discípulos misioneros que el mundo reclama y la Iglesia necesita. Una clave que se asienta en una Iglesia entendida de forma trinitaria como **misterio, comunión y misión**. No penséis que a base de muchas misas, dichas a prisa y corriendo, se hace realidad la vida y actividad de la Iglesia. Os ruego que no os equivoquéis, el mucho activismo y el andar de aquí para allá, sin tiempo para rezar la Liturgia de las Horas – que forma parte del ejercicio de vuestro ministerio, no sólo el andar de funerales -, el no tener nunca un espacio libre para poder asistir a los encuentros sacerdotales diocesanos: la Misa Crismal, los retiros de zona, los ejercicios espirituales anuales. La dinámica de no encontrar el tiempo oportuno para continuar con la confesión sacramental y la dirección espiritual que, si en el Seminario era necesario, ahora, con el ejercicio del ministerio es más que imprescindible si queremos perseverar con alegría en nuestro camino. Todo esto y lo que queda recogido en el *Directorio para vida y ministerio de los presbíteros*, así como en la exhortación *Pastores dabo vobis*, que pudiéramos denominar la carta constitucional del presbítero católico, y que os aconsejo a todos los sacerdotes, diáconos y seminaristas que convirtáis estos textos en vuestra lectura habitual y que os acompañen a menudo, junto con la Sagrada Escritura y la Liturgia, en vuestra meditación personal cotidiana.

Amigos míos: Hablar del ministerio ordenado se convierte para un sacerdote en una pasión dominante, una fuente inagotable de reflexión y estudio. Sin embargo, es hora de terminar.

Os invito a que volvamos la mirada de nuestro corazón a la “Madre del Divino Maestro” y le supliquemos a Ella, que la piedad popular ha denominado *templo y sagrario de la Santísima Trinidad*, para que nos ayude a ser en nuestra vida testigos de ese Dios en el que hemos sido bautizados, en el que creemos, somos y vivimos, y así nos convirtamos en esos testigos vivos del amor misericordioso de este Dios Uno y Trino.

¡ Qué así sea!

## CARTAS

**Con motivo de las Primeras Comuniones***20 de mayo de 2017***“Limpia pobreza”**

Hace unos días, releendo los escritos de san Juan de Ávila, el gran maestro del clero español, me encontré con esta frase que, en realidad, es muy significativa: *limpia pobreza*. La recomendaba, no sólo a los sacerdotes, sino a todos los cristianos. La vivencia de la virtud de la pobreza y, al mismo tiempo, la diferencia que existe entre ésta y la miseria, la suciedad y el descuido. El papa Francisco en ocasiones también ha sido muy expresivo en este sentido. Ya estamos casi rematando las fiestas de la Pascua. La primavera camina hacia su fin y se acerca el verano con sus fiestas y romerías.

En ocasiones, algunos agentes de pastoral me dicen que hay personas que se gastan lo que no tienen en sus fiestas. Otros afirman, con desfachatez; *se gasta lo que se necesite, aunque se deba*. Creo que estamos perdiendo la medida. La *crisis*, palabra tan manida y creo que ya vaciada de contenido por su utilización excesiva, no ha abandonado todavía muchos hogares de nuestro pueblo; me baso en esta afirmación en lo que me dice Caritas Diocesana. Sin querer, nos estamos dejando incentivar por algunos medios de comunicación de masas y, sin darnos cuenta, estamos sumergiéndonos, desde hace tiempo, en una sociedad de consumo que, en ocasiones, termina por aplastar a las personas, casi siempre a las más débiles y necesitadas.

Lo que digo quisiera concretároslo con algún ejemplo. Estamos en el tiempo de las primeras comuniones, aunque lo que digo sobre ellas creo que podríamos afirmarlo sobre algunos bautizos, y no digamos ya de los banquetes de bodas. ¡No podemos perder la medida! es decir, no podemos perder el equilibrio o, lo que es lo mismo, la racionalidad. Soy consciente de que toco un tema especialmente delicado y que *no es políticamente correcto*; sin embargo, escribo para los que se consideran hijos de la Iglesia. Lo hago con todo el afecto de padre, amigo y pastor.

En el caso de las primeras comuniones creo que, como decía hace unos días en la prensa un juez responsable de un tribunal de menores: *Se nos está yendo la pinza*. Esta afirmación coloquial quiere ser un despertador para que nos ayudemos: pastores, padres, docentes y agentes de pastoral a situar en la dimensión adecuada la recepción de algunos sacramentos. Los gastos a los que se enfrentan algunas familias con la primera comunión de sus hijos es un asunto serio; se dan ocasiones en las que los bancos – entidades que no tienen alma – tienen que conceder con frecuencia unos microcréditos para poder estar a la altura de algunas celebraciones. Vestidos y aderezos diversos, banquete, regalos que en ocasiones ya superan, como he dicho, la medida. No sirve cualquier obsequio. Ni siquiera cualquier detalle de cariño. Hoy nos podemos encontrar con móviles de última generación,

viajes a Eurodisney, almuerzos a nivel de “master chef”. El listón lo estamos colocando en un nivel muy alto; algunos padres se encuentran en dificultades para responder a las exigencias de una sociedad de la apariencia en la que solo priva el bienestar material, el disfrute y el quedar bien con los amigos, o mejor que bien.

Ante esta situación muchos de nuestros sacerdotes se sienten impotentes e incomprendidos, algunos puede ser que hayan sido acusados de tacaños o huraños; de no estar a la altura de los tiempos!. Nuestros curas y catequistas siguen predicando e insistiendo en las catequesis contra todo este *mercadeo de las cosas santas*. A veces sucede como en las bodas que se realizan en la Iglesia, se gasta un dineral en muchas cosas y se le regatea al sacerdote lo poco que pide para la limpieza, la música, o el adorno floral del templo. Bueno, este es un ejemplo. No quisiera que lo tomarais a mal.

En este tipo de comportamientos y de actitudes quién o quiénes salen beneficiados. Creo que los niños, no. A veces se centran en lo externo y no se preocupan de lo interno, de la verdadera preparación del corazón para recibir a Jesús en la Eucaristía. Perdonad si soy un poco duro. A veces la Eucaristía es un simple pretexto. Algunos se pueden preocupar de ir muy arreglados por fuera pero su interior está lejos de lo que es y significa recibir un sacramento.

Amigos míos, en una sociedad como la nuestra en donde vemos y percibimos tantas cosas que nos duelen y tantas necesidades como padecen algunos hermanos, ¡que a veces puede que no vivan muy lejos de nosotros!, que estas cosas nos tienen que ayudar a reaccionar. ¡No nos olvidemos de lo que nos repite el papa Francisco: *Necesitamos una conversión personal para lograr un conversión pastoral* y en circunstancias en donde de lo que se trata es de potenciar el dinamismo de un hecho de fe, lo que no podemos hacer es subirnos al carro del consumismo aplastante que después hay que ir pagando poco a poco. En ocasiones estas fiestas excesivas – y que conste que no soy enemigo de la fiesta – esconde una falta de auténticos criterios cristianos.

Algunos echamos en falta aquel chocolate con churros con los amigos y compañeros, o la bizcochada hecha por la abuela en el horno de casa. No creo que nuestros niños, a veces aturdidos con tantos flases, videos y regalos, vivan la Primera Comunión con más intensidad que aquellos otros que solo guardan de aquel acontecimiento una fotografía recuerdo. No os digo que suprimáis la fiesta o los regalos, de lo que se trata es de que *no se nos vaya la pinza*, - como decía el otro -, lo que os aconsejo es que nos esforcemos por ayudar a nuestros niños a vivir los acontecimientos de la fe dándole *importancia a lo esencial*, subrayando lo que es principal en cada acontecimiento y que luchen, ya desde pequeños, para no ser víctimas de un consumismo exacerbado, porque si no se reacciona a tiempo, pueden ser aplastados por él en el futuro. Y de ello todos tenemos ejemplos muy elocuentes.

Con todo afecto me encomiendo a vuestras oraciones y os bendice.

## Carta pastoral con motivo de los daños sufridos en las cosechas

29 de mayo de 2017

### ¡Mirar a Dios!

Hace tan solo unas semanas, cuando celebrábamos la gozosa alegría de la Pascua y percibíamos cómo la propia naturaleza parecía unirse a nuestra festiva celebración con el anuncio de los frutos en flor, una helada como no recuerdan nuestros mayores, dejó completamente arrasada una buena parte de la producción de los campos de nuestra tierra. Ante esta situación se me hizo vivamente presente el espíritu de la carta encíclica del papa Francisco *Laudato si*, en la que nos evoca el cuidado por la casa común y además nos invita a preocuparnos de forma solidaria por las gentes del campo que en esta ocasión están sufriendo las consecuencias devastadoras de los fenómenos meteorológicos que han causado, y siguen haciéndolo con las frecuentes tormentas, pérdidas irreparables en las diferentes plantaciones, las huertas y las viñas.

Los hombres y mujeres del campo, algunos con lágrimas en los ojos y con una grave preocupación en sus rostros, manifiestan que la vendimia y la recolección de los frutos de la tierra este año van a ser prácticamente inexistentes. Los campos y los viñedos, casi siempre empresas familiares, muy humildes en su inmensa mayoría, dan trabajo y comida a los sufridos hombres y mujeres del mundo rural. Sabemos que se enfrentan a una situación muy complicada: algunos comentan que es la peor de su historia y que hace tambalear su supervivencia y sus puestos de trabajo. A todo esto se añade la falta de agua suficiente para los cultivos, a pesar de las tormentas esporádicas que, en ocasiones están causando mucho daño a causa de su violencia.

Ante esta grave situación que nada ni nadie parece poder solucionar de manera adecuada, os invito a todos, tal como nos enseñaban nuestros mayores, curtidos por los trabajos de la tierra pero con corazones grandes y abiertos al querer de Dios, a que elevemos nuestras manos y nuestros corazones al cielo implorando su ayuda y remedio. Cuando se ponen los medios humanos y no se obtienen los resultados oportunos, sino ¡todo lo contrario! nuestros antepasados en la fe suplicaban al Buen Dios y a sus santos que les concediese un tiempo bueno para las cosechas.

Ruego a los sacerdotes y demás agentes de pastoral que eleven oraciones al Dios de la Misericordia que nos conceda la lluvia y el clima adecuado para que nuestros campos sean fecundos; encomendamos especialmente a los sacerdotes que, cuando las normas litúrgicas lo permitan, después de una breve y adecuada catequesis, utilicen los formularios litúrgicos que aparecen en el Misal para estas ocasiones, de manera especial las Misas y oraciones por diversas necesidades (págs. 1049 y 1061 de la nueva edición del Misal; en el Misal galego, en las págs.

---

971ss, especialmente 981-984). La Eucaristía es, entre otras muchísimas cosas, una síntesis de toda la creación que se hace ofrenda a Dios a través de los dones de pan y vino fruto de la tierra, de la vid y del trabajo del hombre. Allí donde no puedan estar presentes los sacerdotes, animo al pueblo fiel que abra esos hermosos templos y ermitas lean y escuchen la Palabra de Dios y supliquen al Señor del Universo que nos envíe un tiempo propicio para que las cosechas sean fecundas.

A pesar de que el ambiente que nos rodea está impregnado de un fuerte secularismo, así como de una creciente indiferencia en cuestiones religiosas, especialmente contra el hecho católico, sin embargo, las gentes de nuestros pueblos, la mayoría hombres y mujeres de una fe sencilla y recia, en medio de las dificultades sabe mirar a Dios y a sus santos, y alaban a Dios como Creador y Señor de todo lo creado, tal como nos lo manifiesta la carta encíclica *Laudato sí'*. Elevemos también nosotros la mirada de nuestro corazón para que Dios y sus santos nos sean propicios en estos momentos de adversidad.

Se encomienda a vuestras oraciones y os bendice, vuestro siempre.

✠ *J. Leonardo Lemos Montanet.*

*Bispo de Ourense*

## A los Misioneros Ourensanos en la Solemnidad de Pentecostes

### *Sois el rostro “auténticamente” misionero de la Diócesis*

Mis queridos hermanos y hermanas: Al acercarse la Solemnidad de Pentecostés, “fiesta del comienzo de la Iglesia”, en mi corazón de padre, hermano, amigo y pastor renace con fuerza mi más sincero agradecimiento a todos los que formáis parte de esta Iglesia, de antiquísimas raíces cristianas, y que peregrina en la fe por estas tierras de Ourense. Con frecuencia, con motivo de la Visita Pastoral en muchas de nuestras comunidades parroquiales, extendidas por la amplia geografía de nuestra Diócesis, me encuentro con que vuestros familiares os hacen presentes, con vuestros nombres y apellidos. No sois historias de un pasado, sino algo muy presente y vivo. ¡Sois Iglesia!

Se os recuerda con afecto y cariño agradecido porque sois esa *Iglesia en salida* que nos ayuda a reconocer que somos una Diócesis que siempre debe estar y sentirse en misión. Es verdad que los tiempos han cambiado y, en estos momentos, son los que de *allende vuestras tierras*, quizás vuestros hijos e hijas espirituales - aquellos que han surgido como consecuencia de vuestra fidelidad misionera -, los que tendrán que ayudarnos a los de aquí a descubrir que nuestro trabajo pastoral actual debe ser entendido en clave de misión, de lo contrario no habremos superado la etapa del simple “mantenimiento”. Si queremos salir al encuentro de tantos hermanos y hermanas que habiendo recibido los sacramentos de la iniciación cristiana se han apartado de la Iglesia y se han alejado incluso de la fe recibida, o puede que se encuentren situados en ese complejo ámbito de la indiferencia, necesitamos salir a su encuentro manifestándoles el rostro de una Iglesia madre y misericordiosa, de un Señor cercano que nos quiere mostrar la ternura de Dios.

Sabéis bien que llevamos poco más de un año dando pasos para llevar a cabo un Sínodo Diocesano. Hasta este momento yo tengo que afirmar, y no sería sincero con vosotros si no lo hiciese, que lo he vivido como un momento de gracia y de cercanía. Como una ocasión que nos está ayudando a descubrir un estilo de Iglesia que nos invita a caminar juntos buscando nuevos caminos y métodos para acertar en esta nueva tarea evangelizadora que nos pide la Iglesia.

Vosotros, mis queridos hermanos y amigos misioneros, nos enseñáis siempre cuál debe ser el camino. Habéis sido enviados por el mundo entero con la única condición de ser un eco, con vuestras vidas, del Evangelio de la alegría. No habéis puesto condiciones, habéis entregado todo lo que tenías y érais, incluso dejasteis esas legítimas uniones con vuestras familias y con vuestra tierra. Vuestra disponibilidad es para nosotros un ejemplo y una lección constante de vitalidad evangélica. En nombre de esta Iglesia os estamos inmensamente agradecidos. Cuando a nosotros nos cuesta tanto trabajo cambiar de una parroquia para otra, incluso dentro de nuestra geografía diocesana, y siempre tenemos disculpas que

dificultan el ejercicio del ministerio, vosotros sois siempre un motivo para ponernos en camino.

Hace tan solo unos días en el santuario de Fátima, escuchaba al papa Francisco, que nos invitaba a descubrir el rostro joven y hermoso de la Iglesia que resplandece *cuando es misionera, acogedora, libre, fiel, pobre de medios y rica de amor*. Eso que nos pide el Santo Padre es lo que todos deseamos para esta porción de la Iglesia santa de Dios, que como *Iglesia en misión* quiere salir al encuentro de nuestros hermanos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que como “pobres de Jesucristo” extienden sus manos rogándonos que nos convirtamos en esos testigos misioneros, testigos alegres y convencidos de que sólo el Evangelio de Jesús transformará la vida y el mundo entero.

Al mismo tiempo que os tenemos presente, os rogamos que no os olvidéis de nosotros en estos *momentos un tanto recios* para la labor pastoral, para las vocaciones al ministerio sacerdotal, a la vida religiosa, misionera y monástica. Necesitamos vuestra fuerza, contamos con vuestra fidelidad y disponibilidad plena al servicio de la causa del Reino. Y confiamos en que la providencia amorosa del Buen Dios nos ayude a encontrarnos el próximo día 22 de julio: *Día de los Misioneros Diocesanos*.

Que el don del Espíritu Santo que ha encendido en vuestros corazones la llama de la misión “*ad gentes*” nunca se apague en esta Iglesia particular y sea para nosotros, los de aquí, un estímulo y acicate para nuestra fidelidad y disponibilidad **en y para** servir a la Iglesia como ésta quiere ser servida, y allí donde nos necesite.

También yo, como un *pobre de Jesucristo* me encomiendo a vuestras oraciones y os ofrezco lo que no es mío: la bendición del Señor Resucitado.

✠ *J. Leonardo Lemos Montanet.*

*Bispo de Ourense*

**Carta con motivo de la Solemnidad del *Corpus Christi* 2017***7 de junio de 2017*

*Mis queridos hermanos sacerdotes.*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor:*

El próximo domingo, día 18 de junio, celebramos la solemnidad del *Corpus Christi*, una fiesta en la que a pesar de estar inmersos en una sociedad secularizada, recorrida por modas laicistas y con una creciente indiferencia ante el hecho religioso católico, sin embargo, muchos de nuestros conciudadanos desean y esperan de nosotros una manifestación pública de nuestra fe.

El papa Francisco nos pide una Iglesia en *salida*, todos sabemos que son muchas las formas y maneras de entender y vivir esa *salida*. Os invito a que salgamos todos y *caminemos unidos* en torno al Señor, presente en la Eucaristía. Ese día, celebraremos solemnemente la Eucaristía en la Catedral, a las 10 de la mañana, y cuando ésta finalice saldremos en procesión, sobre las 10.45 horas, por nuestras calles y plazas. Este año, al estar en curso las labores de restauración de la puerta Norte de la Catedral, la salida la haremos por la puerta de la escalinata del atrio norte (C/ Juan de Austria). Las personas que tengan algunas limitaciones físicas tendrán que hacerlo por la Puerta Sur (Praza do Trigo). A partir de aquí seguiremos el recorrido de costumbre y concluiremos con la bendición al pueblo y a la ciudad desde la escalinata del Pórtico del Paraíso (Praza San Martiño).

Ruego a los sacerdotes de la ciudad que os hagáis presentes y que comunicuéis esta invitación a vuestros feligreses.

Sería deseable que participasen en la procesión los miembros de la Adoración Nocturna de vuestras parroquias y que las cofradías de la ciudad se uniesen a la procesión con sus estandartes respectivos. ¡Que todo sea para Gloria de Dios! Y, además, que *juntos caminemos* acompañando a Nuestro Dios y Señor presente en la Eucaristía.

Durante el tiempo de la procesión, es decir, desde las 11 a las 12.30 horas debéis comunicar a vuestros fieles que en las parroquias del centro de la ciudad y en los demás lugares de culto, en especial por donde pasa la procesión, no se podrá celebrar ningún acto litúrgico.

Me encomiendo a vuestras oraciones y os bendigo con afecto.

✠ *J. Leonardo Lemos Montanet.*

*Bispo de Ourense*

## OTROS ESCRITOS

### Comunicación a los participantes en la Reunión de Arciprestes, Vicarciprestes y Delegados Episcopales

Seminario Mayor del Divino Maestro. 26 de abril de 2017.

*Mis queridos hermanos y amigos:*

Una vez más quisiera agradeceros y felicitaros por la fidelidad con que asistís a este encuentro mensual. Ciertamente, es ésta una asamblea eclesial que, aunque no está recogida en el organigrama canónico de la Iglesia, sin embargo, considero que es una institución pastoral que resulta imprescindible al Obispo para el ejercicio de su ministerio pastoral y, al mismo tiempo, es un cauce de convivencia, un momento de oración en común, de intercambio de pareceres, un ámbito en el que podemos clarificar nuestras dudas y buscar luz para nuestras preocupaciones.

Quisiera que mis palabras comenzasen con la lectura de un fragmento del Oficio litúrgico de ayer, que nos puede servir para iniciar nuestra reflexión. Es un texto de San Ireneo:

*La Iglesia, pues, diseminada, por el mundo entero, guarda diligentemente la predicación y la fe recibida, **habitando como en una única casa; y su fe es igual en todas partes**, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y cuando predica, enseña y trasmite, **lo hace al unísono**, como si tuviera una sola boca. Pues aunque en el mundo haya muchas lenguas distintas, el contenido de la tradición es uno e idéntico para todos.*

- Habitamos en una misma Iglesia local
- Estamos invitados a ser cauce de trasmisión
- Y, todo esto debemos hacerlo al unísono
- Para ello es imprescindible el espíritu de comunión vivida de una manera efectiva.

No es necesario repetir la importancia que tiene el Arcipreste dentro de la actividad y de la vida de nuestra Iglesia particular. ¡Lo sabemos!

- Por sus competencias son como una especie de *vicarios episcopales territoriales*.
- Es el responsable de:
  - Hacer de las zonas pastorales una realidad más viva y operativa.
  - Conjuntar intereses pastorales y eclesiales.
  - Promover la vivencia de la comunión sacerdotal.
  - Servir de cauce entre las necesidades de los sacerdotes y el Obispo -Vicario- o la Delegación del Clero.
  - Ayudar al Obispo para una mejor distribución de los servicios pastorales.

- En realidad al Arcipreste se le pide que sea *líder* pastoral.

Hemos realizado un recorrido complejo, pero apasionante, en estos últimos años después de la

- Redistribución Arciprestal, que ya venía estudiada desde el pontificado anterior.
- Y de la *renovación arciprestal* en la que nos encontramos.
- Preocupados de la *creación de infraestructuras* en diferentes “Zonas pastorales”, en las que cada vez son imprescindibles las llamadas “casas pastorales” que, ahora, con ocasión de las reuniones de los grupos sinodales se nos manifiestan como lugares imprescindibles para vivir la eclesialidad.

No podemos olvidar que el Arciprestazgo es:

- hogar
- escuela
- taller.

Tanto a vosotros como a mí nos preocupa mucho que, a pesar de los esfuerzos realizados en estos últimos años, nos encontremos con hermanos sacerdotes que no se dejan ayudar, que no piden ayuda, no aceptan vivir más acompañados y no acuden a las convocatorias ni diocesanas, ni arciprestales. Han convertido su propia vida pastoral en pura realidad *autoreferencial*, como nos repite con frecuencia el Santo Padre Francisco. A pesar de nuestros intentos que directa e indirectamente llevamos a cabo, no logramos llegar a esos hermanos.

¡Gracias a Dios es una minoría! que en un colectivo tan grande, no supone especial problema sociológico, pero sí pastoral y personal; normalmente son *islas pastorales*.

Se dieron pasos, aunque nunca son suficientes, para potenciar la labor pastoral de un Equipo Sacerdotal; de hecho, la estructura creada en torno al Arciprestazgo es ya un modelo de este tipo de equipo al estar estructurado en:

- Arcipreste
- Vicearcipreste
- Secretario del Arciprestazgo

Una vez más somos conscientes de que el Sínodo Diocesano está constituyendo un cauce para poner en valor y en operatividad los Arciprestazgos con sus respectivas zonas pastorales.

Tenemos que reconocer que en nuestra Diócesis se han logrado, en los últimos años, una serie de objetivos por los que damos gracias a Dios, de manera especial:

1º/ Asamblea Arciprestal, a la que hemos invitado a los *Delegados Episcopales*. Y a los que hay que animar para que asistan con más frecuencia y sientan esta reunión mensual como algo importante en el ejercicio de su ministerio al servicio de la Diócesis y del Obispo.

2º/ Es necesario cuidar más la participación *activa y constitutiva* de esta reali-

dad pastoral

3º/ Me atrevería a decir que esta asamblea constituye una especie de *lugar teológico*, como afirmaba en mi carta pastoral *Los Arciprestazgos: Un estructura viva para una tarea de futuro* (8 de septiembre de 2013) n° 25. Es en esta asamblea en donde se puede vivir mejor la vida sacerdotal de una forma más eclesial y existencial, porque en ella se manifiesta, una vez más la comunión entre los presbíteros y el Obispo, comunión a la que no son ajenos los Delegados Episcopales laicos.

En estos momentos ya llevamos cuatro años y debemos hacer una reflexión sobre nuestro estilo de caminar hasta aquí y mirar al futuro con esperanza y como un reto... a veces doloroso como el que estamos experimentando hoy con la repentina muerte de D. Luis Álvarez Tejada. La situación pastoral con la que nos encontramos es *una llamada a la colaboración entre todos*, de algún modo supone un aldabonazo en la disponibilidad en el ejercicio del ministerio sacerdotal, no es un asunto sólo del Obispo y del Vicario ¡qué se las arreglen!. El que piense así creo que hay algo en su sacerdocio que está dormido o, en el peor de los casos, puede oler a podrido y es síntoma de una *muerte pastoral anunciada*.

Cuando recibimos una herida como lo es esta pérdida de un hermano sacerdote cuando éste estaba desempeñando una tarea pastoral en varias comunidades, además de la atención que prestaba a grupos apostólicos y entes académicos, todo el organismo se debe volcar y centrar en la herida que se abre en nuestro trabajo pastoral, lo mismo debe acontecer en nuestro Presbiterio.

Tenemos delante proyectos muy alentadores como es el Sínodo Diocesano, que a pesar de los recelos y preocupaciones con los que nos hemos encontrado en los días previos a su promulgación y en los primeros recorridos, tengo que decir, que gracias a Dios, está resultando ser una ocasión propicia de renovación y de vivencia de comunión, así como un despertar en los seglares de su conciencia de Iglesia.

No quisiera finalizar mi reflexión sin hacerles, nuevamente, una recomendación: es necesaria la creación de una "Cultura Vocacional". En estos momentos, no hay ningún posible seminarista para el Seminario Mayor "*Divino Maestro*", sí nos constan dos nuevos ingresos para el "*Redemptoris Mater*". En años pasados de nuestro Presbiterio marcharon un buen número de sacerdotes a prestar un servicio fuera de la Diócesis, *ad gentes*, algunos todavía andan por ahí.

Ahora estamos constatando, en todas las Diócesis Españolas, cómo seminaristas, y a veces sacerdotes de otros lugares vienen a ayudarnos y a quedarse entre nosotros para servir a esta Iglesia. Tenemos que hacer una reflexión verdadera y humilde acerca de esta situación, y acogerlos fraternalmente con esperanza.

A pesar de todo es imprescindible dar los pasos necesarios y sugerir posibilidades para la creación o potenciación de zonas y casas pastorales, así como la constitución de algún organismo tanto unipersonal como de un grupo que se hagan

eco de esta “cultura vocacional”.

En estos momentos, finalizado el periodo establecido en los Estatutos es necesario proceder al nombramiento de los candidatos a *Arciprestes* y *Vicearciprestes*. Si me permitís, quisiera rogaros que os dejéis llevar de una autentica comunión eclesial, pedid ayuda al Espíritu Santo y proponed a aquellos hermanos sacerdotes que tengan una auténtica y verdadera preocupación por el bien de nuestra Iglesia particular. No os olvidéis que un arcipreste que funciona y tiene corazón sacerdotal hace funcionar la zona pastoral.

Que santa María Madre y san Martín nos ayuden y protejan en este nuevo camino pastoral.

## Na presentación dun Selo sobre a figura de Carlos Casares na *Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfilica Miño*

Quixera responder coa maior prontitude á *Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfilica Miño* que con ocasión do Día das Letras galegas 2017, quere dedicar unha homenaxe especial a un fillo destas terras ourensás: Carlos Casares Mouriño, xornalista, político, literato, poeta. Un valor literario das nosas letras que naceu e medrou en Ourense. A súa vida transcorreu entre Xinzo de Limia, Lamas, Sabucedo e na casa reitoral de santa Eulalia de Beiro. Ingresou no Seminario Menor de Ourense, era o ano 1952. Naquel centro, grazas a algún dos seus profesores, como don Agustín Madarnás, comezou a descubrir a súa vocación literaria; foi alí onde, por primeira vez, se converteu en editor e redactor dun xornal chamado *El Averno*. Era unha publicación case artesanal da que, seguro, se poden atopar algúns exemplares no arquivo do Seminario, ou entre os libros dalgún dos seus profesores. Podemos afirmar que a súa formación humanística e o coñecemento que posuía dos clásicos adquiriunos naquel centro. Casares faleceu prematuramente, aos sesenta anos, xusto cando o xenio e o artista chegan ao cénit da súa produción e cando máis intensa podería ser a súa produción literaria.

Esta *Sociedade Miño*, tan polifacética como creativa, permanece sempre atenta aos diferentes acontecementos que teñen lugar na nosa rica e variada xeografía, e faino porque é unha asociación cultural moi viva. Tralos selos, as moedas e as bitolas agóchanse os rostros de tantas persoas e institucións que deixan o seu sinal, ás veces silencioso, nestes pequenos obxectos, que pasan desapercibidos para algúns, refugados por outros e convértense en paixón dos coleccionistas.

Nesta ocasión quérenos obsequiar coa posta en circulación dun selo postal co seu cuño correspondente, enriquecendo deste xeito a colección que esta Sociedade puxo en circulación ao longo da súa historia. Agora vólvenos a sorprenden, unha vez máis, coa súa achega.

Quixera aproveitar a ocasión para felicitar aos organizadores deste evento e agradecerlles a oportunidade que me brindan para unirme a esta homenaxe e posta en valor da vida e obra de Carlos Casares, este ourensán, que a través das súas numerosas obras enriqueceu a literatura galega. Nelas plasma os costumes e inquiredanzas do noso pobo. Algunhas delas compúxoas pensando nos nenos, onde queda reflectida a sensibilidade do seu espírito libre; por outra banda, non podemos esquecer esas fermosas traducións ao galego da famosa obra *O Principiño* de Saint-Exupéry, e *O vello e o mar* de Ernest Hemingway, afamado literato tan vinculado ás nosas terras a través do mosteiro de Oseira.

Énchenos de alegría comprobar, unha vez máis, que o Día das Letras Galegas nos ofrece como referente a un ourensán que nunca esqueceu as súas raíces e sempre manifestou o seu agradecemento a estas terras e ás súas xentes.

EN LA REVISTA DIOCESANA *COMUNIDADE***Abril***Semana Santa*

Cuando tengas en tus manos esta revista, estaremos a punto de comenzar la Semana Santa. Para muchos de nuestros conciudadanos es un tiempo propicio para hacer algún viaje, tomar unas vacaciones, si se puede, cerca de la costa, o para cualquier actividad lúdico-festiva.

La sociedad de consumo parece que nos marca las pautas de actuación y, sin darnos cuenta, nos dejamos llevar por su presión mediática; por otra parte, las ofertas que se nos plantean no logran apagar el reclamo que todavía tienen las procesiones de Semana Santa que, en medio del folclore y de las costumbres, del espectáculo y de la fiesta, no dejan de ser una especie de *atrio de los gentiles* porque para muchos esta es la única manera que tienen para entrar en contacto con lo que representan las imágenes procesionales: la Cruz, Jesucristo, María, etc.

Todavía recuerdo aquella pregunta que, al paso de la procesión del *Santo Entierro*, hizo un adolescente a la que, posiblemente, era su abuela: ¿y ese muerto quién es? Jesús, le respondió la señora. Aquél muchacho no tenía idea de lo que aquella imagen representaba.

Debemos convencernos de que la fuerza expresiva que encierra tanta belleza del patrimonio eclesial es una ocasión propicia para la nueva tarea evangelizadora.

Pero la Semana Santa no solo son las procesiones, sino que hay otra realidad más viva y existencial: la celebración del Triduo Pascual.

Me gustaría que pudierais asistir a dos encuentros litúrgicos muy importantes y significativos: la Misa Crismal y la Vigilia Pascual. Estas celebraciones tienen lugar en la Catedral de San Martiño y las preside el Obispo. La primera tiene lugar el Miércoles Santo a las 19:00 horas; en ella la mayor parte de los sacerdotes de la Diócesis, por lo menos algunos de las diferentes zonas o arciprestazgos, representando a todo el Presbiterio Diocesano, renuevan las promesas contraídas el día de su ordenación sacerdotal. Y en este acto tiene lugar la bendición de los *santos óleos*, que son unos aceites que después se distribuirán por toda la Diócesis y servirán, el de los Enfermos, para celebrar el sacramento de la Santa Unción y el de los Catecúmenos en la administración del Bautismo.

También se consagrará el Santo Crisma, que es un aceite mezclado con otras sustancias aromáticas, con el que se unge la cabeza de los bautizados, la frente de los que se confirman, las manos de los sacerdotes el día de la ordenación y la cabeza del que es consagrado Obispo.

Esta celebración es la expresión viva de la comunión de la Iglesia. Todos jun-

tos, Obispos, Presbíteros, miembros de la vida consagrada y los demás fieles laicos, constituyen una sola comunidad en camino hacia la Pascua.

El otro acontecimiento importante es la Vigilia Pascual, Es la celebración litúrgica más importante del año, la que preside el Obispo, rodeado por los presbíteros y el Seminario, y se convierte en uno de los actos más solemnes del Triduo Pascual. En ocasiones, nuestros fieles llenan los templos el día de Jueves Santo y Viernes Santo, sin embargo no van a la Vigilia Pascual.

Entre todos tenemos que ayudarnos a revalorizar este gran acontecimiento que tendrá lugar en la Catedral a las 9 de la tarde.

Desde las páginas de *Comunidade* os deseo a todos una feliz Pascua de Resurrección del Señor.

Con todo afecto se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*

## **Mayo**

**1917-2017**

Entre estas dos fechas hay una distancia de cien años ¡Un siglo! En este mes de mayo en el que la mirada de nuestro corazón se dirige a Santa María quisiera que, desde la revista *Comunidade*, nos hiciésemos eco de las celebraciones que van a tener lugar en la nación hermana y vecina de Portugal, con la que mantenemos unos lazos cordiales ya que nuestra Diócesis limita con las Iglesias de Braganza-Miranda, Villareal y Viana do Castelo. Cualquier acontecimiento que afecta a estas comunidades cristianas tiene una buena acogida en la nuestra; y mucho más en este caso en el que se celebra el primer siglo de las apariciones de Fátima y con tal motivo el Santo Padre Francisco se acercará a la *capelinha* de las apariciones. Desde aquí queremos unirnos a esta peregrinación del papa a este santuario.

Fátima es un misterio del amor misericordioso de Dios que a través de María ha querido que la Eucaristía, que es el signo más elocuente del Amor de Dios por toda la humanidad, ocupase el centro de la espiritualidad de su mensaje al mundo. Este mensaje se puede sintetizar en dos realidades: La **adoración eucarística** y la **comunión reparadora** de los primeros sábados. Estas son las dos caras de la única realidad que queda sintetizada en una palabra: Fátima.

Es bueno recordar cómo en la tercera de las apariciones del Ángel a los pastorcillos, después de que ellos hubiesen finalizado el rezo de la oración a la Santísima Trinidad, recibieron la Comunión de manos del Ángel que les dijo aquellas misteriosas palabras: *Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, vilmente*

*ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.* La Hna. Lúcia, la única vidente que sobrevivió muchos años a aquellos acontecimientos, interpretó aquellas palabras como la realidad a través de la cual aquellos pastorcillos, que eran unos niños, fueron convidados por el mismo Dios para vivir una participación eucarística total; es decir, no solo se les invitaba a participar de la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor, sino también de los deseos del corazón misericordioso del mismo Dios que les llamaba a convertir toda su existencia en una vida de reparación por los pecados de la humanidad.

Eso mismo les pedirá más tarde Nuestra Señora, cuando les dijo: *¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que el mismo Dios es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores?* A esta propuesta de la Virgen, aquellos niños respondieron: *Sí queremos.* Actualmente esta propuesta y esta situación son “*políticamente incorrectas*”. ¡Quién se atrevería a invitar y proponer a nuestros niños un mensaje semejante! ¡Seguro que seríamos denunciados!; sin embargo, la realidad ha sido así, tal como lo hemos podido comprobar por la historia reciente. Presentar el mensaje de Fátima desde otras perspectivas es truncar su sentido original. De hecho, años más tarde, cuando la Hna. Lúcia recordaba aquel ofrecimiento, afirmaba: *La señora acogió esta respuesta como una primicia de su Mensaje, y con un gesto de maternal protección envolviéndonos en la inmensa luz de Dios respondió: Vais a tener que sufrir mucho, pero la gracia de Dios estará con vosotros y os confortará.* Es decir, la Virgen María les habló del auténtico sentido de la vida eucarística que es una acción pascual –pasión, muerte y resurrección–, que se vive convirtiendo nuestra existencia en *un don de nosotros mismos* para Dios y por los otros.

La verdadera devoción Mariana, si es auténtica, nos recuerda algo fundamental: oración y reparación; es decir: Eucaristía y Cruz. Si despojamos de estos elementos el mensaje de Fátima corremos el riesgo de enmascarar la auténtica devoción a Nuestra Señora del Rosario de Fátima con una serie de prácticas externas que no tienen ninguna implicación ni en nuestras vidas, ni en de los demás.

Que en este primer centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima, contando con el magisterio del papa Francisco y el testimonio de los santos pastorcillos, renovemos la genuina espiritualidad mariana que brota de aquel mensaje que hace un siglo transformó el corazón de muchos creyentes.

Pedid a la Virgen por mí y por las vocaciones.

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*



# IGLESIA DIOCESANA





## VICARÍA GENERAL

## Estatutos del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos

*En la ciudad de Ourense, a 3 de Mayo de 2017*

JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,  
 POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,  
 OBISPO DE OURENSE

**DECRETO**

En cumplimiento con lo establecido por el c. 492 del Código de Derecho Canónico en esta Diócesis de Ourense se constituyó el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, el siete de enero de mil novecientos ochenta y cinco por mi predecesor, el Excmo. y Rvdm. Sr. D. Ángel Temiño Sáiz, cuyos Estatutos, aprobados en la misma fecha, fueron reformados posteriormente por el Excmo. y Rvdm. Sr. D. José Diéguez Reboredo el veintinueve de febrero de mil novecientos ochenta y ocho. Buscando una mayor operatividad, fueron revisados y reformados por el Excmo. y Rvdm. Sr. D. Luis Quintero Fiuza, el trece de julio de dos mil seis. Para revitalizar dicho Consejo, así como para enriquecer la capacidad técnica del mismo, fueron redactados unos nuevos Estatutos que abrogan los aprobados anteriormente.

En consecuencia y, una vez revisados, por el presente, **APROBAMOS** los nuevos Estatutos de Consejo Diocesano de Asuntos Económicos que entrarán en vigor, el día siete de junio de dos mil diecisiete.

En la ciudad de Ourense, a tres de mayo de dos mil diecisiete, Fiesta del Santo Cristo.

+ José Leonardo Lemos Montanet,  
 Obispo de Ourense



Por mandato de su Excia. Rvmda.  
 Manuel Emilio Rodríguez Álvarez  
 Canciller - Secretario

## ESTATUTOS

### I.- Naturaleza y finalidad

**Artículo 1.** El *Consejo Diocesano de Asuntos Económicos (CAE)* es un órgano de carácter consultivo, permanente y obligatorio, integrado en la Curia diocesana, para colaborar con el Obispo en la administración de los bienes temporales de la diócesis, según lo prescrito por el derecho (c. 492 § 1).

**Artículo 2.** Es función primordial del CAE orientar acerca de los asuntos económicos de la Diócesis y asesorar al Obispo en todo lo concerniente a esta materia, procurando con su consejo que los administradores cumplan su misión con la diligencia de “*un buen padre de familia*” (c. 1284).

**Artículo 3.** El CAE es un órgano de carácter consultivo, que tiene el cometido y funciones que le atribuye el Código de Derecho Canónico y las que se indican en estos Estatutos, así como las Instrucciones por las cuales se aclaran las prescripciones de las leyes (c. 34). Sus decisiones tienen carácter vinculante siempre que lo determine el Código de Derecho Canónico.

### II.- Constitución

**Artículo 4.** El CAE está compuesto por un grupo de fieles – sacerdotes y laicos- no inferior a tres, de probada integridad, expertos en materia económica y en derecho civil y que estén en plena comunión con la Iglesia católica, designados por el propio Obispo y bajo su presidencia o la de quien él delegue, por un período de cinco años, renovables para otros quinquenios (c. 492 § 1 y 2).

#### a) Presidencia

**Artículo 5.** Corresponde al Obispo o a aquel en quien él delegue convocar y presidir el CAE (c. 492 § 1).

#### b) Miembros

**Artículo 6.** El CAE está formado por los siguientes miembros natos:

- El Vicario General.
- El Delegado Episcopal de Economía.
- El Ecónomo Diocesano, con voz pero sin voto.
- El Secretario de la Delegación de Economía.
- El Administrador del Instituto para la Sustentación del Clero.

**Artículo 7.** Los restantes miembros del CAE, libremente nombrados por el Obispo, han de ser fieles expertos en economía y administración de empresas, derecho, arquitectura, arte y alguno de ellos ha de ser experto en derecho canónico (cf. c 492 § 1).

**Artículo 8.** No podrán formar parte del CAE los parientes del Obispo hasta el cuarto grado de consanguinidad o afinidad (c. 492 § 3).

**Artículo 9.** Cuando lo requiera la naturaleza del asunto a tratar y lo estime

oportuno el Obispo o la mayoría de los miembros del CAE, se podrá pedir el asesoramiento de peritos en la materia.

**Artículo 10.** Los miembros del CAE, antes de empezar a desempeñar su oficio, deberán prometer ante el Obispo cumplir fielmente el cargo y guardar secreto de las deliberaciones y asuntos tratados en el Consejo (cf. c. 471).

**Artículo 11.** Los miembros del CAE cesan:

- a) En el caso de los miembros natos, por defecto de la condición por la que fueron elegidos (cese en su ministerio por el que forman parte del CAE), quedando automáticamente sustituidos por quien les suceda en el cargo.
- b) Por renuncia motivada, presentada por escrito ante el Obispo y aceptada por el mismo.
- c) Por remoción del Obispo.
- d) Por tres ausencias reiteradas a las reuniones sin justificar o por incumplimiento reiterado de lo establecido en los presentes Estatutos.
- e) Por incurrir en sanción canónica pública impuesta o declarada.

**Artículo 12.** La vacante de un miembro por las causas anteriormente señaladas, se cubrirá mediante el nombramiento por parte del Obispo de otro consejero; pero la sustitución no se llevará a cabo cuando falten menos de seis meses para la renovación del CAE.

### III.- Órganos del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos

**Artículo 13.** El CAE está constituido por el *Pleno*, del cual forman parte todos los miembros del mismo, nombrados a tal fin, por el Obispo, entre los que se incluyen aquellos que pertenecen a la *Comisión Permanente* y a la *Comisión Técnica*. Los miembros de esta última tendrán voz pero no voto.

**Artículo 14.** Las reuniones del *Pleno* tendrán lugar, de forma ordinaria, una vez cada trimestre. De forma extraordinaria, cuantas veces lo requiera la tramitación de los asuntos de su competencia o sea convocado por el Obispo.

**Artículo 15.** A fin de evitar retrasos en la respuesta a ciertas peticiones de clara resolución por parte del Pleno del CAE se constituirá la *Comisión Permanente*.

**Artículo 16.** Estará presidida, en ausencia del Obispo, por aquel en quien él delegue y constituida por los miembros del Pleno que desempeñen un oficio estable en la sede del Obispado.

**Artículo 17.** Son funciones de la Comisión Permanente:

- § 1.- Informar sobre la concesión de permisos y aprobar o rechazar todo lo referente a la restauración de templos, casas parroquiales y demás edificios diocesanos o parroquiales.
- § 2.- Decidir sobre la asignación de fondos de fábrica, de rectorales y diocesanos para templos y rectorales, aplicando la normativa diocesana vigente.
- § 3.- Decidir sobre adquisiciones y ventas por cantidades incluidas dentro

del límite mínimo que puede autorizar el Obispo para enajenar bienes eclesiásticos, a tenor de lo establecido en el Decreto General de la Conferencia Episcopal Española (cf. BOCEE 1, n. 3, art. 14, 2, 1984, p.103) y a lo dispuesto en el c. 1292. Asimismo, aprobar o rechazar todo lo relacionado con contratos de cesiones, alquileres, permutas y colocación de dinero hasta los límites establecidos por el Derecho (cf. cc. 1292 y 1295).

§ 4.- Los asuntos de adquisición o venta de bienes muebles o inmuebles, cuya valoración supere el límite mínimo que puede autorizar el Obispo para enajenar bienes eclesiásticos, deberá estudiarlos y presentarlos al CAE, con una propuesta de resolución.

**Artículo 18.** El contenido y la resolución de estas peticiones ha de ser comunicado al Pleno en la primera reunión posterior del CAE.

**Artículo 19.** La *Comisión Técnica*, está formada por fieles, nombrados por el Obispo a tenor de los presentes Estatutos, expertos en administración económico-empresarial, gestión patrimonial, arquitectura y arte sacro y tendrán como misión emitir informes técnicos sobre las cuestiones propuestas por el CAE, que servirán para fundamentar mejor sus decisiones.

#### **IV.- La Secretaría**

**Artículo 20.** Desempeñará el oficio de Secretario del CAE una persona nombrada por el Obispo para tal fin.

**Artículo 21.** El Secretario puede cesar en su función:

- a) Por renuncia motivada, presentada por escrito ante el Obispo y aceptada por el mismo.
- b) Por remoción del Obispo.
- c) Por tres ausencias reiteradas a las reuniones sin justificar; por incumplimiento reiterado de sus funciones o de lo establecido en los presentes Estatutos.
- d) Por incurrir en sanción canónica pública impuesta o declarada.

**Artículo 22.** La vacante del Secretario por las causas anteriormente señaladas, se cubrirá mediante el nombramiento por parte del Obispo de otra persona que reúna las condiciones para dicha tarea; pero la sustitución no se llevará a cabo cuando falten menos de seis meses para la renovación del CAE, cuya misión pasará al miembro del Consejo designado por el Obispo.

**Artículo 23.** Corresponde al Secretario:

§ 1.- Comunicar, al menos con ocho días de antelación, la convocatoria y el orden del día de las reuniones ordinarias y extraordinarias del Consejo, señalando, de acuerdo con el Secretario de la Delegación para los Asuntos Económicos, los temas a tratar y acompañando la documentación pertinente, si la hubiere y si se considerase oportuno. Asimismo enviará cualquier otro comunicado que le encomiende el Obispo o el Delegado Episcopal

para los Asuntos Económicos.

- § 2.- Levantar acta del contenido de cada una de las reuniones del CAE tanto ordinarias como extraordinarias, distinguiendo las del Pleno y las de la Permanente. Así como custodiar el Libro de Actas y cualquier otro documento relacionado con el CAE en las dependencias del Obispado.
- § 3. Enviar, lo antes posible, en cada caso, copia del acta a los miembros del Pleno y de la Comisión permanente para que la examinen, la aprueben o corrijan en el plazo de quince días; transcurridos los cuales, si nada manifiestan, se consideran aprobadas.

## **V.- Competencias del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos**

**Artículo 24.** Es misión general del CAE asesorar, tanto a la Diócesis como a las parroquias, en cualquier asunto referente a materias de administración económica, y en especial:

- § 1.- Preparar, según las indicaciones del Obispo, el presupuesto de ingresos y gastos para toda la Diócesis, a propuesta del Ecónomo Diocesano (c. 493).
- § 2.- Aprobar las cuentas de ingresos y gastos de la Diócesis al concluir el año (c. 493).
- § 3.- Determinar el modo de administrar los bienes diocesanos (c. 494 § 3).
- § 4.- Revisar las cuentas anuales de los administradores, tanto clérigos como laicos, de cualesquiera bienes eclesiásticos que no estén legítimamente exentos de la potestad de régimen del Obispo (c 1287 § 1).

**Artículo 25.** Los miembros del CAE han de prestar su consentimiento en los siguientes casos:

- § 1.- Para realizar, además de los casos especialmente determinados en el derecho universal o en la escritura de fundación, actos de administración extraordinaria en la forma establecida por la Conferencia Episcopal Española (c. 1277).
- § 2.- Para enajenar bienes, cuyo valor se halla entre los límites mínimo y máximo señalados por la Conferencia Episcopal, que pertenezcan a personas jurídicas sometidas al Obispo o sean bienes propios de la Diócesis (c. 1292 § 1).
- § 3.- Cuando por exceder la cantidad máxima establecida por la Conferencia Episcopal o por tratarse de exvotos donados a la Iglesia o de bienes preciosos por razones artísticas o históricas, haya de pedir licencia a la Sede Apostólica (c 1292 § 2).
- § 4.- Para realizar cualquier operación de la que pueda resultar perjudicada -en cuantía superior al mínimo señalado por la Conferencia Episcopal- la situación patrimonial de una persona jurídica sometida al Obispo y también si hay perjuicio para exvotos y bienes preciosos por razones artísticas o

históricas (c 1295).

§ 5.- En los casos previstos en el párrafo 2 del canon 1524: consentimiento que es necesario para que los tutores y administradores de personas jurídicas puedan “renunciar a la instancia” en asuntos ante la jurisdicción estatal.

**Artículo 26.** Los miembros del CAE han de ser oídos en:

§ 1.- El nombramiento de Ecónomo diocesano y en su remoción (c. 494 §§ 1 y 2).

§ 2.- La realización de actos de administración de mayor importancia (c. 1277).

§ 3.- La propuesta del Obispo para determinar qué actos sobrepasan el límite y el modo de administración ordinaria de las personas jurídicas que le están sometidas cuando dicho límite y modo no lo determinen los Estatutos (c. 1281 § 2).

§ 4.- La inversión y colocación del dinero y bienes muebles de una fundación pía (c. 1305).

§ 5.- La modificación de causas pías (c. 1310 § 2).

§ 6.- La imposición de los tributos o contribuciones previstos en el c. 1263.

§ 7.- El estudio de las normas a promulgar en la Diócesis sobre materia económica (c. 1276 § 2) y sobre las condiciones específicas para la constitución y aceptación de fundaciones (c. 1304 § 2).

§ 8.- En los casos previstos en el párrafo 2 del c. 1524, voto consultivo que también será necesario para “renunciar a la instancia” en asuntos ante la jurisdicción estatal.

## **VI.- Condiciones para la validez de los acuerdos**

**Artículo 27.** Para la validez de los acuerdos del Pleno y de la Comisión Permanente, se requieren las siguientes condiciones:

1. Presencia de la mayoría absoluta, es decir, más de la mitad de los miembros con derecho a voto.
2. Los acuerdos serán válidos si obtienen la mayoría de los votos de los presentes y la posterior aprobación del Obispo. En la votación se seguirá lo establecido en los cc. 119, 2º y 127.
3. Las decisiones se tomarán una vez manifestando cada uno de los consejeros de palabra o por escrito su parecer. Puede el Obispo o aquel en quien delegue la presidencia, o si lo piden la mayoría de los consejeros, decidir si en alguna ocasión el asunto a tratar se debe someter a votación secreta.
4. Cuando se trate de emitir un simple consejo, basta con oír a los presentes.

## **VII.- Disolución y renovación del Consejo**

**Artículo 28.** El CAE termina su servicio transcurrido el quinquenio para el

que habían sido nombrados sus miembros. Puede el Obispo renovar el nombramiento a todos o a parte de los miembros para otros quinquenios (c. 492 § 2).

### **VIII.- Interpretación, modificación y revisión de los Estatutos**

**Artículo 29.** La interpretación de los presentes Estatutos compete de ordinario al Obispo, oído el Consejo. Asimismo los presentes Estatutos podrán ser modificados por el Obispo, a iniciativa propia, oído el CAE.

#### **Disposición transitoria**

En todo lo que no esté recogido en estos Estatutos y en todo lo que genere dudas razonables o se preste a interpretaciones y sentidos diversos, el CAE se regirá por lo establecido en la legislación canónica, por las normas de la Conferencia Episcopal Española y del Obispo propio.

En la ciudad de Ourense, a tres de mayo de dos mil diecisiete, Fiesta del Santo Cristo.

+ *José Leonardo Lemos Montanet,*  
*Obispo de Ourense*

Por mandato de su Excia. Rvdma.  
*Manuel Emilio Rodríguez Álvarez*  
*Canciller - Secretario*

## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha realizado los siguientes nombramientos:

Con fecha **12 de marzo de 2017** ha renovado la Junta de Administración del Instituto para el Sustento del Clero:

- **Rvdo. Sr. D. Pablo César González Carballo**, *Administrador del Instituto para el Sustento del Clero.*
- La **Junta de Administración del ISC** quedará constituida por:
  - Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias, *Vicario General.*
  - Rvdo. Sr. D. Raúl Alfonso González, *Delegado Episcopal de Economía.*
  - Rvdo. Sr. D. Pablo César González Carballo, *Administrador del ISC.*
  - Rvdo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez, *Canciller-Secretario del Obispado, actuará como Secretario de la Junta de Administración.*
  - Rvdo. Sr. D. José Gallego Borrajo, *Delegado Episcopal para el Clero.*
  - Rvdo. Sr. D. Néstor Álvarez Rodríguez y Rvdo. Sr. D. José Benito Otero Rodríguez, *elegidos por el Consejo Presbiteral.*
  - D. Daniel Argiz Rodríguez, *Ecónomo Diocesano.*

Con fecha **17 de abril de 2017** ha renovado el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos:

- **Miembros del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos** (*por un período de 5 años*):
  - Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias, *Vicario General.*
  - Rvdo. Sr. D. Raúl Alfonso González, *Delegado Episcopal de Economía.*
  - D. Daniel Argiz Rodríguez, *Ecónomo Diocesano.*
  - Rvdo. Sr. D. Alberto López Vázquez, *Secretario de la Delegación de Economía.*
  - Rvdo. Sr. D. Pablo César González Carballo, *Administrador del ISC.*
  - Rvdo. Sr. D. Camilo Salgado Vázquez, *Administrador del Seminario.*
  - Rvdo. Sr. D. Óscar Martínez Caamaño, *Moderador de la UaP de Verín.*
  - Dña. María Tabarés Domínguez, *Abogada.*
  - Dña. Elena Rivo López, *Profesora de la Universidad.*
  - D. Juan Salgado Fuentes, *Jubilado.*
  - D. Lois Babarro Alén, *Presidente de la Asociación de Jóvenes Empresarios de Ourense.*
- **Comisión Permanente del CAE:**
  - Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias, *Vicario General.*

Rvdo. Sr. D. Raúl Alfonso González, *Delegado Episcopal de Economía.*

D. Daniel Argiz Rodríguez, *Ecónomo Diocesano.*

Rvdo. Sr. D. Alberto López Vázquez, *Secretario de la Delegación de Economía.*

Rvdo. Sr. D. Camilo Salgado Vázquez, *Administrador del Seminario.*

Rvdo. Sr. D. Óscar Martínez Caamaño, *Moderador de la UaP de Verín.*

Con fecha **15 de mayo de 2017** nombró al **Rvdo. Sr. D. Santiago Fernández Carballo** como *Delegado Episcopal para la gestión y organización de los diferentes actos diocesanos con motivo de la canonización del Beato Faustino Míguez*; a **Dña. Evelyn Nieves Redes** como *Delegada Diocesana de la Asociación Diocesana de Escutismo, por un periodo de 3 años.*

Con fecha **31 de mayo de 2017** nombró al **Rvdo. Mons. D. Luis Manuel Cuña Ramos** como *Delegado Episcopal para la Causa de los Santos.*

Con fecha **8 de junio de 2017** nombró al **Rvdo. Sr. D. Yeraí Fariñas Calvo** como *Administrador parroquial de las parroquias de Santa María de Esgos, Santa Eulalia de Esgos y San Juan de Moreiras*; al **Rvdo. Sr. D. José de León González** como *Administrador parroquia de San Salvador de Loña do Monte.*

**Dña. María Isabel Rivero López**, *Secretaria del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.* Constituye la **Comisión Técnica** del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, formada por: **M. I. Sr. D. Miguel Ángel González García**, **Dña. María Isabel Rivero López** y **D. Jorge Gamazo Vázquez.**

Con fecha **19 de junio de 2017** nombró a **Dña. Monserrat Moure González** como Presidenta del Movimiento de Cursillos de Cristiandad (por 4 años).

Con fecha **24 de junio de 2017** nombró al **matrimonio formado por D. Ventura Ferrer Castro y Dña. María Crespo Leiro** como Delegados Episcopales de Familia y Vida (por 4 años).

## DEFUNCIONES

*Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte.*

(S. ATANASIO DE ANTIOQUÍA, *Sobre la Resurrección de Cristo*, Sermón 5)

+ **Rvdo. Sr. D. Luis Odón Álvarez Tejada**, párroco de *Santiago de Gustei* y administrador parroquial de *San Esteban de Cambeo*, *San Juan de Coles* y *San Julián de Ribela*; falleció el miércoles 26 de abril de 2017 a los 75 años de edad. Había nacido en Entrimo el 11 de diciembre de 1941, siendo ordenado sacerdote en el Seminario Mayor de Ourense el 22 de diciembre de 1965. Entre 1967 y 1974 ejerció como profesor de Religión en el Instituto Otero Pedrayo y estuvo adscrito a la parroquia de la *Santísima Trinidad* en la ciudad de Ourense. En 1974 fue destinado a las parroquias de *Santa María de Vilamaior da Boullosa*, *Santiago de Rubiás dos Mixtos*, *San Lorenzo de Tosende* y *San Paio de Abades*, permaneciendo en ellas hasta 1977, año en que fue nombrado párroco de *Santa Mariña de Augas Santas* y administrador de *Santiago de Folgoso de Allariz*; este mismo año comenzó su labor como profesor en el Colegio Marista Santa María de esta ciudad. El año 1992 tomó posesión de la parroquia de *San Breixo de Seixalbo* donde estuvo hasta que, en 2007, se trasladó a las parroquias de *Gustei*, *Cambeo*, *Coles* y *Rivela*. Durante muchos años acompañó a matrimonios como Consiliario de Equipos de Nuestra Señora (ENS).

+ **Rvdo. Sr. D. Nicolás Afonso Domínguez**, Párroco emérito de *Santa María de Ábedes*. Falleció el martes 30 de mayo de 2017, a los 85 años de edad. Había nacido en Oímbra, el 6 de mayo de 1932, y fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1958. Su primer destino fue la parroquia de *Santa Cruz de Terroso* permaneciendo en esta hasta 1964, cuando se trasladó a *Santa María de A Rasela*. El 24 de mayo de 1970 fue destinado a la parroquia de *Santa María de Ábedes*, donde estuvo durante 47 años. Además de esto, fue administrador en algún momento de las parroquias de: *San Bartolomé de Queirugás* (1964-2000); *San Pedro de Osoño* (1980-1991) y *Santiago de Vilamaior do Val* (1991-1997).

**Rvdo. Sr. D. Antonio González Losada**, Párroco emérito de *Sta. María de Cenlle*. Falleció el sábado 24 de junio de 2017, a los 83 años de edad. Había nacido en Cenlle, el 8 de julio de 1933, siendo ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1959. Ejerció su ministerio sacerdotal en las parroquias de *San Lorenzo de Tosende* (1960-1965); entre 1965-1991 en *Santa María de Lamas*, *San Martín de Balde* y *San Andrés de Abelenda das Penas*. El año 1991 tomó posesión como párroco de *Santa María de Cenlle* y administración de las parroquias de *San Lorenzo de Pena* y *San Miguel de Osmo*.

## SÍNODO DIOCESANO

### Secretaría del Sínodo

Crónica del Sínodo Diocesano. Abril a junio 2017.

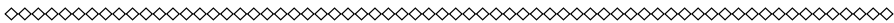
- **1.4.17:** se celebra el encuentro diocesano de niños y confirmandos en el que a través de diversos talleres y actividades se les da a conocer qué es un Sínodo y cuál es su importancia para el futuro de nuestra diócesis.
- **4.4.17:** se reúne la Secretaría General del Sínodo, que hace una valoración de la marcha del estudio socio pastoral de la diócesis y de la campaña de inscripción en los grupos sinodales, así como de la celebración encuentro diocesano de niños y confirmandos. Por otra parte se distribuyen los trabajos a realizar por los diversos miembros de la Secretaría cara el comienzo de la fase de grupos.
- **5.4.17:** la Secretaría General del Sínodo informa al Consejo Presbiteral de la marcha de los trabajos sinodales y comunica el resultado de la consulta de temas. Conocedores de estos datos, los miembros del Consejo indican su parecer sobre los temas prioritarios a tratar en el Sínodo diocesano.
- **26.4.17:** la Secretaría General del Sínodo informa a los miembros de la Asamblea de Arciprestes, Vicariprestes y Delegados episcopales de la marcha de la campaña de inscripción en los grupos sinodales y de los próximos pasos a dar en el itinerario sinodal.
- **9.5.17:** se reúnen los relatores de las diversas Comisiones Técnicas del Sínodo para valorar las sugerencias aportadas por los miembros de Consejo Presbiteral en cuanto a los temas a tratar en el Sínodo, para poner en común los trabajos llevados a cabo hasta el momento en la elaboración de los materiales a utilizar por los grupos sinodales en el curso 2017/2018 y para organizar el trabajo de la presentación de la ponencia inicial de las jornadas de Programación Diocesana de Pastoral.
- **24.5.17:** la Secretaría del Sínodo informa a los presentes en la Asamblea de Arciprestes y Delegados de los avances en la formación de grupos sinodales.
- **31.5.17:** se reúne la Secretaría General de Sínodo que valora los avances en el estudio socio-pastoral de la Diócesis presentado por D. Manuel González. Asimismo se revisa la marcha de los trabajos encomendados a los miembros de la Secretaría para el próximo curso pastoral: celebración de apertura de los trabajos de grupos, maquetación de los materiales didácticos a utilizar en los mismos y plantillas para las actas de las reuniones de los grupos sinodales y las Asambleas Arciprestales. Por último se estudia la viabilidad de entregar unos recuerdos tanto a los participantes en los grupos y en la Asamblea Sinodal.

- **15.6.17:** se celebra la reunión de los relatores de las Comisiones Técnicas. Los relatores de las Comisiones *La parroquia* y *Caridad y presencia social de la Iglesia* presentan los materiales a utilizar en las reuniones de los grupos sinodales, elaborados por sus respectivos equipos de trabajo. Por otra parte se aprueba el modelo definitivo para la maquetación de los cuadernillos que se entregarán a los miembros de los grupos sinodales por cada bloque de temas.
- **23.6.17:** se reúne el Consejo de Presidencia que revisa el *Estatuto General* y el *Reglamento del Sínodo* que serán presentados al Sr. Obispo para su aprobación si lo estima oportuno. Por otra parte se aprueban los materiales elaborados por la Comisión Técnica *La Parroquia* que serán utilizados en los encuentros de los grupos sinodales.





# CRÓNICA DIOCESANA





---

## CRÓNICA DIOCESANA

### **ABRIL**

---

- Día 1: Encuentro de niños y confirmandos en el Seminario.  
Nueva sesión del Máster en Coaching Familiar.
- Días 1 y 2: Ejercicios Espirituales de Equipos de Nuestra Señora.
- Día 2: Visita del Sr. Obispo a Verín.
- Día 4: Pregón de Semana Santa en la iglesia de Santa Eufemia del Centro, a cargo del profesor Dr. D. José Manuel Domínguez Prieto, Director del Instituto da Familia.  
Reunión de la Secretaría del Sínodo Diocesano.
- Día 5: Reunión del Consejo Presbiteral en el Obispado de Ourense.  
Reunión del Colegio de Consultores.
- Día 6: Encuentros de Padres en el Instituto da Familia.  
Oración joven en la sede de la Delegación de Juventud.
- Día 7: Visita del Sr. Obispo a Oimbra.  
Via Crucis desde la Catedral y por las calles del Casco Antiguo de la Ciudad de Ourense, organizado por la Delegación episcopal para la Pastoral Juvenil y Universitaria.
- Día 8: Reunión de la Comisión Permanente del Consejo de Pastoral Diocesano.
- Día 9: Domingo de Ramos de la Pasión del Señor. Bendición de los Ramos en el Parque de San Lázaro. Procesión de la Borriquilla hasta la Catedral de Ourense y Misa de Ramos presidida por el Sr. Obispo.
- Día 10: La Delegación de Juventud organizó la Ruta Rosendiana, que recorre el camino entre Santa Comba de Bande y el Monasterio de San Salvador de Celanova, con una distancia de 28 km, recordando la presencia de San Rosendo y su labor cristianizadora en el S. X en tierras ourensanas. Asistió el Sr. Obispo.
- Día 12: Miércoles Santo. Santa Misa Crismal en la Catedral, presidida

por el Sr. Obispo; asisten un centenar de sacerdotes en representación del todo el Presbiterio Diocesano.

- Día 13: Jueves Santo. El Sr. Obispo preside la Santa Misa “In Coena Domini” en la Catedral.
- Día 14: Viernes Santo. El Sr. Obispo preside la Celebración de la Pasión en la Catedral.  
Procesión del Santo Entierro.
- Día 15: Solemne Vigilia Pascual en la Catedral.
- Día 16: Domingo de Pascua de Resurrección. Procesión del Encuentro con la imagen de Santa María Madre desde su iglesia a la Catedral. Misa de Pascua presidida por el Sr. Obispo en la Catedral, al término de la misma procesión de regreso con la imagen de Santa María Madre hasta su iglesia.
- Día 20: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.
- Del 21 al 23: Encuentro de Misioneros Jóvenes en Madrid.
- Día 22: Nueva sesión del Máster en Coaching Familiar.
- Día 23: Divina Misericordia. El Sr. Obispo preside la procesión y la Santa Misa en el Santuario Mariano de Los Gozos, en la parroquia de Santa Marta de Moreiras.  
Ultreya del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Verín.
- Día 24: El primer grupo de alumnos de Religión Católica de los institutos y colegios de Ourense realizan su excursión anual a la ciudad de Lugo.
- Del 24 al 30: Celebración de la semana de la Familia.
- Del 25 al 3: Novena en honor al Santo Cristo.
- Día 26: Reunión de Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor.  
Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 27: El Sr. Obispo preside en Silleda la reunión de los Delegados del Clero de Galicia.
- Día 28: Reunión del Clero de la ciudad.

- Del 28 al 30: Cursillo de Cristiandad en la Casa diocesana de Ejercicios.
- Día 29: Semana de la Familia. Eucaristía de clausura en la parroquia de María Auxiliadora, presidida por el Ilmo. Sr. Vicario para la Nueva Evangelización.
- Del 29 al 30: El Sr. Obispo preside en el Santuario de Fátima (Portugal) el encuentro de la Adoración Nocturna de España.
- Día 30: Campaña del Domingo. Día de las Familias.

## MAYO

---

- Día 4: Comienza la novena a Nuestra Señora de Fátima en Ourense. Última sesión de los encuentros de Padres a las 19:30 h. en el Instituto da Familia.
- Día 6: Nueva sesión del Máster en Coaching Familiar.
- Días 6 y 7: XXIX Jornadas de Pastoral de la Salud en el Seminario Mayor de Ourense con el tema: “Pastoral de la salud y ecología integral”, destinadas a familiares de enfermos, profesionales de la salud, voluntariado, sacerdotes y religiosos/as, etc. Entre los ponentes, además del Sr. Obispo y de los distintos profesionales del ámbito sanitario, estuvo Mons. Jesús Fernández González, Obispo Auxiliar de Santiago, y el Director del Departamento de Pastoral de la Salud de la CEE.
- Día 7: Jornada Mundial de las Vocaciones y Día de las Vocaciones Nativas. Misa en el convento de las Clarisas de Allariz, presidida por el Sr. Obispo.
- Día 8: El segundo grupo de alumnos de Religión Católica de los institutos y colegios de Ourense realizan su excursión anual a la ciudad de Lugo.
- Día 10: Celebración de San Juan de Ávila en el Seminario Mayor, presidida por el Sr. Obispo y concelebrada por más de un centenar de sacerdotes. Al término de la misma pronunció la Conferencia Monseñor Gil Tamayo, Secretario General de la CEE, con el título: “Hablar de Dios hoy. Evangelizar en la sociedad de la información”.

- Día 11: Oración joven en la sede de la Delegación de Juventud.
- Del 11 al 13: El Sr. Obispo se desplazó hasta Fátima en Portugal, para participar en las celebraciones con motivo del centenario de las apariciones de Nuestra Señora en Cova de Iria, presididos por el Papa Francisco.
- Día 13: Fiesta de Nuestra Señora de Fátima, como remate de la novena tiene lugar la Procesión de Antorchas y la Santa Misa en la Catedral presidida por el Sr. Obispo. Clausura del Máster en Coaching Familiar.
- Día 17: Encuentro del Sr. Obispo con sacerdotes de Galicia y del Norte de Portugal.
- Día 18: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.
- Día 19: Confirmaciones en O Carballiño presididas por el Sr. Obispo.
- Día 20: Encuentro de profesores cristianos en el Seminario Menor, presidido por el Sr. Obispo.
- Celebración Eucarística en la Iglesia Catedral con motivo de la estancia de la Guardia Real en Ourense y ofrenda de la misma al patrono de la Diócesis y titular de la Catedral San Martín de Tours. La Santa Misa estuvo presidida por el Sr. Obispo y concelebrada por el Cabildo Catedral, el Capellán de la Guardia Real y otros sacerdotes diocesanos ligados al mundo castrense.
- Día 21: Pascua del enfermo.
- Día 24: Reunión de Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor.  
Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 25: Encuentro del Sr. Obispo con la Fundación "San Rosendo".  
Pincho solidario de Manos Unidas en Salesianos.
- Día 27: Encuentro de Grupos Bíblicos en el santuario de Los Milagros y clausura del curso con la presencia del Sr. Obispo.
- Día 28: Ascensión del Señor. Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.  
El Sr. Obispo preside la Eucaristía en el Colegio Marista Santa María para conmemorar el bicentenario de la presencia de los

Hermanos Maristas en la ciudad de Ourense.

Jornada de la familia en el Seminario Menor.

- Día 31: Reunión del Consejo de Enseñanza Religiosa Escolar.  
 Instituto da Familia: presentación del libro Conectando generaciones.

## JUNIO

---

- Día 1: Confirmaciones en Santiago de As Caldas presididas por el Sr. Obispo.
- Día 2: Ordenación sacerdotal del Hermano Alfonso, superior de Oseira, en el monasterio de Santa María la Real de Oseira.
- Día 3: X Encuentro de Voluntarios de Cáritas de Galicia, en Ourense, preside la Eucaristía en la Iglesia Catedral el Sr. Obispo.  
 Vigilia de Pentecostés en la Catedral presidida por el Sr. Obispo y preparada por los grupos de y movimientos laicales presentes en la Diócesis. Durante la celebración recibían los sacramentos de la Iniciación Cristiana dos jóvenes y otra manifestaba ante la comunidad su adhesión a la fe católica.
- Día 4: Solemnidad de Pentecostés. “Salir, caminar y sembrar siempre de nuevo” (EG, 21). Misa estacional en la Catedral presidida por el Sr. Obispo.  
 Confirmaciones en Xinzo presididas por el Sr. Obispo.
- Día 5: El Sr. Obispo preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Nosa Señora do Lodairo, en la parroquia de San Miguel de Carballeda de Avia.
- Día 6: El Sr. Obispo preside en Silleda la reunión de los Delegados del Clero de Galicia.
- Día 7: Reunión del Consejo de Asuntos Económicos.  
 El Sr. Obispo asiste a la Asamblea de Pastoral Juvenil en el salón Padre Feijóo del Obispado de Ourense.
- Día 8: El Sr. Obispo participa en una tertulia en Radio Líder.

Oración joven en la capilla universitaria a las 20:30 en la sede de la Delegación de Juventud.

Día 11: Santísima Trinidad. Jornada Pro Orantibus.

El Sr. Obispo presidió la Eucaristía en el 50 aniversario del colegio de San Pío X.

Ordenación de dos nuevos sacerdotes para la Diócesis de Ourense, en la capilla del Seminario Mayor, Hildebrando Gaviria y José María Romero.

Día 14: El Sr. Obispo asiste a la reunión del Consejo de Asuntos Económicos de la CEE, en Madrid.

Día 15: El Sr. Obispo se reúne con el Equipo Formativo del Seminario Menor.

Clausura de la Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento. Preside el Sr. Obispo por ser la clausura por este curso.

Del 15 al 23: Novena al Sagrado Corazón.

Día 16: Fiesta en el 50 aniversario del colegio de San Pío X.

Día 18: Corpus Christi. Día de la Caridad. Misa de estacional de Corpus en la Catedral y a continuación procesión con el Santísimo Sacramento por las calles de la ciudad; este año ha solemnizado el acto la presencia de la Banda de Música de la Brilat de Pontevedra.

Día 20: El Sr. Obispo asiste a la reunión de la Comisión Episcopal de Liturgia en Madrid.

Día 22: El Sr. Obispo preside la reunión del Patronato de la Fundación "Amigos de la Barrera".

Día 25: El Sr. Obispo acude a Lugo para participar en la Ofrenda del Reino de Galicia al Santísimo Sacramento.

Del 25 al 30: El Sr. Obispo participa en la Peregrinación diocesana a Lourdes organizada, como cada año, por la Hospitalidad de Lourdes.



## **CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE IMÁGENES, RETABLOS Y OTROS ELEMENTOS ECLESIAÍSTICOS**

- \* Seguimiento de criterios reconocidos*
- \* Desplazamientos y presupuestos sin compromiso*
- \* Realización de proyectos e informes*
- \* Solicitud de permisos y autorizaciones*
- \* Trabajos para promotores privados , públicos  
y parroquias*
- \* Creación de obra nueva: Escultura (madera,  
piedra...), ebanistería, dorados en oro de ley  
y policromados diversos*



### **RESTAURACIONES GARRIDO**

Cuatro generaciones al servicio de la obra de arte

**JOSÉ LUIS GARRIDO**

TALLISTA - ESCULTOR

DORADOR - POLICROMADOR

608 18 58 00

**LUCÍA GARRIDO**

CONSERVADORA-RESTAURADORA

DIRECCIÓN DE PROYECTOS

619 18 96 05

[restauracionegarrido.es](http://restauracionegarrido.es) - [info@restauracionegarrido.es](mailto:info@restauracionegarrido.es)

# Imprenta

# ARiGRAF

Artes Gráficas

 *Noroeste Gráfico Impresor, S.L.*

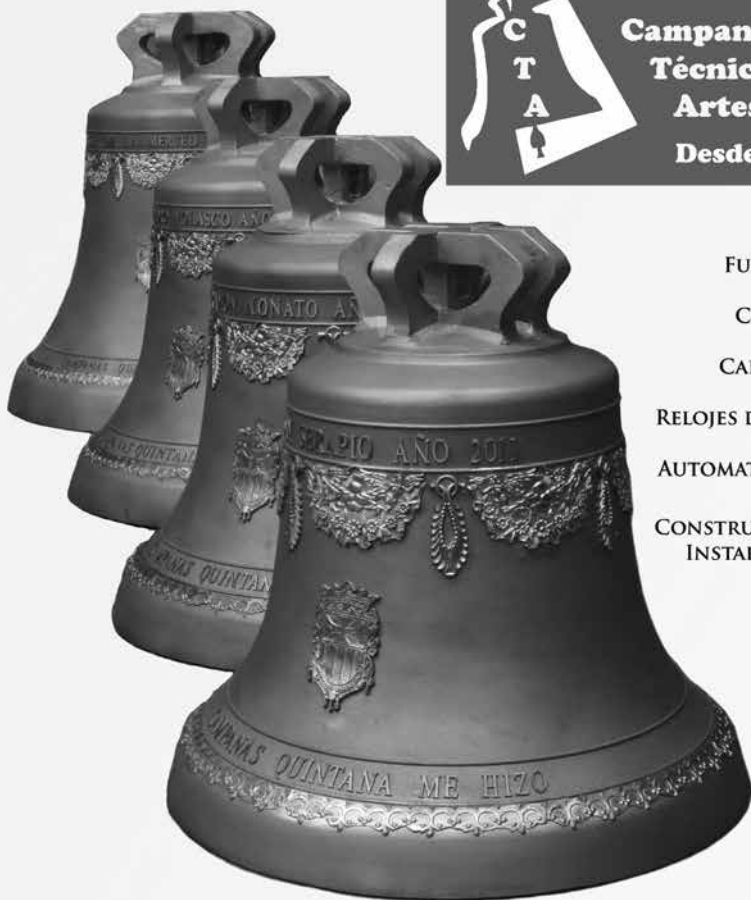
- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

Fax: 981 54 96 02

e-mail: [arigraf@infor-data.com](mailto:arigraf@infor-data.com)

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo  
15893 Santiago de Compostela



- FUNDICIÓN
- CAMPANAS
- CARILLONES
- RELOJES DE TORRE
- AUTOMATIZACIÓN
- CONSTRUCCIONES
- INSTALACIONES

## CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

[www.campanasquintana.es](http://www.campanasquintana.es)  
Correo-e: [quintana@campanasquintana.es](mailto:quintana@campanasquintana.es)

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.  
34100 SALDAÑA - Palencia - España

16  37  
QUINTANA



# CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



---

CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.  
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE  
Tfn. 988 234 118 - [www.centrosanmartin.es](http://www.centrosanmartin.es)

# Librería

# BETEL



## Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa  
Diócesis de Ourense  
Calle Lamas Carvajal nº 9  
32005 - Ourense  
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

COLABORA:  
Fundación Santa María Nai

---



FUNDACIÓN  
SANTAMARÍANAI





DIÓCESIS  
DE OVRENSE

---